

EL DESTINO DE
Lena

EVA ALEXANDER

El destino de Lena

Eva Alexander

Copyright © 2024 Eva Alexander

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Cover design by: Eva Alexander

*Para Alice,
Que todos tus sueños se hagan realidad.*

Contents

[Title Page](#)
[Copyright](#)
[Dedication](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)

Capítulo 1

Lena

Soy un fantasma.

Soy un alma en pena deambulando por el mundo sin un cuerpo, sin respirar.

¿Estoy muerta? Pues no, no muerta como debería, pero vamos con el principio, ¿vale?

Había una vez una joven que quería ser cirujana y aunque sus padres no estaban de acuerdo con su decisión, se fue a la universidad muy ilusionada. Violet, ese era su nombre, aguantó bien los primeros cuatro años, obtuvo buenas notas y tenía un futuro brillante esperándola a la vuelta de la esquina.

No obstante, en su primer año de residencia conocía a un neurocirujano joven y guapo, tan divertido y atractivo que perdió la cabeza, la mente y las bragas. A los seis meses de noches tórridas, encuentros furtivos en salas de descanso y besos robados a espaldas de sus compañeros, Violet se quedó embarazada.

Harvey, el neurocirujano joven y guapo, le propuso matrimonio en ese mismo instante porque verás, su carrera estaba en pleno auge y era el momento perfecto para formar una familia. Oh, sí amaba a Violet y tomó el embarazo como una señal del destino.

Obviamente, la familia de ella estuvo encantada porque eso era lo que querían para su hija, un buen marido. La de Harvey, bueno, no estaban de acuerdo con la decisión de su hijo porque querían algo mejor para su único hijo.

Harvey ignoró los deseos de su familia y no tardó ni un mes en convertir a Violet en su esposa. Ella no renunció a su residencia y trabajó hasta que se puso de parto. Estuvo de baja con su hijo, Chase, durante seis semanas y luego volvió al hospital dejando al bebé al cuidado de la abuela materna.

El niño crecía y la carrera de Violet avanzaba. Cuando Chase tenía cinco años nació su hermana Lena (o sea, yo) que también fue dejada al cuidado de los abuelos, esta vez los paternos porque la abuela materna ya tenía bastante con un niño que hacía más travesuras que cinco.

Justo cinco años después Violet se quedó embarazada por tercera vez y se dio cuenta de que quería vivir plenamente la experiencia de ser madre. Se tomó la baja desde el segundo trimestre y fue a clases de parto (como si no estuviera a punto de dar a luz por tercera vez), decoró la habitación de la niña (que sí, que venía otra niña), tuvo su baby shower perfecto.

Disfrutó a tope de esa etapa y cuando nació Natalie declaró que nunca había sido más feliz. Hizo esa declaración frente a sus dos hijos, Chase de diez años y Violet de cinco, los dos niños que pasaban dos horas semanales con su madre y que recibían un beso rápido de despedida mientras ella hablaba por teléfono.

Natalie tuvo la infancia que cualquier niño desearía, pero las cosas no salieron tan bien para Chase y Lena. Estaban viviendo en la misma casa, pero ellos iban al colegio en el autobús escolar y a Natalie la llevaba Violet.

Cada evento escolar de los niños mayores no era importante para los padres y no acudían, aunque sí que iban a verlos los abuelos. Violet no se perdió ni una actuación de Natalie, no faltó a ninguna, ni siquiera cuando tuvo que hornear galletas para recaudar fondos o cuando tuvo que participar en una carrera disfrazada de payaso.

Los años pasaron y Chase y Lena se acostumbraron a hacer su vida sin la interferencia o la aprobación de los padres. Aunque, Harvey lo intentó. Era un buen padre y hacía lo que podía entre una cosa y otra, o sea, entre su trabajo en el hospital y pasar tiempo con Violet a quien amaba con locura y le cumplía todos los caprichos.

¿Descapotable para el cumpleaños de Natalie? Hecho. ¿Viaje a Europa para celebrar su graduación? Hecho.

Lo único que hicieron por Chase y Lena fue pagar sus estudios. Chase estudió arquitectura y consiguió trabajo en una de las mejores empresas de San Francisco. Y Lena, o sea yo, fue a estudiar derecho a la Universidad Washington en Seattle lejos de la familia.

Y es ahí donde empieza mi historia.

Seattle fue como la lluvia en un día caluroso de verano. El derecho no era lo que más me gustaba, tenía la medicina en mi sangre, pero me negué a estudiarla porque no quería ser como mi madre.

Oh, la amaba, amaba a mi padre y a mis hermanos. Amaba más a la abuela Fiona y al abuelo David (los padres de mi padre) y a la abuela Betty, pero me encantaba estar lejos de ellos. Además, ellos también necesitaban un respiro después de pasarse los años de jubilación criando a sus nietos.

Fiona y David tenían dinero y mucho, pero no me dejaron al cuidado de niñeras, me criaron como si fuera su hija, se quedaron despiertos las noches que estaba malita, estuvieron ahí por mí como nadie. David era juez y uno de los buenos (de los pocos buenos), por eso decidí estudiar Derecho y deberías haber visto sus ojos cuando le dije mi decisión.

No podía estar más orgulloso de mí.

¿Y qué si no me gustaba tanto? Era una chica lista y podía hacer un buen trabajo que era lo que importaba.

El primer año estudié porque era lo que debía hacer, pero el segundo me enganché y en el tercero sabía que fue la decisión correcta para mí. Iba a ser uno de los mejores abogados de Seattle porque no pensaba regresar a San Francisco.

La tragedia ocurrió el día después del examen de Bar.

Iba a encontrarme con una amiga, Jessie, para comer y me distraje cuando recibí una llamada de Chase. Quería contarme que mi madre nos quería en casa el próximo fin de semana para conocer al novio de Natalie.

Estaba bromeando sobre el dichoso novio mientras cruzaba la calle. Estaba riendo cuando el coche se saltó el semáforo y me atropelló. Recuerdo perfectamente el dolor que sentí, como volaba por los aires o lo fuerte que agarraba en la mano el teléfono móvil. Recuerdo los gritos, aunque no sabía decir si eran míos, de Chase o de los otros peatones.

Luego no hubo más que oscuridad hasta que me desperté en el hospital.

Bueno, no desperté.

Fue extraño.

Escuché ruidos, voces, así que abrí los ojos y vi que estaba en una cama de hospital y dos enfermeras hablaban en voz baja. Les hablé, pero no me escucharon así que me senté en la cama.

Me di cuenta de que algo no estaba bien porque no me habían quitado el vestido. Era un minivestido veraniego blanco de tirantes y con volantes. Era femenino y me encantaba. Y no tenía ninguna mancha de barro o de sangre.

Miré de nuevo a las enfermeras, pero no me hicieron caso cuando les pregunté qué estaba pasando. Antes de averiguarlo llegó mi madre. Entró como un torbellino en la habitación y la vi inclinarse sobre la cama.

Dos cosas me sorprendieron entonces: las lágrimas de mi madre y que sus brazos pasaran por mi cuerpo como si fuera aire.

Y es que era aire. Me levanté de la cama y vi que en la cama estaba yo o, mejor dicho, mi cuerpo. Sabía que era yo a pesar de tener el rostro hinchado y la cabeza vendada. Incluso tenía una pierna escayolada y los dos brazos.

Me habían atropellado bien y estaba pensando en la indemnización que iba a pedir al despertarme. Claro, porque en ese momento no me había dado cuenta de que nunca más iba a despertar.

—Mi bebé —dijo mi madre acariciando mi mejilla.

Puse los ojos en blanco porque nunca me había llamado eso. Luego llegó mi padre con un doctor y escuché las palabras fatídicas.

—Lo siento, pero no hay actividad cerebral. ¿Sabéis cuáles eran los deseos de Lena sobre la donación de órganos?

—¡No! —exclamó mi madre—. Mi hija se despertará.

—Señora Brown, las maquinas son las que mantienen viva a su hija —insistió el médico.

—Doctora Brown y a mí no me hable de actividad cerebral, lo sé todo sobre ello y si le digo que mi hija vivirá es porque lo hará. No donaré sus órganos y le agradecería si dejara de mencionarlo.

—Muy bien dicho, madre —murmuré.

El médico se fue y mi padre se acercó a la cama. No me tocó, pero me miró durante un largo rato.

—Violet —dijo.

—No, no lo digas, Harvey. Lena es fuerte.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, aunque no recibí respuesta porque nadie parecía escucharme.

—Necesita otra cirugía para reparar el daño de sus pulmones y si sale bien de esta las posibilidades de sobrevivir más allá de seis meses es...

—Si mi hija decide morir, si su cuerpo ya no puede más entonces lo aceptaré, pero yo no mataré a mi hija, ¿me entiendes, Harvey? No tomaré la decisión de matar a mi propia hija.

Decir que estaba sorprendida era poco. Mi madre no recordaba mi cumpleaños, era mi padre el que llamaba para felicitarme y lo hacía cuando estaban juntos porque sabía que a ella se le olvidaba. Más de una vez preparó platos con fresas porque olvidaba o no le importaba que fuera alérgica.

—Vale, cariño —murmuró mi padre.

Estuvieron a mi lado hasta que la llegada de Chase que por primera vez en su vida estuvo de acuerdo con mi madre. No había que perder la esperanza, aunque yo llevaba unas horas perdiéndola.

Pasé horas al lado de mis padres intentando hablar con ellos, tocarlos, gritarles. No funcionaba nada. No podía tocar, no me escuchaban, no podía alejarme de mi cuerpo y no podía caminar a través de las puertas.

Estaba atrapada en esa habitación de hospital, obligada a ver mi cuerpo y las maquinas que respiraban por mí.

Los días pasaron sin cambios y fui testigo de lo que pasaba a los pacientes cuando sus familiares no estaban presentes.

Había enfermeras que los trataban con cariño y empatía, que a mí me hablaban incluso sabiendo que oficialmente yo no podía escucharlos. Luego había otras que me trataban como si

fuera basura, que me tocaban como si no fuera un ser humano.

Solía sentarme en un rincón de la habitación, cerraba los ojos, cubría mis oídos y cantaba mientras hacían su trabajo de la peor manera posible. Juré que si algún día despertaba esas enfermeras iban a pagar por ese trato vejatorio.

Los únicos buenos momentos eran las visitas de mi familia. Los abuelos vinieron y se quedaron durante semanas en Seattle, venían a verme por la mañana y se iban de noche cuando ya no les dejaban estar en mi habitación.

Los escuchaba hablarme y se me rompía el corazón ver la esperanza desaparecer de sus ojos.

Los meses pasaron sin cambios y un día llegaron mis padres. Los vi hablar en el pasillo con el médico, una discusión muy acalorada, y pensé que había llegado el fin.

Me iban a desconectar de los aparatos. No sabía que iba a pasar conmigo. ¿Iba a morir o seguiría siendo un fantasma? ¿Iba a ver la luz de túnel e iría a ver si existía el cielo? El cielo porque yo no había cometido ningún pecado mortal como para acabar ardiendo en el fuego eterno.

No obstante, estaba equivocada.

Mi madre dejó a mi padre para seguir hablando con el médico y se acercó a la cama.

—Nos vamos a casa, cielo —susurró besando mi mejilla.

Ah, mi cuerpo se había curado, mis huesos y todo lo demás. Si no fuera por la falta de actividad cerebral podrías decir que era la joven más sana del mundo. Y guapa, ¿eh? Mis uñas crecían y estaban bien cuidadas gracias a la chica que mi madre había contratado para venir cada mes y hacerme la manicura.

El cabello, vaya, nunca en mi vida lo había tenido tan brillante. El rostro sereno como si estuviera durmiendo, casi como la bella durmiente esperando al príncipe azul para despertarla con un beso.

Era la chica comatosa más guapa de la historia del hospital y no, no lo decía yo, lo decían las enfermeras. Siempre fui guapa, tanto que tuve mi primer prometido a los cuatro años. Fue de mentira porque a esa edad no sabía de qué iba la cosa, pero Peter me prometió galletas de chocolate durante el resto de mi vida si aceptaba casarme con él.

Si pudiera moverme de aquí estaría buscando a ese niño de ojos azules solo por curiosidad, por averiguar si era un buen tipo o un perverso que engañaba a las mujeres para llevarlas a su sótano.

—Están preparados, Violet —dijo mi padre.

Entonces entraron dos hombres y una mujer, todos vestidos de blanco, y empezaron a quitar cables y tubos, poner otros. Movieron mi cuerpo a una camilla bajo la supervisión de mi madre.

No me iban a desconectar, pero ¿qué estaban haciendo? No podían llevarme a casa, eran demasiadas horas en ambulancia.

Estaba equivocada, me subieron a una ambulancia, mi madre sosteniendo mi mano en todo el tiempo y eso como que me jodió un poco.

¡Estaba en coma! No podía sentir nada, ¿por qué me sostenía la mano ahora cuando no la necesitaba?

Tuve que sentarme sobre mis piernas porque no había mucho espacio en la ambulancia y fue una sensación muy extraña. Tenía miedo de quedarme por aquí. Sola. Atrapada en esa habitación de hospital.

No es que la vida al lado de mi cuerpo fuera más entretenida, pero por lo menos

estábamos juntas.

En fin, que llegamos al aeropuerto donde esperaba un avión privado.

—Wow, madre, no paras de sorprenderme —murmuré.

Los abuelos tenían dinero y sí, avión privado también, pero mi madre nunca había viajado con él porque no los perdonó por no aceptarla desde el principio. Era amable con ellos, saludaba, preguntaba por su salud y nada más.

No los invitaba a cenar, rechazaba sus invitaciones y regalos. Para ella solo eran dos personas a las que tenía que aguantar durante unos pocos minutos varias veces al año. Para mí fueron y lo eran todo mi mundo.

El vuelo duró dos horas y no puedo decir que sentí algo al llegar a San Francisco. No había echado de menos la ciudad ni nada. No fui una chica muy sociable en la escuela, no había conseguido encontrar nada en común con ninguno de mis compañeros, aunque fingí y mucho.

Tenía unos diez años cuando mi profesora vio que me sentaba sola durante el recreo y leía o soñaba con los ojos abiertos. Me enviaron al psicólogo del colegio para ver qué pasaba conmigo y ese tío calvo, con gafas que le resbalaban por la nariz decidió que tenía un problema. Llamó a mi padre (mi madre no cogió el teléfono) y le dijo que necesitaba algunas sesiones en su consulta privada.

El segundo día me hice amiga de la mitad de mi clase y al siguiente de medio colegio. Estando metida con la nariz en un libro me había ayudado a averiguar cosas que los otros niños hablaban en susurros, cuando pensaban que nadie los podía escuchar. Sabía que era mala, mala idea pasar tiempo con ese psicólogo.

Así que tenía amigos, pero solo en teoría. Recordaba sus nombres, sus aficiones, pero me importaba muy poco y no tenía ningún interés en volver a verlos.

El día que me fui a la universidad lo único que sentí fue alegría por marcharme y ahora regresaba en coma.

Menuda vuelta más triste.

La casa familiar había sufrido otro de sus cambios anuales. Si no le daba a mi madre por redecorar entonces el color de las paredes le molestaba a Natalie y cada año nos tocaba sufrir reformas durante semanas. A nosotros porque justo en ese momento mi madre se llevaba a mi hermana de vacaciones.

Menudos tontos los tres que quedaban en casa.

La casa era grande, en la planta baja tenía un salón enorme, comedor y cocina con zona para desayunar, un despacho y una habitación de invitados. En la primera estaban los cuatro dormitorios, dos con cuarto de baño integrado y los otros con baño compartido.

Adivina quién tuvo que compartir el cuarto de baño con su hermano.

La última planta era la buhardilla en la que mi madre guardaba todo lo que no le gustaba y donde solía pasar tiempo yo. Por lo visto, mi madre sabía cuánto me gustaba el lugar que lo convirtió en mi habitación.

Sí, subieron la camilla hasta la buhardilla que ahora parecía una habitación de hospital. Habían contratado una enfermera que me dio un baño de esponja y cambió mi camisón. Lo hizo con cuidado mientras hablaba por teléfono con su prima y la historia no podía ser más interesante.

Que sí, que en los últimos seis meses le había cogido el gusto al cotilleo porque era lo único que tenía. No veas todo lo que sucedía en un hospital, enfermeras liadas con médicos, médicos con médicos, casados con solteros, las que se quedaban embarazadas por error y las que se gastaban miles de dólares en tratamientos de fertilidad.

Podía escribir un libro con todo lo que había escuchado afuera de la habitación de ese hospital y otro más con el drama de la prima de Lucia, mi enfermera. La prima había averiguado que su marido la estaba engañando con otra de sus primas que también estaba casada y justo la semana pasada había anunciado su embarazo.

La mujer pensaba aguantar unos meses hasta reunir el dinero suficiente, pero ya no, no después de que había averiguado de que el bebé de la amante era de su marido.

Mi primer día en casa fue entretenido hasta que Natalie subió a verme. Me miró por cinco segundos y luego se sentó en una silla para chatear con sus amigas. Estuvo conmigo durante media hora y se acercó para coger mi mano cuando escuchó pasos en la escalera.

Mi madre subió y encontró a la pobre Natalie con lágrimas en los ojos.

—¿Cómo pudo pasarle esto a mi hermana? —dijo ella.

Si pudiera vomitar lo haría, pero los fantasmas no tienen estómago, no tienen nada. Viendo a mi madre abrazar y consolar a Natalie me pregunté qué diablos había hecho para merecer esto.

¿Por qué no había muerto?

Capítulo 2

Lena

Cinco años más tarde seguía en coma, por lo menos mi cuerpo ya que mi alma continuaba merodeando por la casa familiar.

¡Sí! Había conseguido alejarme de mi cuerpo, aunque no sabía cómo o por qué. Un día me encontré caminando fuera de la habitación. Natalie estaba saliendo con mi primer novio, obviamente, ya no existían otros hombres en el mundo, y estaba chateando con él.

Muy cotilla yo estaba mirando la pantalla de su móvil para estar al día con todo y ni siquiera me di cuenta de que la había seguido hasta su habitación. Porque sí, Natalie seguía viviendo con mis padres, aunque había intentado marcharse a vivir sola, pero mi padre no quiso pagarle ni el alquiler ni los gastos.

Lo de trabajar era algo inconcebible para mi hermana pequeña.

La vida de fantasma era menos aburrida cuando podía pasear por la casa y la vida de los demás seguía como si nada hubiera pasado.

Mi padre iba al hospital y pasaba su tiempo libre con mi madre, a veces se acordaba que tenía una hija en coma y subía a darme un beso en la frente.

Chase había venido a visitarme mensualmente el primer año, luego cada dos o tres meses y ahora llevaba seis meses sin venir, aunque había visto a mi madre enviarle fotos mías cada mañana.

Era un poco espeluznante, ¿no crees? He de reconocer que después de un tiempo el aburrimiento me hizo cometer alguna estupidez, como, por ejemplo, cuando mi madre se preparaba para tomar la foto me sentaba en la cama en las posiciones más alocadas.

Serían unas fotos muy interesantes si las cámaras de los móviles pudieran atrapar a las fantasmas.

Natalie subía cuando se lo pedía mi madre, muy pocas veces, unas cinco en estos años. Iba cambiando de trabajo y de novio más rápido que de bragas.

Mi madre, Dios, era otra cosa. Subía a darme los buenos días, se tomaba el café conmigo mientras me contaba qué planes tenía para el día. Cuando regresaba subía otra vez a mostrarme sus compras o a contarme lo que estuvo haciendo y otra vez para darme las buenas noches y arroparme.

Fue como si le hubieran dado un golpe en la cabeza y su personalidad había dado un giro increíble. Yo no la reconocía, aunque los otros no parecían preocupados, ni siquiera Natalie que solía disfrutar de su atención 24/7.

Aun así, la vida de fantasma era un asco.

Estaba lista para el túnel y la luz, incluso para el fuego eterno porque en serio, era horrible hablar contigo mismo. Aunque lo peor era no existir, nadie me estaba viendo, nadie me sentía. Nada.

Intenté todo lo que recordaba haber visto en las películas para ver si podía terminar con todo, pero fallé. No pude desenchufar el respirador, tampoco pude quitar la vía por la que me estaban alimentado. Intenté hablar con cada persona que llegaba a la casa, los empleados, los amigos de mis padres, el jardinero, los hombres que vinieron a comprobar la instalación eléctrica

o el joven que vino a arreglar el ordenador de mi padre.

¡Nadie!

Nadie podía escucharme. Nadie podía verme. Nadie podía sentirme.

Estaba tan desanimada y nada podía alegrarme. Ni siquiera la cena que mis padres daban en honor a Natalie y su prometido.

Natalie se estaba casando. Gerard era abogado, el hijo pequeño de una familia adinerada. Llevaban juntos un año y no estaba segura, pero tampoco tenía dudas de que la propuesta tenía algo que ver con el embarazo de mi hermana.

Se creía muy lista la chica, pero Gerard no era el tipo de hombre que se casaba sin firmar antes un acuerdo prenupcial. Si Natalie pensaba que podía sacarle algo estaba muy equivocada.

Eran las seis menos diez cuando mi madre subió para darme las buenas noches como si fuera una niña pequeña. Me sentía lista para sentarme en el suelo y tener una rabieta, pero no iba a servir de mucho teniendo en cuenta que nadie iba a prestarme atención.

Estuve mirando por la ventana hasta que la curiosidad afloró y me dirigí hacia el salón. Y no, no podía flotar ni aparecer en una habitación solo con un pensamiento. Tenía que caminar como todo el mundo.

Eso no era justo, ya que me habían castigado con la vida de fantasma quería también las habilidades, por lo menos las malas, ¿sabes? Asustar a alguien apagando y encendiendo las luces, hacerlos sentir escalofríos cuando estaba cerca de ellos.

Llegué al salón y puse los ojos en blanco al ver que todos se lo estaban pasando bien. Incluso había venido Chase con una mujer de la que yo no sabía nada. Era morena de ojos azules y sonrisa bonita. Ella era muy guapa y mi hermano no le quitaba los ojos de encima, las manos tampoco.

Natalie también iba muy bonita (tenía el corazón de hielo, pero no podía negar que era muy hermosa) con su vestido dorado y una sonrisa de millones al lado de su prometido. El hombre era guapo, muy hablador y bastante divertido.

Sus padres, Andrea y Quinn, parecían buena gente y por lo visto se llevaban bastante bien con los míos.

Después de echar un vistazo a cada uno me senté en el sofá. No necesitaba sentarme porque no me cansaba, pero me había acostumbrado a hacerlo porque por unos breves momentos podía olvidar que era un fantasma, fingir que todo era como antes.

Gerard contaba algo sobre un gato de tres patas que tenía a todo el mundo riendo.

—A Natalie le encantan los gatos —dijo mi madre.

Resoplé recordando al gato que me habían regalado los abuelos en mi decimo cumpleaños.

—Sí, le encanta ahogarlos —dije.

¿Qué puedo decir? Me gustaba participar en las conversaciones, ¿sabes? Lo hacía todo más real para mí.

—Vas a amar a Manchitas, ya lo verás —le dijo Gerard a Natalie.

—¿Manchitas? —exclamé mirando al prometido de mi hermana. El hombre iba vestido con un traje caro, era abogado, por Dios, y ese era el nombre que pondría un niño de cuatro años a su gatito.

Algo no estaba bien aquí. Vale, Gerard era guapo y rico y con ello cumplía dos de los requisitos imprescindibles para Natalie, pero su personalidad no. Vale, que un hijo y un matrimonio con él (corto o largo) podría arreglar su vida por un tiempo, pero aun así tenía la impresión de que aquí faltaba algo.

Luego escuché el timbre y Natalie se sobresaltó. No le quité la mirada de encima y vi sus ojos brillar cuando un hombre dijo: —Disculpadme, tuve un imprevisto con un cliente.

No reconocía su voz y no podía verlo porque yo estaba de espaldas a la puerta. Tampoco quería apartar la mirada de Natalie porque, joder, reconocía esa expresión. La había visto una vez más en mi vida y no tenía buenos recuerdos.

Ella tenía trece años cuando mi novio en ese momento vino a recogerme para nuestra cita. Mi hermana pequeña se enamoró del chico al que le había entregado mi virginidad y no se detuvo hasta atraparlo en sus garras.

Él tenía dieciocho años y cero intereses en una niña, pero ella hizo todo lo posible para conseguir su amor. Consiguió su ruina al escabullirse de casa e ir a una fiesta que él daba con sus amigos. Yo estaba fuera de la ciudad, visitando universidades, cuando me llamaron para decirme que lo habían arrestado por violar a Natalie.

La muy estúpida se había metido en su cama y él como iba borracho, pues pasó lo que pasó. Él decía no recordar nada, ella decía que se amaban, pero que no quería tener relaciones con él y la obligó.

Fue horrible y uno de los pocos momentos en los que mi padre tomó las riendas de la situación. Retiraron la denuncia a cambio de una indemnización importante y una orden de alejamiento de por vida. El chico no podía volver a San Francisco. Nunca.

Sus padres se mudaron también.

Así que Natalie había encontrado una vez más a otro idiota al que le iba a arruinar la vida si no conseguía lo que deseaba de él. Pobre tonto. Pobre Gerard porque él solo era un escalón hacia el verdadero propósito de Natalie.

Sentía pena por el otro también, en serio. Por la voz parecía una buena persona.

Luego lo vi y si tuviera un corazón daría un salto o doble salto. O dejaría de latir.

¡Dios mío!

¿Guapo? No, era perfecto, era un dios.

Alto, tan alto que tuve que inclinar mucho la cabeza para mirarlo. Bajo el traje negro había un cuerpo musculoso, que sí, se notaba en la manera en la que se movía y había pasado muchísimo tiempo en la universidad estudiando los cuerpos masculinos. Sabía de lo que estaba hablando.

El rostro era igualmente perfecto, con sus rasgos cincelados, la mandíbula cuadrada, los ojos verdes.

Y sí, el único punto negativo era el color de cabello. No era moreno. Vaya decepción. Era un castaño más oscuro que el mío, bonito, pero no tanto como el negro como la noche. Tenía algunos mechones más claros, signo de que pasaba mucho tiempo al sol.

Estaba a punto de darle una puntuación no muy favorable que era lo que hacía con mis amigas en nuestras salidas a ligar, pero entonces me miró.

Me miró con esos ojos verdes. A mí.

Miró mis ojos antes de bajar la mirada hasta la parte de arriba de mis pechos que sobresalía del escote.

¡Me miró!

De nuevo, si tuviera un corazón se hubiera detenido porque, joder, vaya mirada más caliente. Si estuviera viva lo hubiera cogido para meterlo en la primera habitación disponible.

Pero era un fantasma.

Pero él me estaba viendo.

¿Me estaba viendo?

—Zane, ¿estás bien? —le preguntó alguien al hombre.

No sabía quién porque estaba paralizada por la idea de que me estaban viendo.

—Eh, sí, estoy bien —contestó apartando la mirada de mi escote y fijarla en mis ojos. Sonriendo.

Me sonrió como disculpándose por quedarse mirando, pero sin sentir remordimientos.

—Entonces ¿por qué estás mirando al sofá como si te gustaría pasar un momento a solas con ella? —preguntó Gerard.

—Es un bonito sofá —dijo Natalie.

Zane frunció el ceño y miró a su hermano, luego a los otros, pero al final volvió a mirarme a mí.

Le sonreí.

—Soy un fantasma —dije.

—Necesito una cerveza —dijo Zane dándose la vuelta.

Ocupó el asiento que le ofreció mi padre y cuando le entregaron la cerveza se bebió un buen trago. De vez en cuando me miraba, pero por unos breves segundos.

Yo estaba feliz y quería hablar con él, había tantas cosas que quería decirle. A él, a mis padres. Él era mi única posibilidad de conectar con mis padres y pedirles...

Morir.

Quería morir porque era la única opción. Si mi cuerpo desaparecía entonces había una pequeña posibilidad de que el alma también lo hiciese. Pequeña, pero era la única que tenía.

Cuando mi madre se levantó para ir a la cocina aproveché y fui a sentarme al lado de Zane. Él no me miró, continuó su conversación con mi padre. Averigüé que era hermano de Gerard y que era arquitecto igual que Chase.

—Necesito hablar contigo —le susurré cuando la conversación terminó.

Me ignoró.

Pasaron al comedor y durante la cena no paré de pedirle un minuto de su tiempo. Imploré. Hubiera llorado, pero no podía así que supliqué.

Me ignoró, pero luego se ofreció a ayudar a mi madre con la bandeja de postres y los seguí hasta la cocina. No obstante, cuando mi madre desapareció no pude hacer nada porque Zane se me adelantó.

Me miró fijamente a los ojos y dijo: —No sé qué tipo de broma retorcida es esta, pero para ya. No tiene ni puñetera gracia.

Luego se dio la vuelta y regresó al comedor. Poco después se marcharon todos y yo subí a mi habitación donde encontré a mi madre contándome sobre Natalie y Gerard.

—¡Lo sé todo! No quiero escucharlo, ¿entiendes? ¡Vete ya y deja de fingir que te importo!

La bombilla de la lámpara de noche explotó. Mi madre gritó y salió corriendo, llamando a mi padre.

Yo me quedé quieta mirando los trozos de cristal. ¿Lo hice yo?

Grité de nuevo, pero no ocurrió nada.

Mi padre llegó para echar un vistazo, aunque no pudo encontrar nada extraño.

—Estas cosas pasan, Violet —le dijo a mi madre—. Además, los trozos ni siquiera se acercaron a la cama de Lena. Solo fue un accidente tonto.

—¿Seguro? —preguntó mi madre y él asintió.

Juntos recogieron los trozos y se marcharon. Yo me quedé porque no tenía a donde ir. Me quedé en la esquina de la habitación durante la noche, el día siguiente y otros dos más.

Podrías decir que estaba pasando por un episodio depresivo. No me apetecía nada, ni siquiera los cotilleos de Lucia. Ella seguía conmigo después de tanto tiempo, total, yo era una buena paciente. No le tiraba la comida, no le insultaba y no me quejaba.

Era la paciente perfecta e iba a seguir siéndolo por muchos años más si no desenchufaban ese maldito respirador. ¿Qué mierda de vida era esta? Mi cuerpo estaba ahí tumbado, sin poder respirar, sin comer, sin sentir.

Mi madre no podía haber elegido peor momento para darse cuenta de que tenía dos hijas. Dios, no podría haber tomado la otra decisión. Olvidarme, ignorarme.

La mañana del quinto día me encontró una vez más en la esquina. Estaba mirando la pared cuando escuché la voz de mi madre.

—Muchas gracias por venir, no sabes cuanto me alegro —decía—. Es justo aquí.

Y entonces mi madre entró acompañada de Zane.

Él echó un vistazo a la cama donde estaba mi cuerpo comatoso antes de mirar alrededor de la habitación hasta que me vio. Me miró antes de que mi madre le llevara hasta la ventana.

—Es justo aquí, ¿sabes? El constructor dijo que era imposible, que la estructura no iba a aguantar, pero solo es un pequeño balcón. Lena necesita tomar el sol —dijo mi madre.

—Lo que yo necesito es una almohada sobre la cara, joder —espeté.

Zane giró la cabeza para mirarme con las cejas arqueadas.

—Vete a la mierda —le dije y sus labios dibujaron una sonrisa que escondió rápidamente.

—Idiota —murmuré mientras mi madre seguía hablando sobre la importancia del sol para mi salud.

Menos mal que Mary la llamó abajo porque había un problema con un pedido y se fue. No obstante, Zane se quedó para medir o eso es lo que le dijo a mi madre. No le echó ni un solo vistazo a la ventana o a la pared, pero sí un montón a mí.

—Hola, soy Zane —me dijo.

—Hola, me importa un bledo —espeté.

—Veo que estás enfadada conmigo —dijo mientras se acercaba a mí.

Y no contento con lo cerca que estaba se agachó frente de mí.

—Cinco años, seis meses y dos semanas es lo que llevo encerrada aquí, hablando conmigo misma. Créeme, tú también estarías enfadado si la única persona que puede ayudarte piensa que le estás gastando una broma —dije.

—Natalie —empezó.

—Natalie es una niña malcriada que arruinará tu vida—dije.

—La de mi hermano —me corrigió.

Resoplé.

—Pareces inteligente, pero por lo visto, solo lo pareces ya que no te has dado cuenta de que Natalie está comprometida con un hombre, pero no es el que quiere.

Se quedó callado por un momento y me miró a los ojos con tanta intensidad que sentí miedo hasta que recordé que no podía lastimarme. Yo ya estaba muerta.

Realmente no, pero entiendes la idea.

—Tu hermana es una perra y soy lo suficientemente listo para haberme dado cuenta cuando la conocí, pero mi hermano no. Aunque, tú me hiciste dudar de mis capacidades mentales —dijo.

—Lo sé, te sentó mal darte cuenta de que te querías follar a un fantasma, ¿verdad? —pregunté recordando la manera en la que me había mirado la noche pasada.

—Un fantasma es el alma o espíritu de una persona muerta, pero tú, Lena, no estás muerta. Estás aquí, tan real como yo. Yo soy de ciencias y no hay ninguna explicación razonable para lo que estoy viendo —continuó.

Entonces sonreí.

—Has ido al médico, ¿verdad? —le pregunté.

—Sí, y mi amigo le hizo una resonancia magnética a mi cerebro porque pensaba que tenía un tumor cuando le dije que estaba viendo fantasmas, aunque ahora piensa que estoy sufriendo de alguna enfermedad mental —explicó Zane.

—Me imagino que si te pido hablar con mis padres en mi nombre me vas a decir que no —dije.

—¿Qué les quieres decir?

—Que no quiero vivir así, mi cuerpo está ahí como un vegetal y yo me estoy volviendo loca sola. Esto es lo peor que le puede pasar a una persona, pero te entiendo. Si les dices que estás hablando conmigo van a pensar que estás loco, pero hay algo que puedes hacer por mí.

—No —dijo poniéndose de pie.

—Pero si no sabes a lo que me refiero —grité yendo detrás de él.

Se paró frente a la ventana mirando el árbol que iba a tapar el sol de ese balcón que quería construir mi madre. Mucho sol no iba a darme.

—Quieres morir —declaró Zane.

—Lógico, ¿no? Tú también desearías lo mismo —espeté.

—El homicidio se castiga con muchos años detrás de las rejas.

—Oh, Dios, ¿en serio? Mírame, si un día dejo de respirar nadie se preguntará qué ha pasado. La gente no se despierta después de tantos años en coma, además, solo tienes que presionar ese botón rojo de ahí y desenchufar el respirador durante tres minutos que es lo que mi cuerpo necesita para morir. Y listo, luego enchufas de nuevo y nadie lo sabrá, mucho menos sospechar de ti. ¿Qué razones tendría un hombre desconocido para acabar con la vida de una chica en coma? Ni siquiera me practicarán una autopsia.

—Has pensado mucho en esto —dijo Zane.

—No tengo nada más que hacer, así que dime, ¿me ayudarás?

Capítulo 3

Lena

—Morado es un color perfecto para las flores —dijo mi madre y Natalie sonrió, pero Andrea no pensaba la mismo.

No lo dijo, les mostró una media sonrisa antes de bajar la mirada a la revista de novias. Se habían reunido para un almuerzo pre-organización de boda, lo que sea que quería decir eso.

Por lo que pude escuchar los padres (los cuatro) estaban usando todas sus conexiones para conseguirle el lugar perfecto para la boda y según Natalie ese era Le Chateau.

Lo conocía, aunque no había ido nunca porque de lunes a viernes era un restaurante de lujo y los fines de semana celebraban bodas. Yo era chica más de hamburguesa o tacos, aunque Natalie iba a cenar ahí en su cumpleaños con nuestros padres.

Normal, ¿no?

Iba a ser imposible conseguir un día libre con tan poca antelación, la gente tenía fecha para dentro de tres años. Ya, en tres años la relación se iba a la mierda y justo eso era lo que esperaba Natalie, que alguna pobre pareja decidiera en el último momento anular la boda.

Era una buena persona mi hermana, ¿a qué sí?

—Napa Valley es bonito en esta temporada —dijo Andrea.

—Oh, es precioso —suspiré, pensando en la última vez que había ido con los abuelos.

Era su lugar favorito, es donde se había conocido y no había lugar más bonito. Los baños minerales, el buen vino, la comida sabrosa y las vistas impresionantes.

Yo me casaría en Napa Valley si no estuviera en coma y si tuviera un novio.

—Sí, pero no es exactamente lo que Gerard y yo queremos —dijo Natalie.

Andrea, de nuevo, se mordió la lengua, pero se le notaba en la cara que no estaba muy cómoda ni con la compañía ni con la boda. O Natalie espabilaba y se ganaba a la suegra o estaban organizando una boda que nunca iba a suceder.

Después de una hora interminable por fin el almuerzo acabó y cada una se fue a su casa. Andrea se fue, mi madre se quedó y Natalie desapareció diciendo que tenía que hacer un recado ya que ella todavía estaba viviendo aquí.

Eso era raro. Gerard tenía un apartamento en el centro, ¿por qué no vivían juntos si esperaban un hijo y estaban organizando la boda?

¿Y si Natalie estaba mintiendo sobre el embarazo? No sería la primera vez.

Me pasé el resto del día pensando en los posibles planes de mi hermana maquiavélica porque estaba segura de que estaba planeando algo. Porque, obviamente, no quería pensar en Zane, el idiota que era el único que podía ayudarme, pero que no quería hacerlo.

Homicidio, incorrecto, ilegal, no perder la esperanza, pensar en mi familia, bla, bla, bla. El hombre era guapo, pero no podía ser más tonto.

Y mala persona. ¿Cómo podía hacerme esto?

Al día siguiente estaba en la cocina viendo a mi madre preparar el desayuno para mi padre cuando llamaron a la puerta. Estaba aburrida, pero no tanto como para levantarme a ver quién llamaba a estas horas.

Podría ser el repartidor, ese joven rubio de ojos azules, pero ni su sonrisa bonita era incentivo suficiente para hacerme moverme. Había vuelto a la depresión suponiendo que los fantasmas se pueden deprimir.

—Ven a tomar un café mientras terminan de mover las cosas —dijo mi madre al volver a la cocina.

Bueno, pues al repartidor nunca le había invitado a un café, en los días calurosos le regalaba algún refresco, pero no más.

—Gracias, Violet.

Hala, aquí estaba Zane otra vez.

Me guiñó el ojo y como no podía tirarle algo a la cabeza le saqué la lengua igualito a una niña de tres años. Obviamente, salió mal porque Zane me sonrió y, Dios, que sonrisa más bonita tenía.

—¿Azúcar? —le preguntó mi madre.

—Negro, gracias.

—Como tu corazón —murmuré.

Zane escondió su sonrisa detrás de la taza de café que le había entregado mi madre. Entonces llegó Lucia.

—¿Puede venir un momento arriba? Tenemos un pequeño problema —le dijo a mi madre.

—¿Pequeño? Tienes un grande problema —le espeté a mi madre.

—Ahora regreso, Zane, disfruta de tu café —dijo antes de salir detrás de Lucia.

Él disfrutó de su café y yo de él.

Llevaba vaqueros descoloridos, botas de motociclista y una camiseta blanca. La ropa estaba ajustada en todas las partes buenas. La camiseta que se ajustaba a su ancho pecho, se adhería a sus anchos hombros, se moldeaba alrededor de sus increíbles bíceps.

Mirándolo tuve la sensación de que podría tumbarme en la cama, abrazarlo, y me sentiría pequeña, segura, cálida y protegida con solo envolverme con sus brazos. Al mismo tiempo, también podía verlo como un león, aniquilando cualquier cosa que pudiera amenazarme con hacerme daño.

Pero no a mí. Para mí no quería hacer una cosa tan pequeña como tropezar con un maldito cable.

—No creo en fantasmas —dijo.

Suspiré: —Ya lo has dejado clarísimo el otro día.

—Si no te hubiera visto arriba no sabría que no eres una persona normal, sana y, joder, Lena, no puedo hacer lo que me pides. Tiene que haber una manera de ayudarte, otra que la que estás proponiendo.

—Avísame cuando la encuentras porque yo ya he buscado suficiente en los últimos años —dije.

Salté de la encimera donde había estado sentada y caminé hasta la ventana. El jardín de mi madre era precioso, rosas floreciendo en todos los colores posibles, el césped cortado perfectamente, ni una hoja seca en suelo, ni siquiera en los árboles. Oh no, ninguna hoja se atrevería a secarse en el jardín de mi madre.

Entonces, lo sentí detrás. No escuché sus pasos, simplemente sentí el calor de su cuerpo a

mi espalda. Luego escuché su voz profunda y áspera: —Lena.

Mi cabeza giró completamente hacia su voz y miré hacia arriba. Maldita sea, el hombre era alto y me estaba mirando con esos ojos verdes. Olvidé respirar o algo parecido ya que no necesitaba hacerlo.

No necesitaba nada. No tenía deseos. No tenía nada.

¡Joder! Como deseaba ser una mujer de verdad, darme la vuelta, poner las manos sobre su pecho y besar a este hombre.

—Eres una mujer muy hermosa y...

—Todo está preparado, Zane —le interrumpió mi madre.

Como no podía decir nada sin parecer loco se dio la vuelta y siguió a mi madre. Yo no, por lo menos no les seguí en ese momento.

Verás, había tenido tiempo suficiente para acostumbrarme a la idea de que iba a morir, de que mi vida había terminado. No había nada en el futuro para mí, ni novios, ni esposo, ni familia, ni una carrera exitosa.

Nada.

Al principio, no voy a negar, estuve enfadada con el mundo, pero ya lo había aceptado. Incluso en el mejor de los casos, si ocurría un milagro, mi vida nunca sería igual. Las probabilidades de despertar y retomar mi vida eran iguales a los de encontrar un tesoro al final del arcoíris.

Me jodía haber conocido a Zane ahora, ¿vale? Me hacía pensar en cosas que no eran posibles. Me hacía sentir y eso no era correcto.

Yo era un fantasma y él un hombre de carne y hueso que más que seguro que podía tener a cualquier mujer.

Pasé un par de horas en la cocina y luego subí a mi habitación solo para encontrarla patas arriba. Habían sacado los muebles y mi cama ya no estaba, yo tampoco y no, no me interesaba tanto donde estaba mi cuerpo comatoso como para ir a buscarlo.

Porque, verás, había algo mucho más interesante en el lugar que antes había ocupado mi cama.

Un hombre.

Sí, Zane estaba derribando la pared y sí, señor, un hombre con un cinturón de herramientas alrededor de las caderas tenía algo especial. No es que Zane necesitara algo más para hacer mi cerebro de fantasma colapsara.

Caminé hasta mi esquina y me senté, total, era mi habitación.

Zane tardó un tiempo en darse cuenta de que estaba aquí. Me miró y volvió a su trabajo.

Verlo trabajar era mucho más interesante que escuchar los chismes de Lucia. Mucho más entretenido.

—A tu madre no le gusta Natalie —dije.

—¿Puedes culparla? —preguntó.

Bueno, no.

—Le hará la vida un infierno si no le muestra desde el primero momento quien manda, Zane. Díselo, ¿vale?

Zane dejó el martillo sobre una caja y caminó hasta donde estaba sentada con las piernas cruzadas. Cogió una botella de agua de una nevera portátil y se sentó a mi lado apoyando la espalda contra la pared.

—Natalie es una víbora, lo saben mis padres, lo sabe Gerard, pero él aun dice que la ama y que es la mujer de su vida —explicó.

—Es mala, sí, pero peor de lo que piensan.

Zane me miró sonriendo.

—¿Estás preocupado por mi familia? Deberías cuidar de los tuyos, ¿no?

Me encogí de hombros porque cómo podía explicarle que no sentía por Natalie el mismo amor que sentía por mi hermano. Ella nunca fue una hermana para mí, excepto en el sentido biológico. Nunca compartimos momentos bonitos, nunca jugamos juntas.

Nada. Nunca.

Estuvimos en silencio un tiempo y luego Zane volvió a su trabajo. Alrededor de las seis de la tarde empezó a guardar sus herramientas.

—Volveré mañana —dijo.

—Aquí estaré —murmuré.

Luego suspiré porque verás, he visto esa misma expresión en el rostro de todas las personas que habían ido a visitarme. Pena, pena por la joven en coma, aunque Zane sentía pena por mí, por el fantasma.

Se marchó llevando su pena consigo y yo pasé la noche mirando el cielo por el agujero que él hizo en la pared.

Eran las seis de la madrugada cuando volvió.

—Buenos días —dijo.

No contesté y lo miré caminar hacia mi esquina donde dejó una bolsa.

—Ven aquí.

—¿Eso fue una petición o una orden? Porque para mí sonó como una orden y no soy muy fan de recibir o de cumplir —espeté.

—Una súplica, ¿ok? Así que mueve tu culo aquí y ponte a leer. Estuve hojeando un par de libros anoche y estoy seguro de que aquí está la solución que necesitas —dijo.

—Ya tengo una solución y es muy fácil y rápida —le recordé.

—Lo sé, pero verás, Lena, lo que pasa es que no puedo dejar de pensar en ti y me gustaría averiguar la razón de esta fascinación —explicó.

—Soy un fantasma, soy fascinante —dije sonriendo.

Me puse de pie y caminé hacia él.

Y la forma en que me miró fue más que fascinante, casi me hizo llorar, excepto que las fantasmas no lloran.

—Maldita sea, ojalá estuviera viva en este momento —dije.

—¿Sí? ¿Por qué es eso? —preguntó con voz áspera.

—Saltaría en tus brazos, dejaría que me hicieras cosas —susurré.

Y en sus ojos estaba la verdad, él también quería hacerme cosas y de repente ya no quise morir. Quería vivir de verdad.

Me senté en el suelo y miré la bolsa de libros.

—Soy un fantasma sin poderes, Zane, tendrás que echarme una mano —dije.

Se agachó y con una media sonrisa en sus labios sacó los libros. Eran cinco y tan gordos que necesitaría un año entero para leerlos. Menos mal que el tiempo era lo único que no me faltaba.

Abrió uno y se fue a hacer su trabajo, pero volvía cada cinco minutos para pasar la página. Yo leía mucho más despacio, pero no se lo dije porque me gustaba la manera en la que me miraba cuando se acercaba.

Estaba desesperada por atención y era normal después de tantos años de invisibilidad y soledad.

Empecé a leer en voz alta cuando me di cuenta de que lo que estaba leyendo no tenía ningún sentido. Zane tampoco lo entendía y pasamos al siguiente libro, uno que era más o menos una introducción al mundo de los fantasmas.

Era ficción, obviamente porque los científicos afirman que no hay evidencias y que los fantasmas no existen. Son proyecciones mentales de la persona que dice verlas, son una salida a algo que está pasando, algún problema que necesita solución. Son energía.

No existen y punto.

—Por lo visto tengo asuntos pendientes en este mundo y por eso no puedo ir hacia la luz —dije al final del día mientras Zane recogía sus herramientas.

Estuvimos todo el día aquí arriba solos. De vez en cuando Zane se tomaba una pausa para tomar agua y se sentaba a mi lado para mirarme mientras leía. Fue bonito, incluso mi tartamudeo que aparecía cuando lo sentía mirarme.

—Aja —gruñó Zane.

—Necesito un médium para guiarme —continué sin apartar la mirada de él y es que la manera en la que intentaba evitarme era extraña—. O un exorcista.

—Mañana traeré un médium. Adiós.

Y se marchó.

Se asustó, no había otra explicación. Estaría pensando que se ha vuelto loco y no podía esperar a verlo de nuevo mañana para reírme de él.

Pero Zane no volvió. Ni el día siguiente, ni el otro.

Envío a otros a terminar el trabajo, construyeron el balcón que quería mi madre y he de reconocer que no se veía nada mal. Me llevaron de vuelta a mi habitación y cada mañana Lucia empujaba mi camilla a través de las puertas francesas a la terraza.

Mi madre se sentaba conmigo y me hablaba. Toda la situación era triste, joder y deseaba tener fuerzas suficientes para empujar la maldita camilla hacia abajo. Eran tres plantas, no eran suficientes para matar a una persona, pero tal vez con un poco de suerte pasaría.

Luego Lucia enfermó y contrataron a otra persona.

Un hombre de unos cuarenta años que me cayó mal desde el primer momento. Natalie lo recomendó, era un amigo suyo y eso era suficiente para odiarlo, pero para mi madre era lo que necesitaba para confiar en él.

La primera noche demostró que era tan horrible como mi hermana.

Empezó a darme un baño de esponja y había algo pervertido en la manera en la que tocaba mi cuerpo desnudo. Le grité cuando empezó a desabrocharse los pantalones. Le grité más cuando lo vi subirse a la camilla, tumbarse sobre mi cuerpo indefenso.

—¡Hijo de puta! —grité una y otra vez.

Me subí a la camilla gritando con todas mis fuerzas de fantasma y de repente el hombre voló a través de la habitación, golpeó la pared y cayó al suelo inconsciente. Me acerqué a él y miré fascinada como le sangraba la cabeza.

Había algo muy bonito en la manera en la que el rojo coloreaba el blanco de la alfombra. Tan bonito.

Lo encontraron a la mañana siguiente. Muerto.

Mi madre se puso a gritar y después a llorar cuando vio mi cuerpo desnudo en la cama. Vino la policía e interrogaron a mis padres y menos mal que tenían un alibi, estuvieron toda la noche en una fiesta en casa de un amigo, porque era obvio que la muerte no fue accidental.

Luego comprobaron las cámaras de seguridad y eso no les ayudó mucho porque averiguaron que no había nadie más en la casa, solo él y una joven en coma.

¿Quién había matado al hombre?

—Está fingiendo, Lena está fingiendo —declaró Natalie esa misma tarde.

—¡Dios! ¿Tú piensas antes de hablar? —le preguntó Chase que había cogido un vuelo en el instante en el que averiguó que había pasado.

—Chicos —dijo mi padre.

Mi madre había dejado de gritar y llorar, simplemente estaba sentada en el sofá con la mirada en blanco.

—Intentó abusar de ella —murmuró.

Mi padre suspiró, Natalie puso los ojos en blanco con tanta indiferencia que me acerqué a ella y le susurré: —Reza para no vivir nunca algo así, para no sentir nunca las manos de un hombre tocándote sin tu permiso, reza para no sentirlo sobre tu cuerpo. Reza, Natalie, reza.

De repente, Natalie miró asustada a los lados.

No, ¿o sí?

—Natalie —susurré, pero esta vez ella no reaccionó, o sea no, no me había escuchado.

Una pena, me hubiera encantado poder torturarla, al menos un par de horas.

—¿Cuándo vuelve Lucia? —preguntó Chase.

—En dos semanas, pero ya he hablado con una de las enfermeras del hospital y está de acuerdo en venir —dijo mi padre.

—Lo que deberían hacer es terminar de una vez con todo este infierno —exclamó Natalie —. Está muerta, ¿por qué gastar tanto dinero en mantenerla cuando saben muy bien que nunca despertará?

—Es tu hermana, Natalie, ¿cómo puedes decir eso? —preguntó mi madre.

—¡Está muerta! —espetó Natalie.

—Vamos, chica, o estoy muerta o he matado al enfermero. Las dos cosas no pueden ser —dije y dos segundos después mi hermano le dijo lo mismo.

—O está muerta o está cometiendo homicidios —dijo Chase.

—Está en coma y la muerte del enfermero fue un accidente, inexplicable, pero un accidente y no se volverá a hablar del tema —decretó mi padre.

—Ok, ¿podemos hablar de mi boda? Hay un par de cositas que quería discutir con vosotros —dijo Natalie.

Traducción: Natalie quería más dinero porque los doscientos mil dólares que se había gastado hasta ahora no era suficiente.

Doscientos mil dólares por un día.

A veces me preguntaba si Natalie tenía aire en la cabeza porque de otra manera no podía entender. Sí, mis padres tenían dinero, pero tampoco tenían tanto como para malgastarlo todo en un solo día.

No obstante, mis padres le firmaron un cheque de cincuenta mil dólares porque, obviamente, los invitados iban a apreciar un tatuador y a un cantante famoso, tan famoso que yo nunca había escuchado su nombre.

Pero ¿qué sabía yo de música? Llevaba en coma mucho tiempo.

Cuando se fueron a dormir yo también volví a mi habitación, a mi esquina. La nueva enfermera había dejado la puerta de la terraza abierta y me acerqué a mirar las estrellas. Y mientras estaba yo ahí mirando como tonta me di cuenta de que la puerta de la habitación estaba cerrada.

¿Cómo había entrado si estaba cerrada?

Capítulo 4

Lena

Era libre.

Oh, la vida era maravillosa cuando no estabas atrapado entre las paredes de una casa, viendo cada día las mismas caras, escuchando sobre la vida en lugar de vivirla. No es que viviera mucho ahora, pero por lo menos podía salir.

Y salí.

Era medianoche cuando me di cuenta de que podía atravesar puertas y paredes y fui pasando de habitación a habitación hasta la madrugada. No es que tuviera algo interesante de ver en la casa en la que había crecido, lo hice porque podía.

Luego quise probar si podía salir al jardín.

¡Podía! Pude hacerlo y paseé, estaba genial, pero algo aburrido.

Quise probar más y poco a poco, paso a paso salí a la calle. Todavía era pronto, solo estaba el señor Jefferson paseando a su perro que ladró en cuanto me vio o sintió, no sé qué le pasaba exactamente.

Caminé hasta la parada de autobús y lo cogí hasta el centro. Paseé por las calles y entré en las tiendas para mirar ropa, zapatos y joyas. No había cambiado mucho la moda, excepto que ahora se llevaban los vaqueros de cintura alta y camisetas cortas, muy cortas.

Entré a ver una película de acción y me enamoré del protagonista, un policía guapo y duro que buscaba venganza por la muerte de su esposa.

Luego me di cuenta de que ahora tenía más posibilidades de encontrar a gente que pudiera echarme una mano con lo que estaba pasando. Zane podía verme, seguramente podía haber más gente que también podía y no había mejor lugar que una tienda esotérica.

Durante una semana estuve caminando por cada calle, cada callejuela de la ciudad en búsqueda de una maldita tienda. No encontré ninguna y cuando estaba a punto de renunciar vi un anuncio, un trozo de papel pegado en una pared.

Médium, ven a verme.

Parecía como si estuviera escrito para mí y solo tuve que cruzar la calle y subir a la segunda planta para encontrar a la médium. Bueno, su puerta. De repente, me invadió el miedo y estaba pensando en marcharme.

¿Qué podía pasar si no entraba? No mucho, seguiría siendo un fantasma hasta mis sesenta o setenta años, eso sí tenía mala suerte.

¿Qué podía pasar si entraba? Muchas cosas, podían atraparme aquí, en uno de los libros de Zane mencionaban los círculos de sal y el hierro. Incluso podían obligarme a hacer cosas malas. Yo que sabía, esto era nuevo para mí.

Pero luego se abrió la puerta y miré a los ojos de una mujer mayor de cabello blanco. Su sonrisa cálida me convenció.

—Por favor, Lena, entra. Llevo mucho tiempo esperándote —dijo.

A mí, me habló y me miró a los ojos.

Acepté su invitación porque necesitaba hablar con alguien y no había nadie mejor que una persona que podía verme. El apartamento era como nada que hubiera visto antes. Oscuro,

con cortinas gruesas de un rojo oscuro, con paredes llenas de cuadros extraños.

Había un montón de muebles, una librería con libros viejos, polvorientos y gruesos. Estanterías con objetos diversos, desde globos de cristal a hadas pequeñas. Y muchas, muchas velas.

Lo que no vi fueron círculos de sal o barras de hierro.

—Mi nombre es Summer —dijo la mujer.

—Encantada, ¿cómo sabe mi nombre? —pregunté.

La mujer se sentó en una silla y con un gesto de cabeza me invitó a sentarme en la otra que estaba frente a una mesa pequeña. Me senté y esperé.

—Podría decirte que tengo un don, pero sería mentira. No sé qué diablos tengo o lo que soy, pero veo más que las personas normales. Fantasma, alma, energía, lo puedes llamar como más te plazca porque no hay un nombre correcto o incorrecto —explicó.

—Eso no responde a mi pregunta.

Summer se encogió de hombros.

—Solo lo sé —respondió.

—Algo me dice que tampoco sabes cómo acabar con este infierno —murmuré.

—No, lo siento. Tu alma es pura, tu aura es la más pura que haya visto en mi vida y emanas más vitalidad que la mayoría de las personas que conozco.

—Y aun así puedo atravesar paredes y sería una habilidad muy interesante si pudiera entrar en un banco y robar, ¿sabes? O algo igual de beneficioso para ti, ¿sabes? Yo te ayudo, tú me ayudas.

La mujer sonrió.

—Una bolsa de dinero no vendría nada mal.

—Puedo conseguirte dinero, no sé cómo, pero puede buscar una manera —ofrecí.

—Y quieres algo a cambio —dijo.

—Claro que sí, y no es muy difícil.

Era mentira, entrar en casa de mis padres y desenchufar mi respirador no iba a ser muy fácil, pero ya encontraría la manera de conseguirlo.

—Volveré —dije antes de atravesar la pared.

Fue una salida impresionante, algo que había querido hacer desde la primera vez que pude atravesar una pared, pero que hasta ahora no tuve a quien mostrársela.

Lo que sabía hasta ahora era que la furia me traía nuevas habilidades, más fuerza así que tenía que enfadarme y mucho. Regresé a casa, pero todos estaban ya en sus habitaciones. Mi padre dormía y mi madre estaba leyendo un libro.

Natalie estaba en una videollamada con sus amigas discutiendo sobre la boda que me puso de mal humor, pero no lo suficiente. En mi habitación no había ninguna novedad tampoco.

No obstante, bajé al despacho de mi padre y sobre su escritorio estaba una factura.

UpNorth Carter.

Más abajo estaba el nombre de Zane y una dirección.

Estaba tan aburrida que decidí echar un vistazo a la empresa de Zane. Total, no tenía nada mejor que hacer. Aunque esta vez no fue tan fácil llegar porque la dirección estaba en una zona residencial y conseguí subir a un autobús que me dejó a una hora de mi destino.

Estaba algo enfadada cuando llegué porque las oficinas tienen que estar en el centro donde es muy fácil de llegar. Por lo menos el barrio era bonito y me entretuve admirando las casas cuando no echaba a correr porque los perros se ponían a ladrar como locos.

Era un barrio residencial y no me había dado cuenta, pero la empresa de Zane tenía la

sede en una casa normal, bonita, pero normal. Era una construcción moderna, de acero y vidrio que debía ser un infierno a la hora de limpiar todas esas ventanas.

Estuve un rato viendo desde fuera, observando cada detalle de la casa, del patio delantero porque, obviamente, no estaba segura de que lo quería hacer. No era correcto entrar. No, pero al final lo hice y me di cuenta de que esto no era un despacho.

Era la casa de Zane.

Muy minimalista, fría, sí, fría. No había ni una mancha de color y eso que fui pasando del salón en el que no había nada más que un sofá y dos sillones a la cocina donde lo único colorido era la comida del frigorífico.

Blanco y negro.

Estaba a punto de subir cuando escuché ruido detrás de mí y me di la vuelta rápidamente. Unos ojos marrones me estaban mirando curiosos.

—Lo bueno es que no puedes pegarme un mordisco, ¿verdad, perrito? —le dije al perro grande y negro.

Eché a correr y desapareció solo para volver dos segundos después con una pelota roja en la boca. La soltó a mis pies.

—¿Quieres jugar? —dije.

El perro me miró como si fuera tonta.

Me senté en el segundo peldaño de la escalera y cogí la pelota.

—Vamos a jugar —le dije al perro— pero lo haremos en silencio, ¿ok?

Era un perro listo y durante un cuarto de hora estuve lanzándole la pelota. Luego él se tumbó y cerró los ojos.

Vaya buena vida del perro jugaba, dormía.

Vaya mierda de vida la mía. Deambulando por la ciudad como alma en pena y entrando en casas ajenas para cotillear. Suspirando me puse de pie y subí las escaleras.

¿Por qué engañarme? Había ido a ver a Zane, lo echaba de menos. ¿A qué era raro? Era un conocido, nada más.

La primera habitación en la que entré era un dormitorio grande y en la cama (igual de grande) estaba durmiendo Zane. Tumbado de espaldas en medio de la cama. El pecho desnudo. Una pierna doblada. Una sábana cubriendo sus caderas, impidiéndome ver si dormía vestido o desnudo.

Y no, todavía no podía tocar nada. Tal vez algún día.

—Vete ya —me susurré.

Lo había visto y debía irme. No obstante, mis pies me llevaron hacia la cama y con mucho cuidado me tumbé de lado.

Y lo miré mientras dormía.

Nunca lo había hecho. Tuve novios y a veces dormimos juntos, pero quedarme despierta y verlos dormir nunca me pareció algo que me gustaría hacer. Era aburrido, ¿no?

Pues no, por lo menos con Zane era muy interesante y no sabía decir por qué. Simplemente me resultaba muy fascinante mirarlo.

Era raro, obviamente, pero era un fantasma. Toda mi existencia era sobre cosas raras.

La alarma de Zane sonó a las seis de la mañana y me tomó por sorpresa. A Zane lo tomo por sorpresa mi presencia.

El despertador estaba en la mesita de noche de mi lado y cuando Zane se dio la vuelta para apagarla me vio. Se quedó con la mano en el aire.

—Hola —dije.

—¿Lena? —gruñó.

No estaba muy feliz, ¿quién en su sano juicio estaría feliz al despertarse en la cama con un fantasma? Me levanté de la cama y me encaminé de espaldas hacia la puerta.

—Perdón, estaba aburrida. No volverá a pasar. Tu perro me encanta —dije.

Ya casi estaba en la puerta, a salvo de sus gritos porque sabía que iba a gritarme, pero me tomé un momento más para mirarlo. ¿Qué? Zane medio levantado de la cama, apoyado en un brazo y con los ojos soñolientos era algo que nunca había visto y que probablemente nunca veré de nuevo, así que lo disfruté.

Ese momento fue mi perdición.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó.

No podía ser tan maleducada y desaparecer sin darle algunas explicaciones, ¿no?

—He cogido el autobús, luego vine andando.

—Pensaba que no podías salir de tu casa —dijo.

—Yo también, pero al parecer la furia me da nuevas habilidades —murmuré y es cuando tuve una idea—. ¡Eso es!

Zane me miró con una ceja arqueada y me acerqué a la cama. Me senté y me incliné hacia él, sonriendo porque en serio, esto era lo que llevaba tanto tiempo buscando.

—En enfado me da poderes así que lo único que necesito es enfadarme porque lo único que me falta y lo que necesito es poder tocar objetos. Presionar ese botón y tirar del cable, sería tan fácil —dije.

—Sigues con eso —murmuró él.

—Sí, mira, sé qué crees que desenchufar el respirador es un crimen, pero ¿qué te parece un intento de violación? Podrías ir a casa con alguna excusa, por ejemplo, que quieres comprobar la estructura del balcón. Mis padres confían en ti y te dejarán subir, luego solo tendrás que buscar la manera de quedarte a solas con mi cuerpo. Solo tienes que meterme un poco la mano, ¿sabes?

Estaba tan extasiada con mi idea que no pillé a tiempo el significado del silencio de Zane.

—¿Quién? —preguntó, su voz tan grave y ronca que envió un escalofrío a través de mi columna.

—¿Quién qué? —susurré.

Zane se inclinó hacia mí y dijo despacio: —¿Quién te hizo daño?

Me encogí de hombros. La mirada de Zane me advertía que no podía salirme de esta sin responder.

—Un enfermero que contrataron, pero me alegro de que lo hicieran, ¿sabes? Intentó abusar de mí y lo maté —expliqué, diciendo más de lo que debía. De nuevo—. Fue un accidente, ¿vale? No sabía que tenía tanto poder, tú lo sabes, ni siquiera podía pasar la página de un libro. Lanzarlo a través de la habitación no era algo que...

—Lena —gruñó Zane y me callé—. Hiciste bien.

La policía diría que no, la familia de la víctima también, pero de todos modos le sonreí feliz a Zane.

—Pero morir no es la solución —continuó.

—No entiendo tu empeño en que siga viviendo, ¿has entendido lo que te he dicho antes? Un hombre intentó abusar de mí porque soy un cuerpo en una cama, soy algo que no puede moverse ni hablar ni pensar, ni siquiera defenderse. No quiero esta vida, ¿Por qué no puedes entenderlo?

—Porque me gustas y me niego a aceptar que te vas a morir sin haber tenido la oportunidad de conocerte mejor —dijo Zane.

Sentí la sonrisa dibujarse en mi rostro mientras una canción que solía cantar de pequeña se escuchaba en mi cabeza:

Lena y Zane

Sentados en un árbol

¡BESANDOSE!

Primero viene el amor.

Luego viene el matrimonio.

Luego viene el bebe,

¡En un cochecito de bebé!

—No has vuelto —murmuré.

Zane sacudió la cabeza.

—No puedo parar de pensar en ti, Lena. Si...

—Si no estuviera en coma —dije.

—Sí, te hubiera invitado a cenar, a bailar. Pero ¿a qué invito a un fantasma? ¿Y qué hago con las ganas de probar sus labios rojos?

—Bueno, ahora mismo lo que tienes que hacer es callarte porque ya he tenido bastante con mi mente sucia cuando estabas durmiendo —dije.

Otra vez hablé demasiado, aunque esta vez Zane me estaba sonriendo complacido.

—¿Tienes que volver a casa? —preguntó y sacudí la cabeza—. Entonces ¿debería cerrar la puerta del cuarto de baño mientras me ducho?

—Puedes cerrarla, pero ya sabes que una puerta no me puede detener. Ya no.

¡Jodida mierda! Si fuera una mujer de verdad ahora mismo estaría lanzándome en sus brazos y estaba segura de que no tardaría mucho en gemir su nombre en la cúspide de placer.

Me puse de pie.

—Voy a jugar con tu perro —dije.

Caminé hasta la puerta, pero Zane me llamó por mi nombre. Me giré y lo vi frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿King puede verte?

—Sí, ni siquiera ladró al verme que es lo que el resto de los perros hacen. Simplemente me trajo su pelota y estuve abajo lanzando...

No pude seguir. Zane se puso de pie y en un instante estaba a mi lado. Y sí, Zane dormía desnudo. Y sí, necesitaba un momento para recuperarme después de ver lo que acababa de ver.

¡Vaya asco de vida! Este hombre guapo y muy, muy bien dotado me deseaba y yo era un fantasma.

—Le has lanzado la pelota a King —dijo.

Asentí.

—¿Cómo?

Lo miré con el ceño fruncido porque no hay muchas maneras de lanzar una pelota.

—La he cogido con la mano derecha y la he lanzado, ¿hay otra manera de hacerlo? —pregunté.

Sus ojos se oscurecían a medida que iba hablando y no podía entender la razón.

—¿Qué pasa, Zane? Me estás preocupando —espeté.

—Levanta la mano —ordenó.

Levanté la mano derecha a la altura mis ojos. No, no había nada extraño con mano, pero luego Zane dio un paso hacia mí y su pecho tocó la palma de mi mano. Su piel era suave, pero

debajo podía sentir la dureza de sus músculos.

—¡Oh! —exclamé.

Deslicé la mano sobre su pecho, arriba sobre su cuello. Aparté la mirada de su piel para mirarlo a los ojos. Estaba más allá de sorprendida. Estaba tan feliz y asustada.

Mi mano siguió el camino a lo largo de su mandíbula y se detuvo en su boca. Sus labios se sentían muy suaves bajo mis dedos. No recordaba mi último beso, no recordaba si alguna vez me había sentido tan fascinada por un par de labios.

Quería sentirlos sobre mis labios. Quería saborearlas.

—Lena —gruñó Zane.

—¿Cuánto te gusto? —pregunté, mis dedos todavía sobre sus labios.

—Mucho —respondió.

—¿Lo suficiente como para intentar besar a un fantasma?

Las palabras salieron antes de que tuviera la oportunidad de pararlas y es algo que me pasaba cuando estaba con él. Hablaba demasiado, pero no siempre era algo malo. Ahora no.

Su silencio no duró mucho, de repente su mano estaba envuelta alrededor de mi nuca y su boca golpeó la mía.

Abrí mis labios y su lengua se metió dentro.

¡Oh, Dios! Me estaba tocando.

¡Sí, joder, sí! Podía sentirlo, sus labios eran suaves, pero no demasiado.

¡Wow! Podía saborearlo, sabía delicioso.

Un gruñido feroz salió de él, hundiéndose en mi garganta mientras inclinaba la cabeza y profundizaba el beso.

¡Maldición!

El hombre podría besar y no quería imaginarme como sería un beso suyo de verdad.

Deslicé un brazo alrededor de sus hombros, la otra mano subió y se metió en su cabello suave.

Con la sensación de eso, la profundidad de su beso, su sabor, gemí en su boca.

Zane me estaba besando. Luego me estaba tumbando sobre la cama. Me besó de nuevo, duro y húmedo, profundo y largo, antes de surgir abruptamente.

¿Qué estaba pasando? ¿Se había dado cuenta de que lo que estaba pasando era una locura? Pero eso fue sólo un pensamiento vago que se esfumó casi antes de que lo tuviera.

No.

No tenía pensamientos.

No tenía nada.

Ya no sentía sus manos sobre mí.

Ya no podía olerlo.

De repente ya no estaba en su cama, estaba rodeada de oscuridad.

—¡VETE A LA MIERDA! —grité.

Me eché a llorar.

¿Por qué ahora? Podía tocar y ser tocada. Había conocido a Zane y mi corazón (¿tenía corazón?) me decía que él era el elegido. Quería conocerlo, salir con él, vivir con él y sí, incluso quería vivir con él como fantasma.

Total, podía besarme y era todo lo que necesitaba.

¿Qué importaba si era el único que podía verme?

Quería a Zane.

—Puedes tenerlo —dijo una voz grave llenándose de terror.

No había nada a mi alrededor, nada más que oscuridad. Aunque luego llegó la luz brillante, tanto que tuve que cerrar los ojos. No podía ver a la persona que me estaba hablando, solo escucharla y sabía que estaba justo delante.

¿Este era el infierno? ¿Había llegado aquí por matar a ese hombre?

¿Este era el paraíso? ¿Se habían terminado mis años de tortura?

—No importa que es esto, lo que importa es qué estás dispuesta a hacer por tener a Zane.

Cualquier cosa.

Lo pensé, pero no lo dije porque, aunque no era una persona religiosa, la abuela era y sabía suficientemente bien que nada valía la pena vender tu alma.

—Oh, tranquila, Lena, no quiero tu alma. Almas tengo suficientes. Lo que yo quiero es tu felicidad.

Capítulo 5

Lena

El dolor de cabeza me estaba matando y por más que intenté recordar qué había tomado la noche anterior me fue imposible. O con quién había salido o por qué. No aguantaba bien las resacas y solo bebía si tenía una buena razón.

¿Por qué diablos me había emborrachado?

Ah, sí, había pasado el examen. Oficialmente era abogada, lista para defender a los indefensos y poner detrás de las rejas a los delincuentes.

Ok, vale, esta razón valía la pena.

Abrí los ojos sabiendo que la luz iba a empeorar el dolor y sí, es lo que pasó, pero el dolor fue menor que mi sorpresa al darme cuenta de que no estaba en mi habitación. De hecho, ni siquiera estaba en mi apartamento.

¡Oh, Dios, eso no!

Acostarme con alguien estando borracha era algo que nunca hacía. Hice un pacto con Jessie y nos cuidábamos, si yo me emborrachaba ella no y al revés. Nos protegíamos una a la otra de decisiones que seguramente íbamos a odiar al día siguiente.

O sea, Jessie me había fallado. ¡Maldita sea!

Giré la cabeza esperando ver al otro lado de la cama el rostro del hombre que se había acostado con una mujer borracha, pero estaba sola. Y no solo eso, la cama era de una sola persona.

Empecé a entrar en pánico cuando noté varias cosas, por ejemplo, un tubo que tenía metido por la garganta, otro en el brazo. Tiré del de la boca y dolió como el infierno, me trajo lágrimas a los ojos, pero maldita sea, necesitaba salir de aquí.

El del brazo dejó un rastro de sangre sobre las sábanas blancas que eché a un lado. Entonces vi otro tubo entre mis piernas.

¿Qué mierda había hecho la noche anterior? Seguramente alguien me había echado algo en la bebida, algún perverso.

Pero, tranquila, Lena, tú puedes con todo.

Pude con la sonda urinaria, de hecho, no lloré, aunque lo quería hacer. No obstante, no tenía tiempo que perder y me puse de pie.

Me caí.

Luego lo intenté otra vez y otra hasta que tenía las rodillas ensangrentadas de tanto caerme, pero no renuncié. Solo Dios sabía qué era lo que pretendía la persona que me había llevado hasta aquí.

Con las piernas temblando llegué hasta la puerta y le di gracias a Dios cuando vi que no estaba cerrada con llave.

Estaba más cerca de la libertad, aunque con cada paso que daba la casa empezaba a parecerme familiar. Eso me preocupó más.

Bajé las escaleras y es cuando me di cuenta de que era mi casa, la de mis padres porque yo vivía en un apartamento alquilado en Seattle.

Bajé el segundo tramo de escaleras y al escuchar voces fui hacia el salón porque estaba

en casa. Mi familia no me secuestraría. Bueno, Natalie lo haría.

La puerta estaba abierta y entré. No me vieron enseguida y eso me dio la oportunidad de analizarlos. Mi padre había envejecido algo y eso era extraño, tal vez había pasado muchas horas en el quirófano y por eso se veía tan mal.

Mi madre había adelgazado y ya que siempre fue delgada era bastante impresionante el cambio. Me pregunté qué diablos le había pasado, tal vez tenía algún evento importante al que acudir y quería mostrar que a sus cincuenta tenía el cuerpo de una joven de veinte.

Y Natalie, bueno, ella seguía hablando sin dejar a los otros pronunciar ninguna palabra. Nada nuevo ahí.

—Y no, no quiero a la tía Fran en la boda. Todos sabemos cómo se pone cuando toma una copa de vino y me va a arruinar el día. No y es mi decisión definitiva —declaró Natalie.

¿Natalie se estaba casando? Pero si tenía veinte años.

—Es mi hermana, hija —empezó mi madre, pero no continuó. Ella estaba mirando a Natalie, la vio palidecer y le preguntó: —¿Estás bien?

Es que por alguna razón verme le provocó una reacción inesperada a mi hermana. Ya sabía que no le gustaba mucho, pero tampoco me esperaba que me mirara como si estuviera viendo un fantasma.

—Hola —dije.

Mi madre giró la cabeza despacio y la misma sorpresa de Natalie se reflejaba en su rostro. Luego sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Harvey? —murmuró mi madre.

Entonces miré a mi padre que también se había quedado en blanco y es cuando exploté.

—¿En serio? Sé que no vengo muy a menudo a casa, pero tampoco es para que os pongáis así —espeté.

—Llama al médico, Violet —dijo mi padre.

Oh, ok. Estaba enferma. Por eso no recordaba nada de la noche anterior y me había despertado pensando que me había secuestrado algún perverso.

Respiré aliviada y caminé hasta el sofá donde mi madre con manos temblorosas intentaba hacer una llamada. Me senté y le cogí el teléfono.

—¿El doctor Riggs? —le pregunté.

—Emerson —respondió ella.

Mis manos también se sentían raras, pero no tanto como las de mi madre que se las estaba frotando de una manera obsesiva. Se lo entregué cuando escuché la voz de una mujer y la dejé con su conversación.

Ignorando las miradas extrañas de mi familia extendí la mano para llenar una taza de café.

Dios, me moría por tomarla. Y tarta, quería tarta de chocolate con frambuesas.

Antojos, diablos, eso sí que era extraño.

—Sí, Lena ha despertado —decía mi madre—. Sí, ¿puede venir? Vale, si piensa que es mejor. Hasta ahora.

—El doctor piensa que es mejor ir al hospital —dijo mi madre, cogiendo la taza de café de mi mano.

—Hey, es mi café —exclamé.

—Mejor no, Lena. Primero hay que ver que dice el médico —dijo mi padre.

—Estoy bien, ¿vale? Me siento bien, sois vosotros los que se comportan de manera extraña —dije.

—¿Nosotros, extraños? No, no, tú eres la que se está comportando como si no hubieras estado durante cinco años en coma —dijo Natalie riendo.

—¡Natalie, por Dios! —la regañó mi padre.

¿Coma?

Mi padre se sentó a mi lado y cogió mi mano. Luego me explicó que me atropellaron y que llevaba años en coma.

Años.

Había perdido cinco años de mi vida.

—Deberíamos ir al hospital —insistió mi madre.

Yo estaba demasiado asombrada por lo que me acababan de decir como para importarme lo que debería hacer y ella me ayudó a levantarme.

—Ven, te ayudaré a cambiarte —dijo.

Y no solo eso, me llevó a la habitación en la que había despertado que antes era la buhardilla donde se guardaban los trastos, y me ayudó a ducharme. Bueno, abrió el grifo de la ducha y me desató el camisón que parecía uno de esos que te daban en el hospital, pero más suave.

Se marchó, pero dejó la puerta entreabierta y antes de meterme en la ducha me miré en el espejo.

No reconocía mi cuerpo. Antes tenía curvas, ahora solo huesos, incluso mis pechos habían bajado de copa. Lo peor eran las cicatrices, una larga y fea iba desde el centro de mi pecho hasta el ombligo, otra más pequeña en el brazo izquierdo, otra en la pierna derecha.

Lo único positivo era que mi piel era suave. También estaba el cabello que había crecido algo que nunca tenía la paciencia de hacer. Lo tenía largo hasta la mitad de mi espalda, suave y denso.

Y más difícil de lavar.

Tardé tanto que mi madre entró para ver si estaba bien. Mi cerebro, que supuestamente no había sido usado en mucho tiempo, no podía encontrar la razón de la preocupación de mi madre.

Ella no era así.

Me secó el cabello como si fuera una niña pequeña y después me trajo un vestido, uno de los míos desde cuando iba al instituto.

—No, quiero el blanco —dije.

—¿Cuál, Lena?

—Uno blanco de tirantes, ajustado al pecho y con falda de vuelo —expliqué.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y dijo: —Está en la tintorería.

Era raro, pero acepté su respuesta y me puse el que me había traído. Luego bajamos y mi padre nos llevó al hospital. Natalie ya no estaba. Por lo menos algo seguía igual que antes.

El médico nos vio enseguida. Me metieron directamente en una máquina para ver mi cerebro y luego nos hizo esperar mientras le llegaban los resultados de las pruebas. Cuando nos vio parecía tan asombrado que mis padres cuando me vieron entrar en el salón.

—Bueno, todo parece normal —dijo el médico rascándose la punta de la nariz—. Nunca he dicho esto en toda mi vida profesional, pero es un milagro. Los pocos pacientes que se han despertado después de muchos años de coma han necesitado meses, incluso años de rehabilitación, pero Lena simplemente se ha levantado y ha caminado.

—Un rehabilitador venía tres veces a la semana para trabajar con ella y la enfermera le daba masajes cada día —explicó mi madre.

—Voy a necesitar una lista de todo lo que hicieron durante estos años porque puede ser de gran ayuda para otras personas.

Media hora estuve mirando a mi madre explicándole al médico qué hizo, quién y por qué. Fueron muchas cosas. Rehabilitación, masajes, suplementos, música. La estaba escuchando y no podía creerlo.

—No quería perderte —susurró mi padre.

Aparté la mirada de mi madre y miré a mi padre: —¿Qué quieres decir?

—Estabas muy mal y los médicos creían que no tenías ninguna posibilidad de sobrevivir, pero tu madre se negó. Dijo que si querías morir ya lo hubieras hecho así que hizo todo lo que pudo para hacer tu vida más confortable. Si no fuera por ella no estaríamos aquí ahora.

Escuchar como mi madre se había negado a dejarme morir fue asombroso, era algo que hubiera esperado de ella, pero para Natalie, no para mí.

Nos marchamos del hospital con la recomendación del médico de tomarlo despacio durante los próximos días, solo para estar seguros. Yo me sentía bien, pero ¿qué sabía yo? No era médico.

Además, mi padre me hacía preguntas sobre mi infancia o sobre eventos importantes que habían ocurrido en el país. Estaba probando mi memoria y mi cerebro. Recordaba todo excepto ese día, mi último día.

Volvimos a casa y en lugar de ir a mi antigua habitación empecé a subir la escalera que llevaba la buhardilla.

—¿Lena?

Me di la vuelta hacia mi madre y me encogí de hombros.

—Me gusta más esta habitación —dije.

Había algo que me inspiraba paz ahí arriba, pero no se lo dije a mi madre.

—Vale, pero voy a pedir otra cama. Esa es horrorosa. —Mi madre me sonrió, luego continuó hablando—. Subiremos también tu ropa y todas tus cosas que hemos traído de tu apartamento. Ya verás que bien va a quedar.

Asentí mientras ella iba hacia la cocina gritando órdenes.

—Esto es una locura —murmuré caminando hacia mi nueva habitación.

Entré y fui directamente hacia la esquina donde me senté con los brazos rodeando mis rodillas. Luego miré hacia la puerta abierta y esperé.

¿Esperando qué? No lo sabía.

Poco después un hombre llenó el quicio de la puerta y por un momento no lo reconocí.

—¡¿Chase?! —exclamé saltando de pie y corriendo hacia él.

Lo abracé por un segundo y luego cogí su rostro en mis manos. No parecía el mismo joven. Ahora era un hombre de verdad y si antes era guapo con su cabello negro y ojos verdes ahora era guapísimo con barba. Algo irreconocible, pero guapísimo.

—Wow, este cambio te queda genial —dije.

—A ti también —dijo sonriendo.

—Ya no soy un cuerpo inerte en una cama, ¿no? Cuéntame qué has hecho estos años, ¿tienes novia? ¿Ya tienes tu propia empresa?

—¿Por qué no vamos abajo y hablamos? —propuso Chase.

Miré con pena la habitación.

—Me gusta estar aquí, pero si tú quieres bajamos. Luego no te enfades cuando aparezca Natalie —le advertí.

Me encaminé hacia el pasillo, pero no me perdí la mirada extraña que me echó. No pensé

demasiado en eso ya que era normal. Total, llevaba años en coma, me imagino que haría o diría cosas extrañas.

Bajamos y en lugar de quedarnos en el salón salimos al jardín donde una joven nos sirvió el café junto a unos pastelitos.

—¿Qué pasó con Rita? —le pregunté a Chase.

—Se fue a vivir con su hija a Miami.

Rita fue la ayudante de mi madre desde que yo era una niña pequeña. Era una mujer extraordinaria, un día nos preparaba la cena como nos arreglaba el grifo del cuarto de baño o le echaba una mano a mi padre con el coche.

—Luego la llamaré, ahora cuéntame sobre tu vida —dije.

Chase sonrió e inclinó para coger mi mano.

—He conocido a la mujer más hermosa, inteligente y buena del mundo. Su nombre es Emma y es maestra de infantil. Nos conocimos en una fiesta de Halloween hace tres años y llevo dos meses con un anillo de compromiso en el bolsillo esperando el momento perfecto para proponerle matrimonio.

—¡Oh, Chase! Estoy tan feliz por ti —dije.

Entonces metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y me mostró el anillo. Un diamante inmenso sobre una banda de oro.

—Por lo que veo el trabajo va bien.

—Sí, mejor que bien. Dimití porque no me gustaba como trabajan en mi antigua empresa y tengo un socio nuevo, pero soy mi jefe, elijo mis proyectos y con sus conexiones las cosas no podían ir mejor. El dinero es genial, el horario de trabajo. Todo es genial, es perfecto ahora que tengo a mi hermanita de vuelta.

—Entonces, si todo te va tan bien podrás pagar la cuenta de la cena esta noche porque quiero conocer a Emma —dije.

—Ok, Lena.

Estuvimos charlando un rato, pero luego Chase se fue porque tenía una reunión y prometió volver a las seis para llevarme a cenar y conocer a su futura prometida.

Durante el tiempo que estuve en el jardín mi habitación había sufrido un cambio increíble. La cama de hospital había desaparecido y en su lugar había una de tamaño grande con docenas de cojines. En el armario estaba toda mi ropa, la de antes de marcharme a la universidad y la que tenía en Seattle.

También habían subido mi escritorio y el portátil. Me senté y lo encendí. No tuve ningún problema en recordar la contraseña, ni siquiera la de mi correo electrónico. Tenía más de mil mensajes y después de echar un breve vistazo me di cuenta de que no tenía sentido alguno.

Habían pasado cinco años, mis amigos ya tendrían sus vidas, ya ni recordarían mi nombre. Tal vez Jessie, pero al comprobar su perfil en Facebook decidí que no era el momento adecuado. Estaba embarazada, a punto de dar a luz a su segundo hijo.

Lo apagué y fui a echar un vistazo a mi ropa. Tenía un montón, pero ninguna prenda me parecía adecuada para la cena de esta noche. Alguna era demasiado elegante, otra me quedaba demasiado pequeña o grande.

Necesitaba ir de compras.

Al bajar me encontré a mi madre en la entrada. Escondió algo a sus espaldas y parecía culpable como el infierno al mirarme. No obstante, no le pregunté nada porque me interesaba muy poco lo que ella hacía.

—Me voy de compras —anuncié.

Me miró asombrada y estaba a punto de protestar cuando escuché el claxon.

—Mi coche está aquí. Luego nos vemos —le dije.

Salí de la casa y ella detrás de mí.

—Pero, Lena, no puedes marcharte sola —gritó.

—Estoy bien, ¿ves?

Subí al coche y le pedí al conductor que me llevara al centro comercial. En ese momento me di cuenta de que no estaba tan bien. Me dolía el estómago y la cabeza, las dos seguramente porque no había comido nada.

Al centro comercial lo primero que hice fue entrar en un restaurante y pedir una sopa que me ayudó a sentirme mejor. Luego fui a comprar y después de una docena de tiendas me di cuenta de que estaba buscando un vestido blanco.

¿De dónde venía esa obsesión con el vestido blanco? Porque era *un* vestido blanco, no cualquiera. Tenía esa imagen en mi cabeza y nada más valía.

Cuando por fin encontré algo parecido era tan tarde que me lo llevé puesto y llamé a Chase para decirme que iba a encontrarlos en el restaurante.

Un taxi me llevó al restaurante donde llegué antes que mi hermano. Me condujeron a la mesa y pedí una manzanilla mientras esperaba. Y como estaba tan aburrida eché un vistazo a mi alrededor.

El mundo no había cambiado mucho en los últimos años, aunque ahora eran pocos los que no tenían un teléfono en la mano. Todos estaban haciendo fotos a la comida o selfis, otros chateaban y una pareja a mi lado estaba viendo una película.

Mi hermano llegó con Emma y ella era tan bonita como lo había dicho él. Y feliz de conocerme. Me abrazó e incluso tenía lágrimas en los ojos y tuvo que disculparse para ir al servicio.

—Lo siento —le dije a Chase.

—No es tu culpa, Emma sabe que había perdido la esperanza de verte sana y salva —explicó mi hermano.

Emma volvió y la cena fue bien. Mi hermano y ella hacían una pareja bonita y no encontré nada extraño, nada negativo en la mujer que pronto iba a ser mi cuñada.

Durante la cena hablamos de ellos dos porque yo no tenía nada de qué hablar. Mi vida había parado hace años y no sabía exactamente que me esperaba de ahora en adelante. El médico dijo que estaba bien, mejor de lo que debía, pero no estaba preparada para volver a Seattle y retomar mi vida.

Todavía no.

O nunca.

Sentía que me faltaba algo, algo que estaba aquí.

¿Qué me faltaba?

Capítulo 6

Lena

El coma había cambiado algunas cosas, pero otras seguían de la misma manera. Mi madre era una de las que había cambiado y ahora parecía una persona diferente conmigo. Con mi padre estaba igual, con Natalie, pero a mí me trataba como si fuera un recién nacido.

Y Natalie, bueno, ella seguía siendo una niña malcriada que pronto iba a ser problema de otro. No había conocido a su prometido todavía y por la conversación que escuché entre mi madre y Natalie tampoco iba a conocerlo.

Mi hermana no me quería en su boda porque mi despertar del coma iba a quitarle protagonismo en su día. Mi madre se enfadó muchísimo y hasta levantó la voz, mi padre tuvo que intervenir y tranquilizar a las dos.

No obstante, el problema no estaba arreglado. Mis padres le dieron un ultimátum a Natalie, aceptaba mi presencia o se pagaba ella sola la boda. Lo que ninguno hizo fue preguntarme a mí.

¿Quería ver casarse a mi hermana? No necesariamente.

Después de una semana de discusiones no habían llegado a un acuerdo y yo me había quedado sin paciencia. Además, quería marcharme ya de la ciudad porque había fallado en encontrar lo que me faltaba.

Tal vez había algo en Seattle.

—No podéis hacerme esto, no es justo —se quejó Natalie.

Era lo único que sabía hacer, quejarse.

—Es tu hermana, por Dios —exclamó mi madre—. ¿Cómo puedes ser tan egoísta?

Bueno, esa pregunta que venía de la mujer culpable del egoísmo de Natalie era hilarante.

—¡Jesús! Me pondré un sombrero y me sentaré atrás, nadie sabrá que soy yo y podrás deslumbrar a tus invitados con tu belleza, ¿de acuerdo? Así todos obtienen lo que desean —dije.

Todos excepto yo.

—Pero yo elijo lo que vas a llevar —declaró Natalie.

—Un saco de patatas llamará demasiado la atención, hermanita —le dije.

Sus ojos se oscurecieron por las emociones y no de las buenas, pero lo ocultó rápidamente.

¡Dios! ¿Qué había convertido a Natalie en una persona tan egoísta, tan mala?

—Mañana iremos de compras —dijo mi madre zanjando el asunto.



Me gustaba el blanco, estaba obsesionado con el blanco.

Fui a comprar un vestido con mi madre y ocurrió lo mismo. No me gustaba nada si no era blanco y obviamente no podía ponerme blanco en la boda de mi hermana, en ninguna boda excepto la mía.

Me compré siete vestidos blancos, pero ninguno adecuado para la boda y mi madre

perdió la paciencia.

—¿Qué te pasa con el blanco? —me preguntó mirándome probarme otro vestido.

—No lo sé —respondí mirando el espejo y encontrando su mirada ahí—. Elige uno, cualquiera, ¿ok?

—Tal vez deberíamos hablar con el médico —sugirió mi madre.

—Después, ¿vale? Después de la boda.

Mi madre asintió y fue a buscarme un vestido. Regresó poco después con uno de color verde que no estaba mal, se ajustaba bien a mis curvas inexistentes y no llamaba demasiado la atención.

Perfecto para ir a una boda a la que no quería asistir.

∞∞∞∞

El día de la boda desperté nerviosa.

Bajé a prepararme el desayuno y estar sola en la casa me puso más nerviosa. Mis padres y Natalie habían pasado la noche en el Chateau donde habían ido después de la cena con la familia del novio.

Sentía pena por esos pobres, su vida iba a ser un infierno con Natalie.

Pero, por ahora tenía un poco de tiempo sin ella y sin mis padres que me vigilaban como un halcón vigila a un pobre pollito. Intentaba ser la de antes, pero era difícil.

Me sentía triste porque había perdido años de mi vida y no podía mostrarlo porque mi madre enseguida me preguntaba qué pasaba. Ya han mencionado un par de veces la palabra terapia.

Y sí, pensaba ir porque hablar con un extraño de mi vida era justo lo que necesitaba. Aquí era imposible. Mi madre estaba tan pendiente de mí que sabía incluso cuántas veces iba al cuarto de baño. Por suerte mi padre seguía trabajando y lo tenía supervisándome solo por la noche.

Chase llamaba cada día y a veces se pasaba para darme un beso.

Faltaba algo en mi vida. Me sentía una prisionera y por ahora era imposible escapar. Mi madre se echó a llorar cuando dije que quería irme a Seattle y mi padre dijo que teniendo en cuenta el coma no debería vivir sola y tan lejos de ellos.

Estaba atrapada porque no sabía cómo decirles que había perdido demasiado tiempo y quería seguir con mi vida, intentar arreglar lo que podía. Quería ser abogada y antes del accidente tenía un par de ofertas, ahora iba a ser bastante difícil encontrar un puesto en un buen bufete.

Tal vez no sería tan mala idea quedarme en San Francisco, con la recomendación del abuelo podía conseguir un trabajo. Y hablando de los abuelos, pusieron el grito en el cielo cuando averiguaron sobre la situación de la boda.

Amenazaron con no ir, pero los convencí y todavía no puedo creer que hice algo positivo por Natalie. La niñata no merece nada, será hermana mía, pero es más mala que un dolor en el trasero.

Estaba terminando mi desayuno cuando llamaron a la puerta. Fui a abrir y me encontré a Emma. Iba vestida con un vestido largo y llevaba una cosa extraña en el cabello.

—Hola —murmuré antes de que ella entrara como un torbellino en la casa.

—No puedo, ¿vale? No puedo con esta mujer —espetó enfadada.

—Déjame adivinar, ¿Natalie? —dije guiándola hacia la cocina.

—He hablado contigo una vez y eres normal, Chase es normal, ¿cómo puede ser ella tan,

tan?

—¿Mala? —intervine.

Emma suspiró y después de sentarse en la mesa escondió su rostro en las manos. Necesitaba un abrazo, pero lo tenía mal porque yo no era una persona muy cariñosa. Aunque había otra cosa que funcionaba bastante bien.

Abrí el frigorífico y le preparé una mimosa que era la única manera aceptable de tomar alcohol por la mañana.

—Toma, bebe esto y cuéntame qué hizo —dije colocando la copa sobre la mesa.

Emma bebió la mitad del contenido de la copa y respiró profundamente antes de decir: — No le gustó mi vestido, dijo que el dorado no es un color adecuado para una boda. Luego le dijo a Chase que no me quería en las fotos porque no era familia, le decimos que estábamos comprometidos y te juro, Lena, parecía que la había poseído un demonio. Cuando me fui tus padres intentaban convencer a Chase de no mandarla al infierno. Desde luego yo no pienso volver ahí.

—Oh, no, Emma, volverás —dije sonriendo.

Se me quedó mirando sorprendida y algo preocupada.

—¿Qué pasa? He estado cinco años en coma, mis neuronas están fritas.

Oh, sí, el reinado de Natalie iba a terminar hoy y me daba igual que debía ser el día más bonito de su vida. Ser novia no le daba el derecho de comportarse de esta manera ni conmigo ni con nadie.

Llevé a Emma arriba a mi habitación donde tenía un armario lleno de vestidos porque Natalie tenía razón, el dorado no era adecuado para esta boda. Tenía otro vestido que era perfecto para Emma.

Color rojo, largo, que se ajustaba a sus curvas y con una abertura en la pierna que si no estaba atenta podría mostrar su ropa interior a los invitados.

Yo me puse otro del mismo color, pero que no se veía tan bien sobre mi cuerpo huesudo, pero llamaría bastante la atención gracias a la brillante persona que inventó el sujetador push-up.

Esperamos hasta el último momento para entrar a la iglesia porque así Natalie no tendría tiempo de hacer nada. Y sí, llamamos mucho la atención caminando hacia el primer banco donde estaba sentado Chase con los abuelos.

Algunos de mis familiares me miraron con los ojos como platos, aunque otros no me reconocieron y fue extraño. No obstante, más extraño fue uno de los padrinos.

Iba caminando, mirando a un lado y al otro, saludando a uno y a otro y de repente miré hacia el altar donde estaba el novio esperando a Natalie. Ni siquiera podía decir si era alto, rubio o moreno porque mis ojos fueron directamente hacia el hombre que estaba a su lado.

Alto, cabello castaño, ojos verdes y el rostro de un dios, probablemente el dios de la guerra.

Él también me estaba mirando fijamente, pero eso no fue lo extraño. Fue mi reacción, fue mi corazón que casi saltó de mi pecho, fue mi piel que hormigueó como si sintiera sus manos, fueron mis labios que se morían por probarlo.

Bajé la mirada hacia sus manos y no vi ningún anillo y eso me dio esperanzas porque esta oportunidad no la iba a desperdiciar. Si era soltero iba a pasar la noche conmigo.

Sí, era extraño, pero de repente sentía la terrible necesidad de sexo, aunque no con cualquiera. Con él.

Le sonreí, ¿vale?

Emma se sentó a la derecha de Chase y yo a la izquierda, pero antes de sentarme giré la

cabeza y le sonreí al hombre misterioso.

No reaccionó de ninguna manera, ni me devolvió la sonrisa ni apartó la mirada, pero, diablos, esa mirada era tan ardiente que era capaz de incendiar la iglesia.

No dejó de mirarme ni siquiera cuando empezaron a entrar las damas de honor o cuando mi padre llevó a Natalie al altar. Yo tampoco dejé de mirarlo porque quería ver cuando pararía.

Lo hizo por un momento cuando le entregó los anillos al novio y lo perdí totalmente cuando la recién casada pareja abandonó la iglesia y él como era su deber de padrino acompañó a una de las damas de honor.

—Bueno, esto ha sido muy divertido —dije.

—No nos ha visto —murmuró Emma.

—Y es como debe ser —intervino la abuela—. Una novia solo debe tener ojos para su novio el día de su boda.

—Y bailar solo con su marido —murmuró el abuelo.

La abuela puso los ojos en blanco, sí, a sus setenta años (casi) todavía lo hacía y es que al abuelo no se le había olvidado que ella había bailado con un primo de él. Como si fuera un pecado mortal.

No lo era, pero el abuelo y ese primo tenían una historia de robarse uno al otro las novias y el abuelo no quería perder a la abuela. Y no la perdió, ni el día de su boda ni después, aunque si seguía reprochándose tal vez la perdería ahora.

Para cuando salimos de la iglesia todos se habían marchado y Chase nos llevó en su coche al Chateau. Me lo pasé mejor en el coche, bromeando con Emma y la abuela, que viendo la ceremonia de Natalie y su novio (que todavía no sabía cómo se llamaba).

Los novios no estaban, pero sí mis padres que nos miraron un poco preocupados.

—Lo habéis hecho mal con Natalie —les dijo Chase—. Ahora os podéis dejar manipular por ella y pedirnos que nos vayamos y estaríamos encantados de ir a cenar en algún sitio.

—Hay un nuevo restaurante francés en el centro —intervino la abuela.

—O podéis ser los adultos en esta familia y enseñar a Natalie que no siempre se puede obtener lo que uno desea —continuó Chase.

—No podrá hacer un berrinche, no delante de todos sus invitados —dije.

Mi madre suspiró con tristeza, pero mi padre tomó a la abuela del brazo y la llevó a una mesa cerca del centro de la habitación. Chase y Emma los siguieron y luego el abuelo nos guio a mi madre y a mí.

La entrada de los novios fue extravagante, el primer baile muy bonito y es que los novios eran muy guapos y bailaban como profesionales. Íbamos por el segundo plato cuando Natalie miró desde su mesa hacia la nuestra.

Su rostro se enrojeció y la miré sonriendo, esperando ver el vapor saliendo por sus orejas. Desgraciadamente, no pasó porque esta era la vida real y no una película infantil.

Averigüé que el hombre más atractivo de la boda era el hermano del nuevo marido de Natalie.

Zane.

Me gustaba su nombre, pero no que era el socio de Chase. Por lo visto se conocían de antes y la relación de Natalie con Gerard los tomó por sorpresa a los dos.

Cuando no conversaba con mi familia lo estaba mirando a él. Él me estaba mirando a mí, pero no se me acercó, ni siquiera cuando su familia se acercó para saludar a los abuelos. Y no, no se extrañaron tanto por mi despertar milagroso.

Natalie se había preocupado por nada.

Las horas pasaban y yo me sentía más triste con cada minuto. Lo quería y le había dejado muy claro que lo deseaba, pero por lo visto mi mensaje no le había llegado porque ahí seguía, sentado en su mesa.

Sin acercarse.

Sin invitarme a bailar.

—Está casado —me susurró Emma.

Aunque no quería la miré boquiabierta y con el corazón latiendo fuerte en el pecho. ¿Estaba casado? ¿Por qué el destino era tan cruel conmigo? Y es que mi obsesión con el hombre había llegado a niveles preocupantes en las últimas horas.

Ya no quería sexo. Lo quería todo. El romance, la propuesta de matrimonio, la boda y los tres hijos.

—¿Zane? —susurré de vuelta.

—Sí, Zane está casado, pero no con una mujer, con su trabajo —explicó Emma y pude respirar aliviada, aunque no por mucho tiempo—. Desde hace tres años nunca ha tenido una relación seria, es de ligar y follar una noche y no prometer nada. Y es bueno, ¿eh? Hace un año lo invitamos a la fiesta de Fin de Año y se fue a casa con una de mis amigas, la pobre aun habla sobre esa noche. Por lo visto puede ir toda la noche. Toda la noche —dijo en voz baja Emma.

—Oh.

—Ahora ya lo sabes, si quieres pasar una noche con él deberías intentarlo, pero debes saber que es lo único que vas a conseguir. Aunque teniendo en cuenta que eres la hermana de su socio no estoy segura si te va a decir algo más que hola.

—No parece el tipo de hombre que no vaya detrás de lo que desea —murmuré para mí misma.

Me miraba y eso significaba que me deseaba, por una noche o por toda la eternidad.

Entonces, ¿por qué no hacía nada? Porque tampoco era uno de esos hombres (pocos) que esperaba a que mujer diera el primer paso.

—Ven, vamos a bailar —dijo Emma.

Acepté su invitación, pero no aguanté mucho su ritmo. Empecé a sentirme algo mareada y me escabullí al servicio. Me eché un poco de agua fría en las muñecas y en el rostro, también descansé un rato antes de volver con mi familia.

Pero no fui demasiado rápida.

Natalie entró al servicio y no tuve la oportunidad de salir.

—Este es mi día, ¿no podías dejarme ni siquiera este maldito día? —gritó.

—Natalie, relájate, no ha pasado nada extraordinario. Fue tu día y lo sigue siendo.

—Siempre buscaste la atención de todos, de mamá, de los abuelos. No puedes aguantar...

—Oh, por Dios, déjate de dramas, Natalie. Pero si quieres hablar de ello lo haremos a la vuelta de tu luna de miel, solo dime el día y la hora. Podemos recordar los momentos favoritos de nuestras infancias, ¿qué te parece? Podemos ver las fotos, oh, espera, no hay fotos de mí desde el día que tú naciste —espeté.

Una mujer entró y nos miró curiosa. Natalie mantuvo la boca cerrada y aproveché para salir del servicio. Aunque no llegué muy lejos porque alguien me agarró del brazo y me metió en una habitación.

Ese alguien era Zane y la razón por la que no me asusté.

¡Por fin!

Olía bien y era fuerte. Me empujó hacia la pared y tuve que inclinar la cabeza para mirarlo.

Lo miré por un breve segundo y luego su boca chocó con la mía.

Hice un ruido desde el fondo de mi garganta, levanté las manos y enrosqué los dedos en la solapa de su chaqueta.

Su lengua se lanzó contra mis labios. Mi boca se abrió y entró.

¡Oh, Dios!

Sabía a whisky algo que nunca me había gustado, pero ahora me parecía el mejor sabor del mundo. Gemí, apreté sus solapas mientras mis piernas se debilitaban y mi cuerpo se balanceaba hacia él.

Su lengua saqueó mi boca y fue el beso más húmedo, más duro, más exigente y sorprendente de mi vida. Gemí en su boca y deslicé una mano de su solapa hacia arriba, alrededor de la cálida piel de su cuello y dentro de su cabello suave.

Presioné mi torso profundamente contra el suyo lo mejor que pude, mi mano sosteniendo su chaqueta mientras que las suyas estaban en mi mandíbula.

Lo besé como nunca. Al socio de mi hermano. Al cuñado de mi hermana. Al hombre que me había calentado con su beso más que todos mis novios.

Era todo, ¿sabes? Su sabor, su talentosa lengua, su olor.

Apartó su boca de la mía y yo protesté. Mis dedos se deslizaron en su cabello y me acerqué aún más en un esfuerzo no verbal por compartir este mensaje.

Sentí su cálido aliento en mis labios, venía rápido y mis ojos se abrieron lentamente para mirar los suyos. El verde era el color perfecto para él.

—¿Dónde has estado? —preguntó, su voz áspera y tan jodidamente hermosa.

—Eh, ¿al servicio?

—Lena —gruñó y ese gruñido contenía una advertencia que no pude entender.

De repente, me di cuenta de que, tal vez, me había confundido.

—Sexo. Una noche y nada más, ¿eso es lo que estamos pensando los dos? —dije.

Sus brazos me soltaron tan rápido que me hubiera caído sin la pared en la que me había apoyado.

—No te acuerdas de mí —declaró.

¡Oh, diablos!

Capítulo 7

Lena

Se marchó.

Zane se marchó al darse cuenta de que no lo recordaba, pero yo regresé con mi familia para seguir celebrando la boda de Natalie. Por lo menos en teoría. No le dije a nadie sobre mi conversación con ella porque no era nada nuevo.

Solo teníamos que sobrevivir a este día y luego podríamos respirar aliviados porque ella ya sería problema de Gerard. Suponía que tenía suficiente con él porque lo que ella necesitaba era una persona a la que maltratar.

Que no era justo para el hombre, alguien debía advertirlo, pero ¿quién? Yo definitivamente no, tenía bastante con mi vida como para ir a meterme en la de los demás.

Ahora mismo estaba preocupada por el encuentro con Zane.

Antes del accidente no lo había conocido, era imposible olvidar un hombre tan atractivo. Además, mi memoria anterior al accidente estaba intacta. Solo me faltaba ese día, pero no parecía ser posible conocerlo justo en la mañana de mi accidente.

Tal vez ¿fue el que me atropelló? Porque fue la única persona con la que tuve algún tipo de contacto.

Estaba comiéndome la cabeza, esperando la hora de marcharme a casa cuando se me acercó un hombre. Debía ser alguno de los amigos de Gerard o alguno de los ex novios de Natalie porque pariente mío no era.

Era guapo y tenía una sonrisa que para otros era muy encantadora, pero a mí me puso los pelos de punta. Era ese tipo de hombre que sabe que es guapo y cree que eso es suficiente, que caerás rendida a sus pies y venerarlo.

—Hola, hermosa —dijo.

Lo miré esperando que por algún milagro iba a entender el mensaje de mis ojos: no me interesa.

No lo pilló.

Me entregó una copa de champán diciendo: —¿Me acompañas?

—No, gracias —respondí de una manera muy cortante, pero muy inefectiva porque él se sentó en la silla vacía a mi derecha.

—Soy Cameron, Cam para mis amigos —se presentó.

Estuve a punto de contestarle de la misma manera que hacía cuando era una niña, pero el hombre continuó hablando.

—Hacen buena pareja, ¿no? Yo les presenté —dijo orgulloso—. Gerard es más tranquilo desde que están juntos y ella, bueno, ella es tan maravillosa como siempre, ¿no crees?

—Como siempre —susurré mirando a la mujer tan maravillosa que justo en ese momento tenía una conversación con mi madre, conversación que a los ojos de todos era una normal, de familia; pero yo la conocía mejor y sabía que era la continuación de lo que había empezado conmigo en los servicios.

Ignorarme y disfrutar de su día sería tan fácil, pero no, eso no iba con Natalie.

—¿Te apetece dar un paseo por el jardín? —me preguntó Cam y sacudí la cabeza, no

estaba dispuesta ni a desperdiciar mis palabras con él—. Entonces, a lo mejor te apetece subir a mi habitación y pasar...

—¡No! No, Cam, no estoy interesada —dije y como tenía la impresión de que las palabras no funcionaban con él, me puse de pie y me di la vuelta solo para asustarme cuando encontré ahí mismo a otro hombre.

Mirándome como si fuera un trozo de carne. Incluso se lamió los labios.

—Hola, preciosa —dijo, su voz despertando un miedo que nunca había sentido en mi vida.

—Yo he llegado antes —gruñó Cam.

Sentía miedo, no sabía la razón porque estaba en una sala rodeada de trescientos personas.

—Yo —empecé, pero Cam se me acercó y pegó su cuerpo al mío, su brazo rodeándome y posando la mano en mi abdomen.

¡Oh, no!

Por un momento estuve en shock, bloqueada, congelada. ¿Quién se creía ese hombre para tocarme si me acababa de conocer? Y sin mi maldito permiso. No obstante, su mano desapareció tan rápido como apareció.

—Discúlpame, se me ha olvidado que tenía que hacer algo —dijo y enseguida el otro hombre giró la cabeza.

Tuvo la misma reacción que Cam.

—Sí, eso del baile —dijo rápidamente y los dos se marcharon.

Fue tan extraño eso, pero suspiré aliviada que había terminado y decidí que ya era la hora de irme a casa. Chase insistió en llevarme a casa, pero prefería coger un taxi porque se lo estaban pasando bastante bien en la pista de baile. Por lo menos alguien de la familia iba a tener un pequeño recuerdo feliz de la boda de Natalie.

Estaba frente al Chateau esperando al taxi cuando un coche negro se detuvo delante y Zane bajó. Su cabello estaba despeinado, la chaqueta de su esmoquin había desaparecido y llevaba la camisa remangada.

Me lo quedé mirando porque no lo conocía, habíamos cambiado solo unas palabras y un beso increíble. ¿Qué podía decirle? Tal vez preguntarle por qué me había dejado sola en esa habitación sin una explicación.

—Sube —dijo.

No era una petición, era una orden que por alguna razón obedecí sin ninguna palabra.

Zane abrió la puerta del coche y yo subí.

El coche olía a nuevo y a café, una extraña combinación que daba la casualidad de que era una de mis favoritas.

Y nos marchamos. En silencio.

Era extraño.

Zane era un extraño, un hombre del que no sabía mucho, casi nada, pero aun así estaba con él en el coche, yendo a un lugar desconocido y no tenía miedo. Con Cam, rodeada de cientos de personas sí.

Era guapo y podía decir que rico también, pero eso no significaba que no podía convertirse en cualquier momento en un criminal pervertido que me sometería a terribles torturas durante horas o días.

Sería una pena.

Después de unos veinte minutos llegamos a nuestro destino, una casa en la zona

residencial más bonita de la ciudad. Ni la más cara, ni la más barata. Simplemente era, para mí, la mejor. Los precios no eran tan desorbitados, las construcciones eran interesantes y duraderas, la delincuencia era baja.

El único punto negativo era el transporte en común, pero estaban trabajando en ello. Recordaba que tenían planeado construir una línea de metro. Ya debería estar funcionando.

—¿Ya han terminado las obras de la nueva línea de metro? —le pregunté a Zane.

—Ni la empezaron —dijo mirando hacia atrás mientras aparcaba—. El alcalde decidió que no hacía falta.

La política era un lío, algo que pretendía que no existía porque nada bueno salía de ahí. Aunque ahora mismo salí del coche con la ayuda de Zane. La corriente eléctrica que sentí cuando mi mano tocó la suya fue increíble, algo que no había sentido nunca.

—¿Dónde estamos? —pregunté mientras Zane, con una mano en la parte baja de mi espalda, me guiaba hacia la entrada.

—En mi casa.

Bueno, el miedo no llegó, ni la preocupación por acompañar a un hombre que acababa de conocer a su casa. ¿Qué podía hacerme? ¿Violarme? No sería violación porque yo estaba muy dispuesta.

¿O no?

En fin, entramos y me condujo hacia un salón donde me invitó a sentarme. Me senté y esperé a que me trajera una botella de agua. En cuanto la tuve en mi mano no perdí ni un momento: —¿Cuándo nos conocimos?

—¿No podías empezar con una pregunta menos difícil?

Lo miré frunciendo el ceño, ¿qué tenía eso de difícil?

—Antes o después del accidente, es la pregunta más fácil del mundo —dije.

Zane se sentó al otro lado del sofá, ni demasiado lejos ni demasiado cerca, solo unos cincuenta centímetros nos separaban. Apoyó el brazo sobre el respaldo del sofá y se giró hacia mí doblando una rodilla que se acercó muchísimo a mi pierna.

—Tengo otra idea, ¿por qué no empezamos de cero? Nos acabamos de conocer en la boda de nuestros hermanos —sugirió.

—No voy a casa de un hombre que acabo de conocer, cuñado o no —dije—. No obstante, hay algo sobre ti, algo que me hace confiar en ti y sentirme segura.

—¿Y?

—Y vale, empezamos de cero, aunque eso significa que no me vas a llevar arriba a probar tu cama —dije.

Sacudió la cabeza sonriendo y esa sonrisa me hizo sentir mil mariposas en mi estómago, más que nunca en mi vida. Obviamente no pude resistir a la tentación y me acerqué a él.

Lo hice rápidamente por si se daba cuenta de lo que quería hacer, aunque estaba segura de que no iba a rechazarme. ¿Qué hombre lo haría? En un instante estaba de rodillas en el sofá, una mano sobre el respaldo y la otra en su cabello.

Me atreví a mirarlo a los ojos antes de posar mis labios sobre los suyos y dudé, por un breve segundo lo hice. Verás, yo nunca había iniciado un beso. No sé, era algo que nunca había sucedido para mí.

No había sentido la necesidad.

Cuando me besaban, en realidad no les devolvía el beso, simplemente seguía el camino.

Pero ahora mismo presioné mis labios contra los suyos y luego cerré los ojos cuando sentí el olor de su colonia.

¡Oh, Dios!

¿Dónde vendían esa colonia? Pensaba comprar mil botellas. Además, ¿era legal? No podía serlo, ¿no? Ningún hombre tenía el derecho de oler tan bien.

Pasé mi lengua por el pliegue de sus labios y de repente, su brazo se cerró alrededor de mí, mi torso estaba apretado al suyo, mi cuerpo se torció de modo que estaba parcialmente en su regazo y su otra mano se hundió en mi cabello mientras su lengua se metía en mi boca y me besaba.

De verdad, me besaba de verdad.

Lo besé de vuelta.

Y vaya beso más maravilloso. El hombre sabía la cantidad precisa de presión, de lengua, de mordidas. Si no haría más que besarlo el resto de mi vida sería una mujer feliz, la mujer más feliz del mundo.

Rompió el beso, pero presionó mi cabeza, moviéndose para que mis labios estuvieran en su oreja y los suyos en los míos.

—Nos hemos conocido hace unas horas, Lena, no puedo llevarte a mi cama —gruñó en mi oído.

—Está bien, justo aquí y así está bien —susurré.

—Deberíamos hablar, conocernos mejor —dijo mientras deslizaba su mano sobre mi espalda y desgraciadamente, parando ahí donde acababa el material de mi vestido dejando mi piel al descubierto.

—O podemos empezar por conocernos mejor de manera física, ya sabes lo que dicen —murmuré girando un poco la cabeza para poder oler su cuello.

¿Podía preguntar dónde estaba el aseo y escabullirme a su cuarto de baño para robarle la colonia? En serio, no había olido nada mejor en toda mi vida. Era adicta a ese olor.

—O podríamos ir al jardín, mirar las estrellas y hablar —propuso Zane.

—Ah, besos a la luz de la luna —murmuré.

Zane se echó a reír y luego me ayudó a ponerme de pie. Me llevó a través de un pasillo hasta la parte trasera de la casa y antes de salir me quitó los zapatos.

—Me estaban matando —le dije a Zane que se había quedado mirándolos y estaba buscando una manera de volver a ponérmelos porque estaba pensando que había cometido algún crimen imperdonable.

Pero luego me encontré con la espalda contra la pared y el cuerpo caliente de Zane presionando al mío, con una boca que tomó y tomó hasta dejarme sin aliento.

Por lo visto, no debía preocuparme por los besos, iba a tener todos los que quería y más.

Luego tuvo que ayudarme a salir al jardín porque mis piernas eran tan débiles como las de un potrillo recién nacido. Si eso ocurría con un beso no quería saber que me iba a pasar con un orgasmo en sus brazos.

Iba a perder la cabeza o la vida, aunque estaba segura de que valdría la pena. Totalmente.

Nos sentamos en un banco, uno al lado del otro, su brazo en el respaldo y los dedos en mi cabello. Pero ver las estrellas era tarea imposible.

—Está nublado —dije lo obvio.

—Podemos hablar.

—O seguir con los besos. —Sonreí y a pesar de la oscuridad de la noche pude ver que él también sonreía—. Pero tienes razón, es mejor saber algunas cosas antes de saltar a tu cama.

Y empezamos.

Me contó que le gustaba a leer y averiguamos que no había nada que ninguno de los dos

no leería por lo menos una vez, ningún género era demasiado bueno o malo y se merecía al menos una oportunidad.

No coincidimos en las acampadas, a Zane le gustaba ir cada fin de semana y, de hecho, viviría en una tienda en el medio del bosque si pudiera. Yo no me apañaba nada bien en la naturaleza.

—No, gracias, yo no puedo vivir sin mi ducha caliente —le dije.

—Conozco ese sitio donde hay aguas termales y ninguna ducha se puede comparar con bañarte bajo las estrellas.

Sonrió y fue así de fácil convencerme de hacer una caminata de tres horas y dormir en una tienda a la merced de los animales salvajes.

Hablamos mientras la noche avanzaba. Tomamos café porque Zane me ofreció vino o cerveza y dije que lo prefería. Y galletas, trajo galletas de chocolate caseras que había hecho su madre.

—Mi madre es dueña de una pastelería, la repostería es su vida, pero llevar un negocio no. Contrató a alguien para encargarse de todo y ella hace lo que más le gusta, hornear —explicó Zane.

—¿No será esa que está en la calle Lombard? —pregunté y Zane asintió—. ¡Oh, Dios! ¿Cuánto te gusto?

Zane me miró con humor.

—Mucho —respondió.

—Mucho, ¿pero mucho cómo para pedirle a tu madre una tarta que ya no vende en la pastelería? —pregunté ilusionada.

—Mucho —gruñó y por su mirada entendí que podía pedirle más que una tarta. Tal vez, incluso sería capaz de entrar en un edificio incendiado para salvarme.

Eh, sí. Para mi esa era la prueba definitiva del amor de una persona, si no era capaz de enfrentarse al fuego por ti entonces no te amaba.

Tenía quince años cuando la casa de nuestros vecinos, los Smith se incendió. Estaba en mi habitación mirando por la ventana, viendo lo que pasaba al otro lado de la calle. Tenían cuatro hijos y dos perros. El incendio empezó de madrugada y el señor Smith sacó de la casa a los perros y a los niños, a los dos hijos mayores. La señora Smith salió con la niña de seis años y volvió a por el bebé.

Los bomberos todavía no habían llegado y los vecinos no hacían mucho más que mirar, pero no todos. El vecino cuya casa solíamos evitar porque era un señor con un rostro duro y el cuerpo de boxeador y le teníamos miedo a pesar de no habernos hecho nada.

Bueno, pues el boxeador que se llamaba Cooper llegó justo cuando la señora Smith salía corriendo hacia la casa en llamas. Cooper echó un vistazo al señor Smith que estaba mirando con las manos en los bolsillos, a los niños que estaban llorando y gritando, y luego echó a correr hacia la casa.

Medio minuto después la casa explotó y el señor Smith seguía mirando como si estuviera en el campo viendo un partido de béisbol. Llegaron los bomberos, pero durante una hora todo el mundo pensó que las tres personas que estaban en el interior de la casa habían fallecido.

No, no estaban muertos.

De repente, la señora Smith apareció con un brazo y la cabeza vendada. Iba caminando en la calle con el bebé durmiendo plácidamente en los brazos de Cooper. Lo que hizo después de abrazar a sus otros hijos fue abofetear y gritarle a su marido.

Por lo visto, el hombre había rescatado a sus hijos, a los varones y a sus amados perros,

pero no se molestó en ayudar a sus hijas ni a su esposa.

La próxima semana los cotilleos en el vecindario llegaron a límites inimaginables porque la señora Smith pidió el divorcio al día siguiente y se fue a vivir con Cooper. Sí, y no sabía si había algo entre ellos desde antes o el hecho de que entró a la casa en llamas a rescatar a ella y a su hija le hizo que se enamorara de él.

Pero pasó y vivieron felices y comieron perdices. Bueno, el señor Smith no porque él solo amaba a sus hijos varones y esos mismos hijos empezaron a odiarlo cuando vieron que no hacía nada para rescatar a su madre.

¿Estaba jodido? Tal vez, pero mi mente de adolescente creía que esa era la prueba definitiva.

—¿Entrarías en una casa en llamas para salvar a tu vecina y a su bebé? —le pregunté a Zane.

Su respuesta fue inmediata: —Sí.

Sonreí y luego le conté la historia de los Smith.

—Podrían haber muerto los padres y el bebé dejando huérfanos a los otros hijos —dijo y abrí la boca para protestar, pero Zane continuó—. Lo de rescatar solo a los varones tiene mala pinta, pero no sabemos todos los datos de la historia.

—Ya los he oído todos, todas las versiones, gracias. Se rumoreaba que la señora Smith y Cooper tenían una aventura y que el bebé era suyo, pero no es posible. Yo iba a jugar con los niños y acababa sentada en el porche y tomar limonada con la señora Smith. Era una mujer maravillosa y honesta, además, sus ojos brillaban y sonreía cuando veía llegar a su marido. Lo amaba y él destruyó ese amor.

Zane me escuchó con atención, aunque al final su conclusión fue que no teníamos toda la información, que la vida de una familia era una cosa en la vista de todos y otra muy diferente detrás de las puertas de su casa.

Volvimos al tema de la tarta que era algo menos dramática, pero que también pasó cuando era una adolescente. Los abuelos habían encargado una tarta de chocolate y frambuesa para celebrar mi cumpleaños, era importante, cumplía dieciséis años.

Pero, como siempre, Natalie arruinó mi día. La encontramos en la cocina, subida a la mesa comiendo con las manos mi tarta. Yo la había probado antes con la abuela, en una de nuestras salidas de compras y sabía que era la combinación perfecta de chocolate y fruta, que se derretía en la boca.

Era mi tarta favorita, pero que por alguna razón la pastelería dejó de venderlas y yo me quedé con la obsesión.

No sabía qué hora era cuando sonó mi teléfono y no, no quería responder porque me gustaba mucho esa burbuja que habíamos creado Zane y yo. Pero lo cogí y aseguré a mi madre que estaba bien.

—Hora de volver a casa —le dije a Zane.

Tenía tantas ganas de irme a casa como un niño de marcharse de una tienda de juguetes.

—Puedes quedarte, tengo una habitación de invitados —ofreció él.

Me quedé callada porque los dos sabíamos que sí quería dormir en su casa, pero en su cama, con él.

Pero era pronto, ¿no?

Capítulo 8

Lena

El domingo era mi día favorito, por lo menos lo era antes del accidente, antes de los cinco años de coma. El domingo después de la boda de Natalie, después de la noche que pasé hablando con Zane en su casa, me desperté de mal humor.

Y no solo eso, me sentía muy cansada y con una furia horrible burbujeando en mi interior. Vale, una boda siempre cansa y además me había ido a la cama a las cinco de la mañana. Cinco horas de sueño no eran suficientes.

Pero me desperté porque mi teléfono sonó y ese sonido me despertaba siempre. Por eso solía apagarlo durante la noche, algo que se me había olvidado hacer antes de irme a dormir.

Zane: Te recogeré a las 11.30.

Lo leí tres veces porque entre el cansancio y mi cerebro medio dormido no podía entender a qué se refería. Anoche, bueno, de madrugada cuando me trajo a casa quedamos para ir a cenar el martes.

No me había gustado, pero él tenía planes para hoy y tenía que ir a trabajar los próximos días. Total, eran solo unos días, lo normal. La gente no se veía todos los días, ni siquiera los que estaban perdidamente enamorados.

Que yo sentía que me moría si no le veía era mi problema, un muy grande problema.

Le contesté al mensaje de Zane.

Lena: ¿Para qué?

Zane: Es una sorpresa.

Lena: No me gustan las sorpresas.

Mentira, me encantaban.

Zane: Esta sí, te prometo.

¿A quién estaba engañando? Me gustaba todo, las sorpresas, Zane, que había cancelado sus planes para llevarme a quién sabe dónde.

Ignoré el cansancio y la furia que seguía ahí esperando una oportunidad para explotar y fui a ducharme. Cinco minutos antes de las once y media estaba bajando las escaleras dándole un susto a mi padre.

—Buenos días, ¿a dónde vas a estas horas? —preguntó sonriendo.

Él también se veía mal, cansando y con una tristeza extraña en los ojos.

—Voy a salir con Zane —dije y se quedó boquiabierto.

—Zane —murmuró y no sabía decir si le gustaba la idea o estaba preocupado, aunque lo averigüé en el momento siguiente cuando llamaron a la puerta y fue a abrir.

Saludó a Zane con una sonrisa en el rostro, o sea, no pensaba que fuera una mala idea.

Y Zane, bueno, él también se quedó boquiabierto al verme.

Me había puesto un vestido blanco porque por lo visto no podía deshacerme de esa obsesión, tenía un par de bailarinas de color rojo en los pies porque después de la boda los tenía hinchados como globos y bastante doloridos.

Me veía bien, pero no tanto como para que Zane tuviera esa reacción.

—Entonces, os veo después, chicos —dijo mi padre.

Zane me cogió de la mano y no, no me besó como yo deseaba. Entendí que el tipo de beso que yo quería no podía dármelo frente a mi padre. Salimos y me ayudó a subir a un coche, no el mismo de anoche.

—¿Cuántos coches tienes? —le pregunté.

—Dos, ¿por?

—Por nada, curiosidad.

Apartó la mirada del camino para echarme un vistazo y suspiré.

—Jessie, mi amiga dice que cuántas más coches tiene un hombre menos le interesa una relación seria —expliqué.

—El Audi era de mi padre, me lo dejó para llevárselo a casa porque había tomado demasiado champán en la boda, mi madre no conduce e iban a volver a casa en taxi. Este es mi coche, lo tengo desde hace seis años y tengo otra camioneta que uso cada día para el trabajo. Y no tendría dos, pero hay clientes que no confían mucho en un arquitecto que llega a la reunión con una camioneta llena de materiales para la obra.

—Los arquitectos dibujan, hacen planos, ¿o ha cambiado algo mientras estuve en coma? —pregunté.

—No, siguen con lo mismo, pero a mí me gusta involucrarme en todas las etapas de mis proyectos.

Me contó sobre su actual proyecto, una casa para un matrimonio con siete hijos. Era un reto interesante para él porque cada niño tenía su habitación, una sala de juegos y no de los que se juegan en las pantallas, despachos, comedor lo suficientemente grande para reuniones familiares.

Escuchándolo entendí que eso era algo que le gustaría a él también, una gran familia. Así que pregunté.

—¿Cuántos hijos quieres?

No me miró, pero sonrió y respondió con la misma pregunta.

—¿Cuántos quieres tú?

Pensé un momento antes de responder. Hubo un momento en mi vida, cuando era una niña pequeña, que quería cinco niños. Luego cambié de opinión y ya no quise ninguno. Antes del accidente no estaba muy en contra de la idea, pero tampoco iba buscando un hombre con el que casarme y tener hijos.

Y ahora, ahora no lo sabía.

—No lo sé. Me gustaría ser madre con la persona adecuada y un niño necesita hermanos así que diré dos. Pero tampoco diría que no a tres. No sé.

—Tres es un buen número, aunque seis es mejor —dijo Zane.

—¿Seis? —exclamé.

Ahora me miró y la diversión que brillaba en sus ojos me dijo que estaba bromeando.

—¿Sabes? Tienes razón. El primero tiene que ser niño porque tendrá que proteger a sus hermanos pequeños, el segundo definitivamente niña porque el chico no podrá ir a amenazar a las niñas que molestan a sus hermanas en el parque. Luego otro niño, niña y hay que tener otros dos preferiblemente mellizos —dije.

Y no, no estaba bromeando. Los estaba viendo frente a mis ojos como si fueran reales. El niño con el cabello largo y la sonrisa de Zane llevaba una camiseta de color rojo, su nombre era Taylor. Era un adolescente con una sonrisa traviesa que estaba escuchando con los ojos en blanco a su hermana de unos doce o trece años que le estaba hablando sobre su obra de teatro. La niña se llamaba Anne.

Más allá en el jardín, porque estaban en el jardín de una casa grande, estaba un niño de unos siete años jugando con un camión de bomberos de madera. Se llamaba Chris y la niña que vino a pedirle prestado el camión Kayla, ella tenía alrededor de cinco.

Zane estaba tumbado en la hierba y dos pequeños, niño y niña, Brandon y Bianca, le estaban haciendo cosquillas o por lo menos lo intentaban porque sus pequeñas manos no cooperaban.

Más allá había una chica de espaldas. Era mayor que los otros niños o por lo menos más alta. Tenía mi cabello e iba vestida de manera extraña, con un vestido verde transparente.

Y yo, yo también estaba ahí. Tumbada en una tumbona, un coctel en la mano fingía leer un libro.

¿Era un sueño, un deseo? Lo podía entender, siempre había tenido una imaginación algo fuera de lo normal y eso solía pasar a mi inconsciente y de ahí a mis pesadillas. De pequeña mis abuelos me decían que iban a escribir todo lo que soñaba porque podían hacer un buen guión de cine de terror.

Aunque, yo no tenía miedo. Me despertaba en la noche, pensaba en lo que había soñado y volvía a dormirme. Si mi madre no hubiera estado tan ocupada con Natalie tal vez habría ido a pedirle un abrazo o que me dejara dormir con ella. Pero no tenía esa opción así que empecé a pensar que las pesadillas eran mis cuentos de buenas noches, que los monstruos, demonios, elfos malignos y todas las demás criaturas me estaban preparando para una vida dura.

Las pesadillas desaparecieron de repente, un día cuando tenía dieciséis años me desperté y me di cuenta de que habían pasado semanas sin ellas. Por un lado, estaba feliz, pero por otro estaba triste.

Por muy jodidos y horribles eran parte de mi vida, una parte que no iba a recuperar.

¿Era el futuro? No tenía un don de premonición, ni nada parecido, de hecho, era la persona con la más mala suerte del mundo, por lo menos en los juegos de azar.

A los siete años mi abuelo nos llevó a comprar billetes de lotería, Chase iba detrás y yo iba corriendo para poder elegir la primera. Tropecé, me caí y perdí la oportunidad de comprar el billete ganador. Quinientos dólares se gastó Chase en videojuegos.

Las Vegas fue más o menos igual, jugar a una de esas máquinas tragaperras durante un cuarto de hora sin ganar nada y al segundo en el que otra persona tomó mi lugar le tocó el gran premio. Y así una gran lista de mala suerte durante toda mi vida.

—Estaba bromeando, pero ya no. Seis es un buen número. Seis bodas, otros seis hijos e hijas, nietos, muchos nietos a los que malcriar —dijo Zane.

—Wow, la segunda cita, sin haber tenido relaciones físicas y ya estamos planeando envejecer juntos. Eres un hombre sorprendente, señor Carter.

—Y todavía no has visto nada.

Esperaba con ansias conocerlo mejor, pero no estaba preparada para la siguiente sorpresa. Cuando aparcó delante de una casa pensé que era suya o no sé, no pensé demasiado porque me cogió de la mano para caminar hacia la entrada y me dejó hipnotizar por la sensación maravillosa que sentía.

Era increíble la reacción que tenía cuando estaba con él (y cuando no).

Cuando un hombre que había visto ayer en la boda y que no había tenido la oportunidad de conocer abrió la puerta tuve un pequeño shock.

Zane me había llevado a casa de sus padres.

Quinn me saludó con una sonrisa similar a la de su hijo y Andrea, bueno, ella dudó, ¿vale? Estuvimos un rato en el salón charlando de tonterías, que si el tiempo, que si las

elecciones, que si el cambio climático.

Luego, Andrea me preguntó sobre mi trabajo y me quedé bloqueada.

—Eh... —empecé.

—Madre, no —vino en mi ayuda Zane.

Le sonreí tímidamente a Zane.

—No tengo un trabajo y el futuro que había planeado para mí se fue al traste cuando me atropellaron. No sé qué voy a hacer con mi vida. No tengo nada, ni un piso a mi nombre, ni un coche, por lo menos hay dinero en mi cuenta bancaria que me sobró después de graduarme. Así que soy una mujer de veintinueve años, con una carrera en el aire porque no sé cuántos bufetes van a contratar a una persona que estuvo en coma durante cinco años y no tiene nada de experiencia, estoy viviendo con mis padres. Wow, mi vida es deprimente —dije suspirando.

Sabía que la situación estaba mal, pero al decirlo en voz alta entendí cómo de mal.

—Oh, cariño, no lo sabía —dijo Andrea.

¿No?

Su hijo se había casado con mi hermana y no lo sabían. Natalie no se lo había contado a su esposo y no era de extrañar, esta era mi hermana que odiaba el aire que respiraba incluso si era artificial.

Pero no me lo esperaba de mis padres, no sé, en algún momento deberían haber mencionado que tenían tres hijos, dos sanos y salvos y otra en coma.

—No pasa nada, solo llevo unos pocos días despierta y todavía no me he acostumbrado —dije.

—Voy a ver qué pasa en la cocina.

Andrea se fue y Quinn la siguió enseguida.

Le sonreí a Zane.

—Me gustan tus padres —le dije.

Me miró como si le fuera difícil creerme.

—En serio, están preocupados por la nueva mujer que su hijo ha traído a casa y hacen preguntas, es normal. Luego se han sentido mal por ponerme en esa situación incómoda. Pues, eso para mí es suficiente. Me gustan —declaré.

Y a Zane le gustaba yo a pesar de que estaba segura de que pensaba que estaba un poco loca.

Pasamos al comedor y la comida, bueno, fue interesante, incluso puedo decir que fue divertida. Andrea me contó sobre lo travieso que fue Zane de pequeño y lo que más me ha sorprendido fue su actitud. No se enfadó con su madre, no le pidió que dejara de avergonzarlo y hasta le echó una mano cuando Andrea no recordaba bien alguna que otra situación.

Me lo pasé bien, pero el momento más asombroso del día fue el del postre. Andrea trajo una tarta de chocolate de frambuesa, la tarta de chocolate y frambuesa.

—Es la tarta que más odia Zane y no sé por qué me la pedido —dijo Andrea y Zane me miró en silencio mientras su madre cortaba la tarta—. ¿Por qué la has pedido, hijo? Has olvidado ya esa noche que has pasado abrazando el inodoro, ¿a qué sí?

—Necesito escuchar esta historia —dije aceptando el plato con un buen trozo de tarta.

No cogí enseguida la cucharadita porque los demás todavía no habían sido servidos y eso que me moría de ganas de probarla.

—No creo que sea adecuada para la hora de la comida —dijo Andrea.

Zane se mantuvo en silencio.

—Quiero escucharla porque tengo la impresión de que es muy interesante y sé que Zane

no me la va a contar, ¿verdad, Zane? Podías haberlo hecho anoche y no lo hiciste.

—Oh, ahora soy yo la que quiere escuchar la historia —dijo sonriendo la madre de Zane.

—Te cuento la mía si me cuentas la tuya.

—¡De acuerdo! —exclamó ella, mientras Zane gruñía.

Al parecer, todo ocurrió en un sábado por la noche en el primer mes de Zane en la universidad. Volvió a casa de visita y se fue a una fiesta con sus antiguos compañeros. Regresó a medianoche, borracho y se comió toda la tarta. Toda. Luego pasó lo que quedaba de la noche en el cuarto de baño y por la mañana le dijo a su madre que su tarta estaba mal y no, no le dijo que había bebido demasiado la noche anterior.

Andrea no le hizo caso, pero cada vez que la preparaba Zane se enfermaba y decidió quitarla de la lista de los productos de la pastelería. Tardaron años en averiguar la verdad.

Así que Zane era parcialmente culpable de mi trauma con esta tarta y cuando se lo conté a Andrea me prometió prepararla todos los domingos al mismo tiempo que me invitaba a comer a su casa. Todos los domingos.

—Es una gran idea —dijo Zane.

Yo pensaba lo mismo.

Alrededor de las cuatro de la tarde nos despedimos de sus padres prometiendo volver el próximo domingo. Luego Zane me preguntó si quería volver a casa, le dije que sí, a la suya.

Llegamos y acepté una copa de vino blanco. Mientras Zane iba a la cocina yo debía encargarme de elegir una película y fallé.

—Hay una nueva comedia romántica de la que mi madre no para de hablar —dijo Zane colocando las copas sobre la mesa.

Luego se sentó en el sofá, se apoyó en el respaldo y me rodeó los hombros con el brazo. No le tomó más de cinco segundos tenerme a su lado, apoyarme contra su cuerpo, y robarme el mando.

Estaba nerviosa y no entendía la razón. Era Zane, guapo como un dios, caliente como el infierno. Pero no, yo estaba temblando por dentro porque... no sabía por qué.

No obstante, la película era buena, divertida y me relajó bastante, pero no suficiente. Nos reímos juntos, hablamos un poco, nos tomamos el vino y cuando se terminó la película me escapé al cuarto de baño.

Me miré al espejo: —¿Qué te pasa, Lena?

Mi reflejo no tenía una respuesta para mí.

Al salir encontré a Zane en el pasillo.

—¿Te gustaría quedarte a dormir conmigo? —preguntó y me dejó boquiabierta.

Bueno, estaba aterrada.

—¿Dormir? —murmuré.

Zane asintió y se acercó. Luego inclinó la cabeza y me susurró: —Dormir. En mi cama. En mis brazos. Dormir.

Asentí.

Me llevó a su dormitorio donde me dejó elegir la ropa con la que quería dormir (una camiseta blanca) y el lado de la cama (el del medio).

—¿En el medio? —preguntó divertido.

—Sí, hay espacio suficiente y los monstruos no te pueden agarrar desde debajo de la cama —dije.

Zane se rio mientras me llevaba hacia el cuarto de baño. Y es ahí, detrás de la puerta cerrada me di cuenta del problema.

No eran nervios por irme a la cama con un hombre.

Era peor.

Eran nervios por mostrarle que no era tan hermosa y perfecta como él pensaba.

Capítulo 9

Lena

La mañana llegó demasiado pronto, después de la mejor noche de mi vida. De sueño, ¿vale? He dormido mejor que nunca en la cama de Zane, en sus brazos.

Anoche me metí en la cama bajo la mirada divertida de Zane, no pregunté qué encontraba gracioso ya que estaba demasiado preocupada. En cuanto me tumbé, Zane me atrajo a sus brazos y no me moví. Cerré los ojos teniendo la cabeza sobre su pecho y desperté de la misma manera.

No me gustaba, me encantaba y no quería levantarme, pero mi cuerpo tenía otra idea. Me deslicé fuera de la cama y volví después de un rápido viajecito al cuarto de baño. Zane se despertó cuando estaba metida de nuevo en la cama.

—Buenos días —dijo, mirándome con ojos soñolientos.

Luego me besó.

No fue un dulce beso, ni siquiera uno caliente como todos los que me había dado hasta ahora. Era hambriento y duro. Cuando Zane separó nuestras bocas mis brazos lo rodeaban con fuerza como si estuviera a punto de caer de un avión sin paracaídas y necesitara que él me atrapara.

Inclinó la cabeza hacia atrás y sus ojos capturaron los míos.

—¿Ahora es un buen momento? — preguntó, con la voz espesa y al mismo tiempo todavía ronca por el sueño.

Esa fue mi justificación, justificación que él no había pedido, pero el hombre no era tonto. Había pasado de saltar en sus brazos en la boda de nuestros hermanos (ya, eso no sonaba nada bien) a hacerme la tímida cuando me sugería quedarme a dormir con él.

Necesitaba pensar, pero no podía con su cuerpo duro, pesado y cálido aplastándome contra su cama, su beso duro y exigente aun aturdiendo mi mente y su voz áspera y sexy hipnotizándome.

Pero sí, era definitivamente un buen momento para pasar a la siguiente parte de nuestra relación. Para el bien o para el mal.

—Sí, Zane, es el momento perfecto.

Sus ojos se oscurecieron de inmediato, luego sus manos estaban en mi (su) camiseta y comenzaron a levantarse. En ese momento un pensamiento me hizo cubrir sus manos con las mías.

—Eh, Zane, hay algo que deberías saber —dije, mi voz temblando.

Sus ojos sostuvieron los míos intensamente y susurró: —¿Qué, nena?

Oh, nena. Me gustaba, antes lo odiaba. Nena, me parecía que los hombres usaban la palabra cuando no recordaban como se llamaba la mujer con la que estaban o cuando tenían más novias y no querían cometer un error.

Escuchándolo de Zane me hizo sonreír y dar volteretas en mi mente como una niña que acababa de recibir un regalo que llevaba esperando mucho, mucho tiempo.

Pero tenía que hablar ya que yo no era una cobarde, lo fui anoche, pero ya no. No podía desperdiciar ni mi tiempo ni el de Zane.

—Cicatrices —susurré y Zane parpadeó sin entender, obviamente. —Me tuvieron que

operar, ya sabes, el accidente.

—Lo sé, Lena, y aunque no lo haya pensado hasta ahora pienso que es normal. Por tu mirada creo que tú piensas que no.

Mantuve la boca cerrada porque pasé un cuarto de hora anoche en el cuarto de baño pensando en todos los escenarios posibles. Desde su rostro llenándose con asco a él echando a correr de la habitación e inventando alguna excusa para no volver a llamarme nunca.

Me miró fijamente.

—No es bonito, vale, no es una pequeña cicatriz debajo de la línea del bikini. Es grande, ¿ok? Si algún día caigo en las manos de un psicópata puede usar la cicatriz por cortarme en dos perfectamente.

—¡Jesús! —gruñó él.

—Es verdad.

—No, creo que no, nena, porque llevo mucho tiempo deseando tenerte en mi cama, en mis brazos y lo que estoy haciendo es hablar sobre asesinos que despedazan a mujeres inocentes cuando lo que quiero es follarte.

—¿Me estás escuchando? Soy un engaño, tengo un rostro bonito, un cuerpo que voy a mejorar porque los años de coma me lo han arruinado, pero las cicatrices son feas. Feas, Zane. Si no puedes lidiar con ellas necesito saber ahora, no podré soportar ver la repugnancia en tus ojos, ¿me entiendes? La camiseta se queda. Para siempre.

Me miró un poco más y luego se deslizó a mi lado. También deslizó las mantas hasta mis muslos y sosteniéndome los ojos, ordenó en voz baja: —Muéstramelo.

¿Había perdido la cabeza?

No quería hacerlo, ni ahora ni nunca.

Pero Zane se inclinó y con los labios sobre los míos me lo pidió otra vez. Me hipnotizó con su voz, con su suave toque.

Cogí el bajo de la camiseta y la subí rápidamente, me la saqué en un instante, pero en lugar de tirarla la mantuve sobre mi pecho, ocultando lo peor.

Sus ojos no se apartaron de los míos mientras tanto, ni siquiera cuando puso su mano sobre la mía y uno a uno quitó mis dedos de la camiseta. La cogió y la tiró lejos.

—Voy a mirar ahora, nena, pero solo porque esto es algo que te molesta. Tienes que saber que no me importa si estás cubierta de cicatrices de arriba abajo, incluso podrías ser de color azul y no me importaría. Te quiero a ti, me gustas tú y tu apariencia física es lo que menos importa. ¿Entiendes tú?

—Bonito, pero no del todo real, sabes muy bien que no me hubieras echado ni un vistazo si hubiera sido fea —espeté.

—Algún día sabrás que estoy diciendo la verdad —gruñó y con algo de furia en la voz.

Hmm, interesante.

Luego bajó la cabeza y miró. No podía ver sus ojos, pero la expresión de su rostro no cambió, ni siquiera cuando puso sus dedos en el bajo vientre donde empezaba la cicatriz. Siguió el camino de piel áspera pasando por mi abdomen y parando en el valle entre mis pechos.

Me miró con una ceja arqueada.

—Yo no veo nada feo aquí, son tus marcas de guerrera. Has sobrevivido, Lena, y gracias a que lo hiciste ahora te tengo en mis brazos. Puedes pensar en fealdad, pero yo voy a pensar en fuerza, tu fuerza de sobrevivir cuando miles de personas no lo hacen.

—Ok —susurré.

Luego trazó el mismo camino con sus labios.

—Jodidamente hermosa —murmuró, bajó la cabeza y me besó.

Y me besó como siempre. Fuerte, exigente y no como si tuviera la más fea de las cicatrices. No le importaba, me lo había dejado muy claro especialmente cuando su mano se deslizó sobre la piel áspera y las yemas de los dedos rozaron el borde superior de mi ropa interior. No obstante, no se quedó ahí. Se deslizó hasta mi cintura y, suavemente, subió por mi costado.

Temblé mientras hacía esto y me aferré lo mejor que pude ya que él todavía estaba acostado a mi lado.

Sus labios soltaron los míos y se deslizaron por mi mejilla hasta mi oreja: —Abre las piernas para mí.

Mi vientre se curvó, se anudó y el calor se apoderó de mí.

Zane levantó la cabeza y me miró a los ojos. Me mordí el labio inferior e hice lo que me pidió. Lentamente, abrí las piernas y giró su cabeza para mirarme.

Luego murmuró: —Tan jodidamente hermosa.

¡Oh, Dios!

¿Por qué fue eso tan excitante? Su voz, su manera de mirarme.

Su mano se deslizó hacia atrás y hacia adentro, solo las puntas de sus dedos rozando el borde de mis bragas. Luego las deslizó por el interior de mi muslo.

—Levanta las rodillas y ábre las más para mí —ordenó.

Mi respiración era errática, todo mi cuerpo estaba caliente, mis senos se hincharon y sentí que la humedad se acumulaba entre mis piernas mientras hacía lo que me decía. Esto era sexo, no era mi primera vez, pero estaba más excitada que había estado en toda mi vida.

Las yemas de sus dedos se deslizaron hasta la parte posterior de mi muslo, hacia arriba, rozando la parte posterior de mi rodilla y luego se movió, inclinándose para que pudieran bajar desde la parte posterior de mi pantorrilla hasta mi tobillo.

Un toque dulce, ligero, sorprendente.

Luego, su mano se movió hacia la otra pierna y volvió a recorrer el mismo camino hasta mi corazón y nuevamente sus dedos se deslizaron suaves como una pluma a lo largo de los bordes interiores de mis bragas entre mis piernas.

Mis caderas se movieron con impaciencia. Dios, necesitaba más que esas suaves caricias.

—Cariño —susurré, y la mano de Zane se alejó, pero sus ojos se posaron en mí.

Mis dedos apretaron sus sábanas y esperé. Cumplió mi deseo al instante. Su dedo se enganchó en la parte de arriba y lo apartó. Simple, un simple toque, y mis bragas se deslizaron de mis caderas para luego desaparecer en algún lugar de la cama.

Luego se movió.

Moviéndose entre mis piernas, sentí su nariz deslizarse contra mí en un toque apenas notable que envió flechas de fuego por cada centímetro de mi piel, luego abrió la boca y sentí su lengua presionar.

¡Oh, Dios!

Mi cuello se arqueó, mis manos apretaron las sábanas y gemí. Segundos después escuché otra orden: —Rodillas dobladas, piernas arriba, abiertas.

Al instante obedecí y su boca estaba sobre mí.

¡Oh, Dios!

Zane lamió. Chupó. Enganchó sus dedos y ellos presionaron, rodaron, me abrieron y me empujaron hacia adentro. Me jodió con el dedo. Su lengua me jodió. Y cuando su boca chupaba con fuerza mi clítoris mientras dos dedos se hundían profundamente, mi espalda abandonó la

cama, mi cabeza se hundió en las almohadas, mis dedos tiraron de las sábanas, mi boca se abrió y un gemido bajo me desgarró.

El placer me consumía. Totalmente. De cabeza a los pies. El mundo desapareció y no quedó nada más que la boca de Zane sobre mí y el intenso y desgarrador orgasmo que me dio.

Pareció durar una eternidad y no, no me estaba quejando. Cuando bajé vi a Zane arrodillado entre mis piernas y casi, casi perdí la cabeza otra vez. Su trasero estaba sobre sus pantorrillas y había levantado mis caderas parcialmente hasta sus muslos. Sus ojos estaban fijos en mí, una de sus manos ahuecando mi sexo, su otra mano sosteniendo mi pierna alrededor de su cintura. Ni siquiera lo había notado moverse y posicionarse, bueno, era comprensible después de ese enloquecedor orgasmo.

—Lena —murmuró y sentí su pulgar deslizarse dentro de mí mientras el resto de su mano permanecía ahuecada hacia mí. Sostuvo mi pierna alrededor de él, su pulgar adentro, su mano ahuecándome mientras me observaba y eso era tan caliente que temblé mientras sus ojos oscuros se oscurecían más.

Su pulgar se deslizó hacia afuera, ambas manos se movieron para abarcar mis caderas y me dijo: —Mesita de noche. Protección.

Me lamí los labios y los junté mientras giraba con cuidado la cintura, alcancé la mesita de noche, abrí el primer cajón y vi un montón de condones. Montones, diferentes colores y marcas. Eso era tema para otro día.

Agarré uno, dejé el cajón abierto y me dejé caer de espaldas.

Zane extendió la mano. Se lo entregué y luego me quedé mirando como abría con los dientes, lo deslizaba hacia afuera y cómo lo hacía rodar sobre su largo, grueso, grande miembro.

¡Oh, Dios!

Había pasado, lo que predijo Jessie había pasado. Había encontrado a un hombre capaz de hacerme sentir fascinación por su miembro.

Cuando lo sentí moverse, mis ojos pasaron de su dura polla a verlo inclinado sobre mí. Luego me tomó en sus brazos y me levantó de la cama.

—Ambas piernas a mi alrededor —gruñó otra orden.

Accedí, él me posicionó, luego me deslizó hacia abajo y me empaló, llenándome por completo. Tan llena. Tan, tan llena.

Su mano se deslizó por mi espalda y por mi cabello, inclinando mi rostro hacia abajo para que mis labios descansaran contra los suyos.

Luego susurró: —Prepárate, Lena.

No necesitaba prepararme. Ya estaba preparada para él, para todo de él.

Zane se inclinó hacia adelante, me puso de espaldas en la cama, se alejó de mí hasta que sus manos estaban a cada lado de mí, los brazos estirados e hizo exactamente lo que dijo que iba a hacer.

Mientras observaba, sus ojos se calentaron, se volvieron hambrientos, codiciosos, moviéndose sobre mi cara, mi torso y bajando para ver su polla penetrando dentro de mí. Mis piernas permanecieron apretadas alrededor de sus caderas mientras lo tomaba y apretaba mis dedos en las sábanas.

Me folló fuerte. Fue duro, fue brutal, fue brillante.

Verlo mirarme, verlo follarme, me gustó tanto que me abrumó. Mis piernas se tensaron, mis dedos tiraron de las sábanas y sentí las paredes de mi coño apretándose mientras me recorría, Dios, tan profundo, tan fuerte, tan increíblemente dulce.

También duró un tiempo y durante el mismo sentí su cuerpo cubriéndome y sus

embestidas, ya salvajes, se sacudieron más fuerte, más profundamente, sacudiéndome aún más debajo de él.

Luego cerré los ojos cuando un cosquilleo se deslizó por mi columna, mi cuello se irradió a lo largo de mi cuero cabelludo mientras él deslizaba su nariz a lo largo de la mía y luego por mi mejilla para golpear mi oreja antes de murmurar allí: —Eres perfecta para mí.

Sentí pura felicidad recorrerme mientras mis brazos lo abrazaban cerca y fuerte.

Sonreí. Su mano se acercó a mi rostro y su pulgar se movió para trazar mi sonrisa mientras sus ojos observaban.

Me derretí aún más entre las sábanas.

Su mano fue a mi costado, deslizándose desde la cintura hasta las costillas y sus ojos sostuvieron los míos.

—Tengo que ocuparme del condón.

Bajó la cabeza, pasó un breve y dulce beso mi mandíbula y luego se alejó de mí.

Mientras caminaba me dejé cautivar por su cuerpo delgado y esculpido, sus muslos poderosos, sus brazos y, bueno, todo Zane. Desapareció por un momento en el cuarto de baño y a la vuelta me atrapó mirando.

Su media sonrisa se convirtió en una hermosa sonrisa y él inclinó la cabeza y me besó. Un beso húmedo, largo, pero no exigente.

También fue dulce y eso también me gustó.

Luego levantó la cabeza, deslizó su nariz junto a la mía y susurró: —Ahora voy a darte de comer.

Luego se apartó de mí.

Cogió sus vaqueros y después de ponerlos me dio otra sonrisa mientras salía del dormitorio. Pero volvió medio minuto después y se sentó en la cama.

—No te muevas, ¿ok? Te subiré una bandeja para desayunar, pero yo tengo una reunión esta mañana que no puedo cancelar y me gustaría saber que he dejado a la mujer más maravillosa del mundo en mi cama —dijo.

¡Oh, ok!

Me miró a los ojos mientras deslizaba su mano a través de mi cabello y sentí cosas. Las obvias que sentía cuando él me tocaba y otras que nunca había sentido.

¿Qué era eso?

¿Me estaba enamorando de Zane?

Me besó antes de irse a la cocina y yo me quedé ahí con la cabeza dándome vueltas. Y me dio tantas que aún no me había movido cuando Zane volvió.

Estaba asombrada y aterrada por la idea de amar a Zane. No sabía la razón del miedo, el amor era bueno, ¿no?

No era para siempre, ya no, pero era bonito mientras duraba. Amor era lo que yo necesitaba ahora mientras decidía que iba a hacer con mi vida, no había nada mejor que un hombre guapo para mostrarte que la vida era bella.

Nada mejor que un hombre que te preparaba tostada con huevos revueltos y aguacate, zumo de naranja y café después de hacerte cosas con sus manos, su boca y las otras partes de su cuerpo que dejaron al tuyo en un estado de felicidad como nunca.

—Gracias, todo se ve muy rico —dije sentándome y viendo como colocaba la bandeja sobre mis piernas.

—Gracias no, dime que después volverás a dormir y dentro de dos horas te encontraré en mi cama.

Oh, podía hacer eso y es lo que le dije.

No estaba loca para marcharme, además, no tenía nada que hacer, ningún lugar a donde ir, nadie me esperaba.

—Aquí estaré —le dije, me besó (un beso corto cuando a mí me apetecía uno largo, muy largo) y se fue.

Así que desayuné en la cama de Zane. Sola en su casa.

Lo que no hice fue dormir porque tuve la brillante idea de llevar la bandeja a la cocina y pude comprobar que Zane era más relajado en cuanto a la limpieza. O sea, había dejado la sartén a remojo en el fregadero, migas alrededor del tostador y una taza de café medio llena en la encimera.

Pecados mortales para mí, una maniática de la orden.

Había colocado el resto de las cosas en el lavaplatos y era un punto a su favor. Preferí pensar en eso y no en lo que no hizo porque según Jessie, ningún hombre iba a aguantar mucho a mi lado y yo tampoco los iba a aguantar.

Los treinta estaban a la vuelta de la esquina y yo no había tenido ninguna relación seria. Estaba soltera y si no espabilaba iba a seguir así.

El primer paso era bajar un poco el nivel de mi manía por el orden. El segundo era buscar un trabajo o por lo menos pensar en lo que me gustaría hacer con mi vida.

Me había marchado de San Francisco y no pensaba volver, pero ahora las razones que tuve para tomar esa decisión ya no parecían tan importantes.

Tenía casi treinta años. Podía y debía ser dueña de mi vida y poner los límites necesarios.

Me fui arriba e hice la cama de Zane, y sí, aguanté las ganas de buscar en sus armarios sábanas limpias para cambiarlas. Luego me duché, cogí una camisa suya y un libro que encontré en la mesita de noche y me senté a leer.

En la cama.

Capítulo 10

Lena

—¡NO! —grité al sentir las manos sobre mí, empujándome, atrapándome en la cama.

—¡Jesús, Lena! Soy yo.

La voz no venía del monstruo que me sujetaba y tampoco del otro que estaba mirando desde el otro lado de la habitación. No, sus feas bocas no se movieron excepto para mostrarme una lengua larga y unos dientes afilados y negros.

La voz era grave. Familiar. Preocupada. Nada que ver con los monstruos cuyas intenciones aparecían en mi cabeza de una manera que asustaba igual que lo que pretendían hacerme.

Las imágenes eran difíciles de ver, no tan difíciles como soportar un semejante abuso, un paseo por el parque en comparación con lo que me esperaba meses después cuando daría a luz a un demonio que me partiría en dos.

—¡NO! —grité de nuevo, levantando las manos y arañando la cara del monstruo. Sentí sangre caliente en mi mano, pero a él no parecía importarle.

—¡Lena, despierta!

Ahí estaba la voz.

¿Despertar?

¿Acaso estaba soñando? No era posible, sentía el peso del monstruo sobre mí, olía su aliento, sus babas se habían deslizado de su boca sobre mi cuello. Era real.

—¡Lena! —La voz era más urgente ahora y quería ir hacia el dueño, pero no podía. Estaba luchando contra el monstruo, mis ojos estaban abiertos, no había nada más que pudiera hacer.

De repente algo cayó a mi lado en la cama. Algo pesado y aparté la mirada del monstruo, aunque luego deseé no haberlo hecho. Lo que había caído era la cabeza del otro monstruo y en shock miré hacia donde había estado antes.

Bueno, el cuerpo horrible sin cabeza estaba en el suelo y de pie, con una sonrisa algo maquiavélica y una espada manchada de sangre en la mano estaba una mujer.

Ella era, bueno, era la mujer más bella que había visto en mi vida. Un cuerpo delgado y fuerte cubierto por un vestido de gasa verde a juego con la corona de flores que llevaba en la cabeza. Su cabello era rubio, brillante y largo.

Sus ojos no se apartaron de mí mientras se acercaba a la cama con la espada en alto.

El monstruo dejó salir un sonido horrible mientras se levantaba para enfrentarse a la joven hada.

Era un hada y de los seres míticos de los cuentos solo tenía la belleza porque la delicadeza faltaba. El monstruo no tuvo ninguna oportunidad, se abalanzó sobre ella, pero es todo lo que llegó a hacer antes de que su cabeza cayera al suelo.

Yo me quedé ahí. En la cama. Una cabeza de monstruo a mi lado. Otra a dos pasos en el suelo. Un hada sonriendo como si estuviéramos en una fiesta celebrando la llegada de la primavera.

—Eres libre, puedes marcharte ahora —me dijo.

Un hada bella y loca, aunque lo segundo era obvio porque acababa de matar a dos monstruos y se estaba limpiando la sangre de la espada con un paño blanco.

Yo también estaba loca.

Vaya mierda de pesadillas. Mi inconsciente no podía haber encontrado algo menos espeluznante.

—Oh, Lena, no estamos locas —dijo el hada sonriendo—. Ok, tal vez yo sí, pero tú no. Simplemente no sabes lo que tienes que saber y eso está bien por ahora. Ve, disfruta de tu amor con Zane. Yo te protegeré y dile a Andrea que me debe un favor y que ha llegado el momento de decirle la verdad a su hijo.

Luego, la joven hada tiró al aire un puñado de polvo que yo, como boba, me quedé mirando hipnotizada.

—¡Lena, Jesús! —gruñó Zane.

Zane, o sea, el hombre con el que pasé la noche. Estaba en su cama y no había ninguna cabeza de monstruo, ningún hada. Lo comprobé varias veces solo para estar segura.

Quería echarme a llorar, pero Zane me estaba mirando muy preocupado.

—Una pesadilla —dije e hice una mueca de dolor cuando sentí mi garganta como si estuviera tragando pedazos de cristal.

—Lena, llevo media hora intentando despertarte.

¿Media hora?

Mi corazón estaba a punto de saltar de mi pecho que era normal cuando tenías una horrible pesadilla. Necesitaba olvidarme de lo que había soñado.

—Estoy bien —dije.

A Zane le importó muy poco lo que dije porque se puso de pie y me ayudó, de hecho, me obligó a ponerme de pie.

—Nos vamos al hospital —declaró.

—Zane, no, fue una pesadilla y la verdad es que no me gustaría contarle a ningún médico que he soñado con monstruos y hadas. Después del coma estoy segura de que pensarán que he perdido la cabeza y me encerrarán en un psiquiátrico —dije.

Entonces me he dado cuenta de que Zane no se movía. Me estaba mirando, pero no me estaba viendo, estaba a kilómetros de distancia. Luego se centró en mí y su concentración era tan extrema que parecía capaz de envolverme. De atraparme peor que uno de esos monstruos de mi pesadilla.

—¿Zane? —susurré.

—¿Hadas? —dijo.

—Eh, sí. Ya sabes, las pesadillas son cosas extrañas, nadie sabe exactamente por qué ocurren.

—¿Cómo se llamaban? —preguntó Zane y sentí que mi cuerpo comenzaba a temblar. Y no de una buena manera.

—Ella no me lo dijo —respondí vacilante.

—¿Rubia, cabello largo, delgada, alta?

Empezaba a ponerme más nerviosa, de hecho, empezaba a asustarme.

—Sí, Zane, ¿te gustaría explicarme por qué infiernos sabes qué pasa en mis sueños? —espeté.

Me miró fijamente, pero su mente estaba nuevamente a kilómetros de distancia. Luego sacó su teléfono del bolsillo de los vaqueros y lo miré en silencio mientras hacía una llamada.

Lo miré más mientras esperaba que la otra persona respondiera. Probablemente había

llamado a un psiquiatra y en cinco minutos llegará una ambulancia para llevarme a vivir el resto de mi vida en una habitación bonita, blanca y acolchada.

—Mamá —espetó a su teléfono.

Oh, estaba bien, estaba libre. Por ahora.

—Necesito que vengas a mi casa. Ahora. No, eso no me importa. Es urgente.

Colgó el teléfono y por un momento se quedó mirando la pared beige.

Estaba preocupada, pero quería ser feliz porque mi día empezó genial y tenía otros planes. No me malinterpretes, me gustaba Andrea, pero quería pasar tiempo con su hijo, solo con su hijo. Desnudos si eso pudiera ser.

—¿Qué está pasando Zane? —pregunté.

Él se encogió de hombros.

—No tengo ni puta idea, pero lo descubriré. Vamos a tomar un café —dijo.

No quería café, pero si un momento para ver si podía entender lo que pasaba.

Fuimos a la cocina a tomar un café. En silencio. Tomó mi mano mientras caminaba por el pasillo y me soltó cuando llegamos allí. Me senté en silencio mientras él preparaba dos tazas de café.

Luego apoyó una cadera en el mostrador, tomando sorbos de café mientras miraba por la ventana.

Quise silencio, pero no había llegado a ninguna conclusión y empezaba a dolerme la cabeza. Intenté hablar con Zane, pero me contestó a medias, sin apartar la mirada de la ventana.

Estaba perdiendo la paciencia con cada minuto que pasaba y estaba a punto de gritarle cuando escuché la voz de Andrea.

—En la cocina —dijo Zane.

Entonces, estaba allí perdiendo la cabeza cuando Andrea entró, la preocupación oscureciendo su rostro. Aunque se relajó un poco cuando vio que su hijo estaba bien.

—Aquí nadie se está muriendo, entonces, ¿a qué se debe tanta prisa? —ella preguntó.

—Lena tuvo una pesadilla en pleno día. Con hadas, mamá. Malditas hadas —gruñó Zane.

—Bueno, antes que nada, cuidado con esa boca —espetó antes de mirarme y la ternura en sus ojos me hizo sentir segura—. ¿Estás bien, cariño?

—Sí, Zane está exagerando, solo fue un mal sueño —dije.

—Sí, y he intentado durante quince minutos despertarte mientras miraba tu cara torturada. ¿Quieres saber cómo te veías? —dijo Zane.

Andrea suspiró, dejó su bolso en la isla de la cocina y se sentó en un taburete a mi lado.

—¿Puedes hablarme del sueño? —ella preguntó.

Podría, pero Zane podría perder la cabeza. Lo miré y supe que pedirle que se fuera y me dejara hablar a solas con su madre no era una opción.

Así que mentí, bueno, al menos me guardé las peores partes.

—Estaba atrapada y un hada me rescató de dos monstruos feos. Una pesadilla, nada más, Andrea. La parte extraña fue el mensaje para ti, por lo visto ha llegado la hora de decirle la verdad a tu hijo.

Y nadie se echó a reír.

Las pesadillas son normales, horribles, pero todo el mundo las tiene. Las hadas existen en los cuentos y si envían mensajes en los sueños es algo interesante, incluso divertido.

Pero no, en la cocina de Zane la tensión era tal que se me estaba poniendo muy difícil respirar. Los minutos pasaban y nadie decía nada, Zane estaba mirando a su madre que se estaba frotando las manos o golpeando la encimera con las uñas a un ritmo rápido y enervante.

Y exploté. En serio, tenía una sensación extraña, como si tuviera millones de hormigas bajo la piel, y no podía aguantar más el suspense.

—Oh, vamos, Andrea, ¿qué hay tan importante que te lo tiene que recordar un hada en una pesadilla? ¿Qué le tienes que decir a tu hijo?

Andrea, sin levantar la mirada murmuró algo tan bajo que no entendí. Zane tampoco.

—Madre —Zane empezó, pero al mismo tiempo Andrea repitió sus palabras.

—Soy un hada.

Esas tres palabras me hicieron reír, luego respiré aliviada porque eso no era nada. ¿O sí? Yo pensaba que estaba loca, pero estaba equivocada y debería alejarme de esta familia.

En serio, Zane estaba mirando a su madre como si pensara que estaba diciendo la verdad.

Ok, este era el momento de marcharme si no quería terminar en algún altar de sacrificio o lo que sea que estaban haciendo las hadas o las personas que pensaban que eran hadas.

No llegué a ponerme de pie porque Andrea me miró y dijo: —No puedes marcharte, sí puedes, pero necesitas saber la verdad.

Sacudí la cabeza.

—Yo no, Zane necesita saberlo, el hada dijo que —empecé.

—Lena, ya no hay vuelta atrás. Todo está en marcha desde que tú y Zane os habéis conocido, no hay manera de escapar. Es tu destino y Zane es la parte más importante —dijo Andrea.

¡Oh, mierda!

—¿De qué estás hablando? —preguntó Zane.

Andrea respiró profundamente y sentí pena al ver su expresión. Debía ser algo grave lo que tenía que contar y sí, todavía quería salir corriendo.

—El mundo que conocéis, que todos conocen es solo una pequeña parte —empezó Andrea—. Las películas de fantasía, los libros, los cuentos de vampiros y monstruos, todo es verdad. Las pesadillas no son una creación de nuestros cerebros, es realidad.

Ok, yo había escuchado suficiente.

Ahora sí que me puse de pie y me encaminé hacia la puerta. Lo hice de espaldas, mirando a Andrea. Y no, no pensaba que fuera loca de atar. Pensaba que era peor.

—Esta es una conversación privada y yo ya llego tarde a mi cita —dije—. Ya hablaremos, ¿vale?

Zane alargó la mano queriendo detenerme, creo, no sabía lo que pretendía hacer, pero su madre le dijo que no.

—Escúchame, Zane, si Lena quiere marcharse tiene todo el derecho. Volverá cuando va a querer respuestas y mientras tanto Zia la va a cuidar.

—¿Quién diablos es Zia? —preguntó Zane.

—Mi hermana, el hada que Lena conoció en sus sueños. Zia protegerá a Lena con su vida, aunque no hará falta, es tan poderosa que ni un ejército de monstruos podrá con ella —explicó Andrea.

Zia.

La rubia. No me había dado cuenta hasta ahora, pero sí que se parecía mucho a Andrea.

¿Podía ser verdad?

No, de ninguna manera. Esos monstruos iban en serio, querían abusar de mí, embarazarme de un monstruo. A mí que he perdido cinco años de mi vida en coma.

¡Joder, no! No era verdad.

—¿Sabes qué, Andrea? Las hadas no existen, los monstruos tampoco, ¿ok? Tenemos

bastantes de los normales, los humanos, no necesitamos seres sobrenaturales que vengan a... a lo que sea que quieren de nosotros. Así que vas a pedir una cita con un buen psiquiatra para poner un poco de orden en tu mente, tanta imaginación no puede ser buena —dije.

—No es fácil, lo sé. La mayoría de las personas prefieren pensar que es una locura porque la verdad es demasiado...

—¿Demasiado, Andrea? El mundo es una mierda, el cambio climático, los impuestos, la subida de precios, personas que no pueden comer, que viven en la calle, la sanidad, las guerras, los terroristas, el odio. Esto es demasiado y si hay otros mundos, vale, lo acepto, pero, joder, por lo menos que sean mejores que este. Me niego a aceptar que existen monstruos que pueden violarme en mis sueños. Así que sí, prefiero pensar que estás loca —dije.

—¿Violarte? —dijo Zane y su tono me puso los pelos de punta. También me instó a salir de ahí lo más rápido posible y di un paso atrás hacia la puerta.

—Zane, tranquilo, no le pasará nada.

Me estaba volviendo loca. Sí, señor. Andrea estaba tan segura de sí misma que estaba empezando a creer que lo que decía era verdad y en serio, no quería vivir en un mundo con monstruos y hadas.

Aunque, si era verdad, necesitaba saber más sobre Zia y esos seres de los que debía protegerme.

—¿Por qué yo? —le pregunté a Andrea.

—Es una historia larga —dijo haciendo un gesto con la mano hacia el taburete.

Fui a sentarme y Andrea no me hizo esperar.

—Soy un hada, nací hada y mi propósito en la vida era ayudar a los humanos, especialmente a los que tenían problemas al encontrar el amor. Nuestra existencia es y debe ser siempre un secreto para los humanos, no les podemos permitir vernos y en ninguna circunstancia hablar con ellos. No obstante, yo era un poco rebelde y a el día que celebraba mi decimoctavo cumpleaños me dejé llevar por la alegría y fui a celebrar con mi hermana a un club de estudiantes. Ahí conocí a Quinn y fue amor a primera vista. Renuncié a todo, a mis alas, a mis poderes, a mi inmortalidad, pero no fue suficiente. Mi destino era dar a luz a la siguiente reina de las hadas y al sacrificarlo todo por el amor mi primer nacido heredó esa tarea. Pensaba que iba a tener una hija, pero no fue así. Zane será el padre de la futura reina y tú, Lena, serás la madre. Por eso Zia te está protegiendo, por eso sé que nada te pasará. Porque el futuro de las hadas está en tus manos.

—Quieres decir en mi vientre —murmuré.

Estaba alucinando. Esto parecía una película, una mala película para adolescentes. ¿Reina de las hadas?

—Sí, Lena. Tú y Zane...

—No, espera, ¿y si nunca hubiera despertado del coma, y si hubiera muerto en el accidente? —espeté.

—Bueno, la situación fue complicada durante un tiempo. Los Otros —dijo Andrea y luego se calló.

—¿Qué otros? —preguntó Zane.

—Demonios, vampiros, monstruos. Seres que viven en la sombra y se alimentan de las emociones negativas. Los Otros. Ellos son los malos, las hadas y los ángeles son los buenos y los humanos están justo en el medio de una guerra que empezó cientos de años atrás. Sin una reina, las hadas desaparecerán y Los Otros ganarán. No hace falta decir lo que pasará con los humanos.

—El apocalipsis —susurré.

Andrea sacudió la cabeza: —Peor, Lena, será peor.

—¿Qué quieres decir con que la situación fue complicada? —pregunté.

—Eh —Andrea dudó—. Fue mi error. Debería haberle contado la verdad a Zane hace mucho tiempo y no lo hice pensando que todavía había tiempo, que no había prisa. Pero luego él conoció a Pamela...

—¡Joder! —maldijo Zane.

Me moría por saber quién era Pamela así que miré a Andrea con mucha atención.

—Zane se enamoró de ella, estaban hablando de boda e hijos y yo pensaba que ella era la elegida. En ese momento Los Otros aprovecharon para intentar matarte. El accidente no fue un accidente, fue un intento de asesinato. Eso es lo que me contó Zia —explicó Andrea.

—Tengo la impresión de que no quiero preguntar sobre el coma de cinco años —dije.

—El coche golpeó tu cuerpo y los monstruos hirieron tu alma. El coma fue la única solución que tenían las hadas para curarte.

¡Wow!

Había como un muro en mi mente, uno de cemento muy alto que me impedía ver, entender lo que estaba escuchando. No podía.

Y cuando pensaba que lo había averiguado todo, Zane preguntó: —¿Por qué Lena no recuerda lo que pasó cuando estaba en coma?

Capítulo 11

Lena

El muro estaba ahí. Alto. Grande como una montaña. Duro como las rocas. Con espinas como las rosas. Detrás había algo que necesitaba como el aire. Necesitaba entender.

Pero no.

Mi mente se negaba a creer en las palabras de Andrea. Sí, la pesadilla se sintió demasiado real y recordaba cada maldito detalle del rostro de ese monstruo.

Pero no podía.

Oh, y luego estaba Zane que por lo visto guardaba secretos. Sí, maldita sea, algo había pasado cuando yo estaba en coma, algo que podría explicar la reacción que tuvo él cuando nos vimos en la boda de nuestros hermanos.

Algo que no estaba segura de querer saber.

Estaban dentro, en la cocina. Yo había salido al jardín cuando Zane no quiso responder a mi pregunta, aunque no fue mi primera reacción. Quise marcharme de su casa, pero Andrea dijo que necesitaba un momento a solas con su hijo y después podía (si todavía deseaba) tirarle algo a la cabeza.

Sentada en una tumbona estuve mirando el cielo. Era del mismo azul de siempre. Las nubes suaves, gorditas y blancas. El viento refrescante.

Todo era igual.

Todo había cambiado. A primera vista parecía lo de siempre, pero si Andrea decía la verdad (y empezaba creer que sí) el mundo era solo un espejismo.

¿Hadas, monstruos?

Ni siquiera podía imaginarme lo que ocurriría si el mundo entero averiguaría la verdad. ¿Chaos? Obviamente.

Yo estaba a punto de perder la cabeza.

¡Dios! ¿La madre de la reina de las hadas? Yo solo quería ser abogada, salir a bailar con mis amigas, leer los cientos de libros que tenía pendientes, conocer hombres y eventualmente encontrar al que iba a enamorarme.

Luego ocurrió el accidente y mi vida estuvo en pausa durante años. Ahora quería retomarla, pero al parecer lo que yo quería no importaba. Alguien había tomado la decisión por mí. El destino, ¿quién diablos estaba detrás del destino?

Ok, sí, era una locura, pero si el futuro de las hadas (seres sobrenaturales de cuya existencia todavía no estaba totalmente convencida) dependía de mí haría todo lo posible para ayudar.

Y sí, ayudaba que el que iba a embarazarme iba a ser Zane y no un monstruo.

No obstante, necesitaba saberlo todo y solo después tomaría una decisión. Las mentiras no me gustaban.

Las ramas del árbol más alto del jardín de Zane empezaron a moverse de una manera extraña. Solo un árbol. Fuerte como si estuviera en el medio de un tornado.

No estaba convencida de todo el cuento de hadas y monstruos, pero eso no tenía buena pinta. Era más que preocupante así que despacio me puse de pie y caminé hacia la casa sin

apartar la mirada del árbol.

En el momento en el que sentí que mi espalda chocaba con la puerta el árbol se partió en dos y algo apareció.

Digo algo porque no sabía qué era.

Un monstruo, sí, pero como algo que nunca había visto. Era grande. Alto como un edificio de dos plantas. No tenía manos, tenía garras. Y dientes.

Un extraterrestre, tal vez. Era verde y una sustancia viscosa goteaba de su boca abierta. La misma sustancia amarilla estaba sobre todo su cuerpo de lo que parecían ser heridas.

Estaba aterrada. Congelada en el sitio sin la fuerza necesaria de levantar la mano y abrir la puerta.

Todo lo que pude hacer fue murmurar: —Zane.

Funcionó.

—¡Jesús Cristo! —gruñó él al mismo tiempo que sentí la puerta abrirse.

Me hubiera caído, pero Zane me rodeó con su brazo, me presionó contra su pecho mientras me llevaba a la cocina. Cerró la puerta como si el cristal fuera a protegernos del monstruo.

—Deberíamos correr —le dije a Zane pensando en escondernos en un armario o en el sótano si esta casa tuviera uno.

—Todo está bien, Lena —murmuró besando mi coronilla como si fuera una niña.

¿Me tranquilizaron sus palabras? No. ¿El beso? Tampoco.

¡Había un monstruo en su jardín!

Y no, no estaba preparada para esto. Todavía no.

—¡Oh, Dios! —exclamó Andrea.

Giré la cabeza para verla correr hacia nosotros. Nos empujó para abrir la puerta y claro que sí, joder, hizo lo que cualquier persona nunca hubiera hecho.

¡Correr hacia el monstruo!

—Zane, deténla —espeté.

La mano de Zane que tenía sobre mi abdomen me presionó más contra su cuerpo. Un poco, pero solo un poco, me sentí segura en sus brazos, aunque me moría de miedo por Andrea que se había arrodillado al lado del monstruo.

—¡Zia, ven! —gritó ella mirando al cielo.

Y Zia apareció.

El hada con su vestido semi transparente, su cabello rubio, su varita mágica en la mano y una expresión de mala leche en la cara que daba más miedo que el monstruo tumbado en el césped verde del jardín.

—¡No! —dijo ella.

—¡Zia! Es Kole, tienes que ayudarlo —gritó Andrea.

Zia se arregló un mechón de su cabello detrás de la oreja mientras miraba con indiferencia al monstruo. Y no, no pensaba ayudarlo. Podía verlo en su expresión, lo sentía. Cómo o por qué sabía lo que sentía el hada era un misterio.

En ese momento ella giró la cabeza hacia nosotros y su mirada bajó hacia mi abdomen. Su sonrisa no me gustó nada, pero no tuve tiempo para investigar qué significaba porque Zane me llevó fuera.

Hacia el monstruo.

—Zane, esa cosa es un monstruo —dije.

—No, es Kole —dijo Andrea.

No sabía quién o qué era Kole, pero por la manera en la que Andrea lo estaba acariciando podía decir que ella le tenía cariño. O algo más.

Y de repente todos desaparecieron. El jardín era el mismo, pero era invierno y dos niños estaban jugando en la nieve. Una niña de cabello oscuro, ni negro ni castaño, de ojos verdes corría riendo mientras el niño la perseguía.

La diversión terminó cuando la tierra tembló y del cielo cayeron monstruos que rodearon a los niños. Entonces el niño dejó de ser un niño y se convirtió en un monstruo, igual que los otros, pero con alas.

—Agacha la cabeza, cubre tus oídos, cierra los ojos y cuenta hasta cien —le dijo a la niña.

Ella obedeció. Yo no. Yo fui testigo de cómo ese niño de seis años convertido en monstruo hizo pedazos a trece engendros más grandes y feos que él. Cuando le estaba rompiendo la cabeza al último llegó Zia con un hombre.

Guapísimo, wow. Sí, sí, monstruos o no, yo era el tipo de mujer que se fijaba en los hombres guapos y más teniendo en cuenta de que Zia caminaba a su lado cogidos de la mano. Se veían bien juntos.

—Buen trabajo, hijo —le dijo él al monstruo cuando este retomó su forma de niño.

—Kole, no. Debería haber pedido ayuda —espetó Zia.

—Mamá, puedo proteger a Nyla. Es mi deber —dijo el niño.

—Sí, tía Zia. El deber de Zander es protegerme y lo hace muy bien. No tienes por qué preocuparte, yo no lo hago. No tuve miedo ni siguiera un segundo —declaró la niña.

—Ya veremos si tu madre piensa de la misma manera. Lena va a gritar. Mucho. Y yo, os lo advierto ya, no seré el blanco de sus gritos —dijo Zia.

Luego se dio la vuelta y se marchó. Los tres se quedaron mirando su partida.

—Mamá necesita vacaciones —dijo Zander.

—O besos, papá siempre le da besos a mamá cuando está enfadada —declaró la niña.

Nyla. El nombre de su madre era Lena, es lo que dijo Zia.

¿Mía? ¿Nyla era mi hija?

Pero no tuve tiempo de averiguar más. Desaparecieron y por un segundo tuve delante el jardín vacío, luego volví a sentir a Zane detrás de mí.

Zia estaba discutiendo con Andrea.

—No, de ninguna manera. Kole es igual que los otros de su raza. Un monstruo y no pienso ayudarlo. Que se pudra —espetó Zia.

—¡Sánalo! —dije en voz alta.

Di un paso hacia adelante, dejando atrás la seguridad que me daba Zane, luego otro y me acerqué a Zia y a Kole.

—Tienes que sanarlo —dije.

—¡Oh, Dios! —exclamó Andrea.

Zia me estaba mirando impresionada y sorprendida. Luego se echó a reír.

—Eso fue rápido, Zane —dijo riendo.

—Zia, cállate —le espetó Andrea.

—Sí, Zia, cállate porque si este ser que se está debatiendo entra la vida y la muerte es quién pienso que es entonces me agradecerás haberle salvado la vida —dije.

—Lo dudo mucho —murmuró ella dándose la vuelta.

Se arrodilló al lado de Kole y puso sus manos sobre una de las heridas. En un abrir y cerrar de ojos la tenía curada y pasó a la siguiente. Con cada herida sanada el monstruo cambiaba

de tamaño, se hacía más pequeño y cuando Zia levantó las manos él se había convertido en humano.

Y sí, era el hombre que había visto antes con ella. El padre de Zander.

¡Oh! Los padres de Zander eran Kole y Zia.

Kole se puso de pie de un salto y le sonrió a Andrea.

—Gracias, hermosa —dijo, su voz grave y con esa sonrisa tan traviesa me pregunté cómo es que Andrea no se derritió a sus pies.

—No, no, monstruo. Los agradecimientos para mí, yo te he salvado —espetó Zia—. Y no quiero palabras, no me sirven de nada. Quiero oro y diamantes, ¿entendido?

La mirada que le dio Kole a Zia decía mucho sobre lo que iba a recibir ella. Andrea también entendió enseguida y los miraba boquiabierta a los dos. La única que parecía no entenderlo era Zia que le dio la espalda.

—Nos vemos, chicos —dijo.

—No tan rápido, hada —gruñó Kole y ella se detuvo, se dio la vuelta y lo miró con una ceja levantada—. Vienen a por Lena y vienen todos. Os tenéis que preparar porque está no será una lucha fácil de ganar.

—Mensaje recibido, ya puedes volver a tu agujero en el fondo del infierno —dijo Zia.

Andrea suspiró.

Kole miró a Zia y sus intenciones eran claramente expresadas en su rostro. Quería romperle el cuello.

—¿Quién viene? —preguntó Zane.

—Los Otros —dijo Andrea.

Eso era algo que ya lo sabíamos y no podía decir que me interesaba mucho. Quería volver dentro, tomar un café y fingir que nada de esto había ocurrido.

—¿Tú tienes que protegerme? —le pregunté a Zia y ella asintió—. Muy bien, haz lo que tengas que hacer y si Kole se ofrece entonces tú aceptarás su ayuda.

—¡Infiernos, no! No trabajaré con este engendro —espetó ella.

—Ya, pero ¿sabes qué? Yo tampoco quiero dar a luz a la próxima reina de las hadas, así que si yo me aguanto tú también lo harás. Además, me gusta Zander —dije.

—Su nombre es Kole —me corrigió Andrea.

Sonreí. Miré a Kole, a Zia y luego volví a posar la mirada en Andrea.

—Sé cuál es su nombre —dije sonriendo.

Y Andrea no me decepcionó. Se quedó boquiabierta de la impresión, tanto que pensaba que iba a darle un ataque al corazón.

—Madre, ¿estás bien? —preguntó Zane.

—Sí, sí, genial —contestó ella.

—¿Por qué tengo la impresión de que me he perdido algo? —preguntó Zia.

Andrea evitó su mirada y yo me encogí de hombros, pero le dije: —Me tomaré el resto del día para fingir que mi vida no ha cambiado, pero mañana me gustaría saber más sobre lo que me espera, sobre el peligro y lo que puedo hacer para ayudar. Mañana nos veremos, ¿vale?

Kole me guiñó el ojo y deslizó un brazo alrededor de la cintura de Zia: —Vamos, hada, tenemos trabajo que hacer.

Luego desaparecieron en el aire.

Mi vida se había convertido en una película de fantasía.

Entré en casa, me detuve en la cocina para coger mi taza de café que ya estaba fría y subí a la habitación de Zane. Me tumbé en la cama y cerré los ojos.

No tardé mucho en escuchar pasos y sin mirar supe que eran de Zane.

—Fingir, ¿vale? Hoy, esta noche. Mañana será otro cuento —murmuré.

—Ok, Lena —dijo él.

Entonces se tumbó a mi lado y me abrazó.

Estuve escuchando su respiración hasta que me quedé dormida. Soñé con Zane, conmigo, aunque era extraño porque yo estaba en dos lugares al mismo tiempo, con él y en una cama. En coma.

Hablé con él, leí libros que él me llevó, lo miré mientras construía un balcón y mientras dormía.

Cuando desperté supe que eso no había sido un sueño normal. Eso había ocurrido.

Zane todavía estaba en la cama conmigo, pero estaba medio sentado, apoyado contra el cabecero, leyendo un libro.

—Hola —dijo cuando levanté la cabeza.

Le sonreí.

—¿Estás mejor? —preguntó.

—Tan bien como puedo después de averiguar que mi alma estuvo separada de mi cuerpo durante el coma —dije.

—Lo recuerdas.

Sacudí la cabeza.

—Lo he soñado.

Me quedé callada porque, en serio, daría lo que fuera para volver al día del accidente y no salir de casa. Zane era un hombre muy atractivo que me hacía sentir cosas que ningún hombre me había hecho sentir, pero hubiera preferido no saber lo que sabía.

¡Por Dios, no! No quería hadas y monstruos, quería criminales y fe, quería lo que había existido desde que había nacido.

Normalidad.

—No quiero esto —dije en voz baja.

—Lo sé —dijo Zane deslizando una mano en mi cabello—. No tienes por qué hacerlo, puedes marcharte y nunca mirar atrás, vivir tu vida como nada de esto hubiera pasado.

—Pero Andrea dijo que las hadas dejarán de existir.

—Sí, pero no será ahora, ni mañana. La guerra tardara muchos años y los humanos no lo notarán hasta dentro de dos generaciones. Los Otros te dejarán en paz si no estás cerca de mí, si no estamos juntos no hay ninguna posibilidad de engendrar a un niño y eso es lo que ellos quieren —explicó Zane.

¿Podría hacerlo?

Vivir mi vida como si nada de esto hubiera pasado sonaba bien. Vivir sabiendo que mis nietos vivirán en un mundo gobernado por monstruos.

Además, ¿quién decía que mi vida sería tan mala al lado de Zane? No me gustaba, lo que sentía por él iba más allá de eso, podría ser amor del de verdad.

Podría tener una buena vida a su lado.

Podría ser feliz.

Podría tener una hija. Nyla.

Y sin saberlo ya había tomado la decisión.

Le sonreí a Zane.

—Que se jodan los monstruos —dije.

Su sonrisa se reflejó en sus ojos y luego la sentí en sus labios cuando me besó. Y vaya

besos daba el hombre, tan buenos que merecía la pena luchar contra seres sobrenaturales.
Y ganar.

Capítulo 12

Zia

—Cabrón. Idiota. Engendro del mal. Cretino. Subnormal. Hijo de puta. Malparido. Gilipollas.

—No vale repetir los insultos, hada —dijo Kole.

Me detuve y despacio me di la vuelta. Lo miré y tenía suerte el maldito monstruo, tenía suerte porque estábamos en el parque donde mujeres hacían deporte, hombres jugaban al fútbol y niños correteaban gritando como solo ellos pueden hacerlo, con toda la alegría del mundo que era lo contrario a lo que yo sentía.

No podía matarlo y lo miré enviando a su mente imágenes de lo que me gustaría hacerle y obviamente le haría algún día.

Kole iba a morir y yo seré su verdugo. Era una promesa.

El muy idiota usó la conexión de nuestras mentes para devolverme algunas imágenes que eran lo opuesto a las mías. Mi violencia contra su pasión.

—No, gracias —espeté.

Me di la vuelta y seguí el camino hacia mi lugar favorito. Escuché los pasos de Kole a mi espalda y su risa. Obviamente sentía lo que sus palabras habían provocado.

Yo debía saber mejor, ya tenía una edad a la que nada sexual podía impresionarme y mucho menos hacerme sonrojar. O desear.

No podía desear a un monstruo. Yo era mejor que eso. Además, mi misión en la vida era proteger a la reina, no tenía tiempo para otras actividades.

Ganas tampoco.

Nunca tuve ganas. Curiosidad sí, había experimentado con algunos hombres, aunque no había encontrado el sexo tan interesante como para perder la cabeza y mi tiempo haciéndolo.

Eso pasó hace doscientos años y gracias a eso era una de las mejores guerreras y la más apreciada. Todas venían a pedir mi ayuda y consejo.

Así que ni muerta iba a involucrarme con Kole, de hecho, con ningún macho, humano, monstruo u otro ser.

No obstante, mi cuerpo no estaba de acuerdo. Estaba vibrando, mi piel hormigueaba y mi centro pulsaba con deseo.

—¡Maldito idiota! —espeté.

Un gruñido resonó a mi espalda y de repente me encontré en los brazos de Kole, mis pechos presionados contra su cuerpo, una de sus manos deslizándose desde mi espalda hacia mi trasero y la otra en mi cabello inclinando mi cabeza.

—¿Por qué no nos encargamos de este pequeño problema antes de ponernos a trabajar? —sugirió, empujando su pelvis contra la mía.

¿Pequeño?

—No —empecé a decir lo que pensaba de su propuesta, pero Kole fue más rápido que yo. Su boca cubrió la mía y me invadió con su lengua.

Bueno, y por mi vergüenza, eso fue todo lo que hizo falta para hacerme olvidar mi juramento de no liarme con ningún macho.

Verás, los monstruos eran famosos por lo que podían hacerle a una mujer en el dormitorio. Y en otras partes porque no eran muy púdicos. Había escuchado historias de mis amigas que habían pasado momentos muy calientes con los monstruos y sí, lo hicieron a pesar del odio que las dos razas sentían la una por la otra.

Ahora había llegado mi turno para ceder a la tentación.

—¡No! —exclamé cuando Kole separó nuestras bocas.

En ese momento me di cuenta de que mis piernas rodeaban sus caderas y que mis manos estaban en su cabello. Sus ojos habían adquirido un tono rojizo que debería haberme enviado a correr lejos de él, pero yo solo quería su boca de vuelta sobre mí.

—Privacidad, hada —gruñó Kole.

—No podemos ir a lo mío —murmuré.

Bueno, podía, pero yo vivía en una casa junto a tres de mis amigas y la privacidad no existía ahí. Además, estaba prohibido llevar a nuestros ligues al Reino y doblemente prohibido llevar a Kole o a uno de su raza.

La boca de Kole esbozó una sonrisa que me hizo dudar de mis capacidades mentales. Este era un monstruo y yo iba a dejar mi cuerpo en sus manos. Vale, que no era tan frágil como para no poder defenderme, pero iba a estar vulnerable.

—Te doy mi palabra de honor que no te haré daño —dijo y no quería saber cómo es que sabía en lo que estaba pensando—. Las próximas horas serán sobre el placer que dos seres pueden ofrecer y tomar, nada más, hada.

Asentí y Kole me mostró uno de sus secretos. Nos teletransportó en el interior de una casa y no aparté la mirada de sus ojos para echar un vistazo alrededor porque estaba demasiado sorprendida.

Había pocos monstruos que podían teletransportarse, de hecho, solo había uno vivo en este momento y era el jefe. Tenía su palabra y su secreto como garantía de que no iba a hacerme daño.

¿Por qué?

Los otros encuentros sexuales entre hadas y monstruos tuvieron lugar cuando ellas usaron hechizos y pociones para obtener la sumisión de ellos. Hubo otros encuentros cuando ocurrió al revés, pero ningún hada sobrevivió para contarlo.

Kole me deseaba mucho y eso me hizo sentir algo que nunca había sentido, pero también hizo sonar todas las alarmas.

Algo estaba pasando aquí.

—Primero follar y luego hablar —declaró Kole.

De nuevo abrí la boca para protestar. De nuevo Kole aprovechó que mi boca estaba abierta para besarme.

Oh, bueno. Hablar podía esperar una hora.

Aunque no fue una hora.

La primera vez Kole rompió mi vestido y me tomó con su boca en el suelo. Luego contra la pared mientras subía las escaleras. En la alfombra frente a la cama. En la cama. No conté las veces que me hizo correrme porque todo era placer con él.

Tenía una manera de acariciar que me volvía loca, una forma de usar su lengua sobre todo mi cuerpo que me dejaba sin aire. Cuando se tumbó a mi lado saciado me di cuenta de que yo aun no estaba satisfecha.

Deseaba más. Lo deseaba a él. Ahora y para siempre.

¡Jodida mierda!

Giré la cabeza y lo miré. No parecía preocupado ni sorprendido.

—Lo sabías —acusé.

—Desde hace muchos, muchos años, hada —reconoció.

Cabrón. Idiota. Hijo de puta. Imbécil.

—Idiota e imbécil son sinónimos —dijo él.

—Tonto, subnormal, retrasado, cateto, ignorante. ¿Crees que me importa repetir insultos ahora mismo? —espeté saltando de la cama—. ¡Quiero matarte! ¿Sabes? Romper tus miembros pedazo a pedazo, cortar pequeños trozos y alimentar a los cocodrilos. De hecho, incluso podría dejarles darte un mordisco o dos.

Me estaba imaginando su muerte. Larga. Dolorosa. Oh, como iba a disfrutarla.

—Nena —dijo con esa voz grave y tan, tan malditamente atractiva. Me sacó de quicio y cogí lo primero que pillé, una estatua que pesaba una tonelada, pero que conseguí tirar hacia él.

Mi puntería falló y le di a dos centímetros de su cabeza.

—¿Y no has pensado que me gustaría saber que eres mi compañero? —grité.

Las hadas, no todas, solo algunas, tenían compañeros de vida. Estaba escrito en las estrellas, era el destino que los elegía para nosotros. Era un milagro, un regalo de la vida porque un hada emparejada vivía más que las solteras, el doble de años.

Vivían más y mejor, tenían hijos. Disfrutaban del amor verdadero.

Nunca hubiera elegido un monstruo como compañero de vida, pero podía fingir que no sabía en que se convertía cuando se enfadaba, cuando luchaba o...

—Tus garras de monstruo no me van a tocar, ¿entendido, Kole? Nunca en tu puñetera vida —exclamé.

—Lo que tú digas, hada.

Oh, estaba tan jodida, pero no lo suficiente porque recordé un pequeño detalle de lo que pasaba cuando un hada conocía a su compañero.

Verás, al principio no lo sabíamos. No había ninguna señal, ningún presentimiento que te advertía de que el que tenías delante era tu compañero. Lo averiguabas después del primer encuentro sexual que era mejor que cualquier cosa que habías vivido.

Y sí aun no te dabas cuenta de ello al mes siguiente sí lo harías. Las hadas se quedaban embarazadas de sus compañeros la primera vez.

—¡Maldita sea! ¿Me puedes decir cómo voy a proteger a Lena ahora? —le grité a Kole.

Se encogió de hombros, pero al ver que alargaba la mano para coger otra estatua saltó de la cama. En un instante estaba atrapada en sus brazos.

—Eres mía, hada. El bebé de tu vientre es mío. Os protegeré con mi vida y no solo eso, tu vida es ahora mi vida. Tus propósitos son míos. Estamos juntos en esto, ahora y para siempre —declaró Kole.

—Sigo pensando que eres un maldito monstruo —dije.

—Y tú eres una pequeña hada molesta como el infierno.

Su mano se deslizó en mi cabello.

—Eres feo.

Kole acarició mi cuello con su índice.

—Hablas demasiado —murmuró.

La mano de mi cuello se deslizó por el valle de mis pechos.

—Necesito cosas brillantes, bonitas y caras.

Su mano cogió la mía y la llevó hacia su miembro.

—Necesito sentir tu boca —dijo.

—Este es un acuerdo bastante sucio —murmuré.

—Sucio es mi apellido —gruñó Kole y nos dio la vuelta.

En tres segundos estaba tumbada sobre su cuerpo, su miembro frente a mi cara y mientras yo intentaba darme cuenta cómo había conseguido moverme tan rápido su lengua empezó a follarme y dejé de pensar.

No eran cosas bonitas y brillantes, pero no era un mal negocio.

Cuando llegó la noche estaba (más o menos) satisfecha, agotada y acojonada. Tener un monstruo como compañero de vida no era habitual para nosotros y sí, todas las hadas me respetaban, pero eso no significaba que no iban a hablar a nuestras espaldas e incluso delante.

Luego estaba el tema de Lena.

Tenía el presentimiento de que lo que se avecinaba era peor de lo que pensaba y era tan egoísta que deseaba que se fuera acabando rápido para pasar todo el tiempo follando a mi compañero.

Me esperaban por lo menos nueve meses de guerra.

—Deberíamos hacer un plan —le dije a Kole.

—Ya tengo uno. Llevaremos a Lena y a Zane al Reino de las Hadas donde estarán protegidos hasta el nacimiento de la reina.

Era buen plan, de hecho, era perfecto si no fuera por un pequeño detalle.

—Nunca podrán marcharse, lo sabes, ¿no?

—Zane hará todo lo posible para proteger a Lena y ella hará lo mismo por su bebé. Aunque, al principio se van a oponer.

Renunciar al mundo que conocían para vivir en el Reino de las Hadas no iba a ser fácil. El nuestro era más bonito, tranquilo, seguro. Era el lugar perfecto para criar a un hijo, para llevar una vida llena de paz y felicidad. Era lo más cercano a lo que los humanos pensaban que era el paraíso.

Lo que no tenía eran edificios altos, coches, centros comerciales, famosos e influencers.

Las reglas eran muy claras, si un humano llegaba al reino nunca podía irse porque a pesar de las promesas siempre, pero siempre abrían la boca y hablaban sobre nosotros. Las hadas que renunciaban a sus alas, como mi hermana Andrea, tampoco podían volver.

Iba a ser un palo para Zane ir al reino y dejar a su madre atrás sabiendo que ella nunca va a conocer a su nieta. Bueno, la reina podría venir y conocerla, pero la familia nunca podrá pasar vacaciones y fiestas junta.

—No estoy segura de poder convencerlos, Kole —admití.

—Tengo un plan B si hace falta.

Ok, estaba impresionada, aunque dos minutos después pensaba que Kole había perdido la cabeza. Su plan genial era llevarlos a un bunker que él había construido en la Antártica.

Los monstruos odiaban el frío así que eso era una amenaza menos, pero Kole estaba loco si pensaba que eso era una mejor opción que el Reino de las Hadas. ¿Quién en su sano juicio elegiría hielo y frío y no sol?

—Confía en mí —me pidió Kole.

No tenía otra opción, pero si eso no funcionaba ya buscaría yo otra cosa. Pero por ahora no tenía nada más que hacer que disfrutar de Kole y nuestra relación.

Lo primero que hice fue echar un vistazo a su casa. Era impresionante, grande, brillante y bonita. Era perfecta para mí, casi como si la hubieran construido y decorado para mí.

—Kole —dije entrando en la cocina y mirándolo con el ceño fruncido.

—Sí, amor.

Cerró la puerta y me miró sonriendo.

Oh, esa sonrisa no me gustaba nada.

—¿Hace cuánto tiempo sabes sobre nosotros? —pregunté.

—Desde nuestro primer encuentro.

Vaya, eso era mucho tiempo y no solo eso. Desde que nos conocimos en un bar cuando acudí a rescatar a una de mis amigas de uno de los suyos que se había encaprichado con ella y quería llevarla de recuerdo. Quería arrancarle las alas y pegarlas a su piel.

Bonito, ¿verdad?

Discutimos esa noche. Mucho. Usé todos mis poderes para borrar lo ocurrido de la mente de los humanos presentes porque el muy idiota se había calentado tanto que se convirtió en monstruo.

—Bonita reacción tuviste —murmuré recordando que durante tres horas intentó arrancarme la cabeza.

—Era joven y tonto.

Kole se acercó llevando una copa de vino en la mano que me ofreció. Rose. Frío. Mi favorito. El único que tomaba. El hombre había hecho sus deberes.

Cogí la copa y me alejé de él. Caminé hasta la ventana y mirando lo que había al otro lado tomé un pequeño sorbo.

Un huerto de plantas aromáticas.

Yo no sabía nada sobre él. Sobre su raza mucho. Eran despiadados, fuertes, buenos estrategas, excelentes luchadores y amantes. Eran feos en su verdadera forma, feos de asustar incluso al hombre más fuerte.

Desde ese primer encuentro tuvimos más y la mayoría acabaron de la misma manera, luchando o discutiendo. Antes de que Andrea decidiera dejarlo todo por el amor tuvimos un problema con los elfos (interesantes criaturas, un día eran nuestros mejores amigos y al otro nos querían borrar del Universo) y de alguna manera convenció a Kole para que nos ayudara.

Luego se convirtió en agente doble. Cuando le convenía nos advertía de lo que planeaban los suyos, cuando no, pues nos dejaba ir hacia alguna trampa y salir malparadas.

Encantador el hombre, ¿verdad?

No me dio ninguna señal, ni el más insignificante indicio de que era mío, de que era suya.

—No estaba preparado, hada, y tú tampoco.

La justificación era buena, no podía negarlo. Incluso ahora tenía problemas para aceptarlo.

Lo sentí acercarse, pero se detuvo justo detrás. No se acercó, aunque podía sentirlo.

—¿Recuerdas la fiesta de las sirenas? —preguntó.

—¿Cómo podía olvidarla?

Las muy insensatas organizaron una fiesta para todos los seres sobrenaturales. La idea era ver lo bueno del otro, de trabajar juntos porque ellas estaban hartas de vivir en la sombra. Querían ser libres. Querían fama luego de que un humano lograra grabar un video de una sirena que se volvió viral.

Fue caos total a pesar de los juramentos de sangre que todos tomaron antes de acudir y a pesar de todos los hechizos que usaron para borrar la agresividad de todos los participantes.

Pues no hubo agresividad.

Cada raza si no lucha hace el amor y es justo lo que ocurrió esa noche. Una orgia de la que aún se hablaba. Una que en lugar de allanar el camino hacia una convivencia bonita trajo más odio y luchas.

—Te vi antes de que empezara todo —dijo Kole en su voz grave—. Con tu vestido verde agua a través de cual podía ver el tanga brillante. Caminaste a través de la sala mirando a uno y a otro tan regía como una reina. Quise cogerte en ese mismo momento, llevarte a mi casa y atarte a mi cama. Me hervía la sangre de deseo.

—Recuerdo sentir algo extraño —murmuré frunciendo el ceño.

Tomé eso como una advertencia y me marché de ahí pronto. Me gustaría decir que hubiera resistido al encanto de Kole, pero sé que no sería capaz. No me gustaba, pero era tan guapo que hubiera sido imposible rechazarlo.

—Te marchaste y yo te lo permití porque aún pensaba que era mala idea. ¿Tú y yo? No era posible, íbamos a matarnos en menos de veinticuatro horas. Así que esperé el momento adecuado.

—Y de alguna manera has conseguido que te odiara —dije.

Se me ponía el pelo de punta cada vez que escuchaba su nombre. Fantaseaba con matarlo con mis propias manos, con sacar sus órganos y guardarlos en vasos como los antiguos egipcios.

—Del amor al odio hay un solo paso, hada.

—Eso es lo que me preocupa, Kole, ¿cuánto tiempo tardaremos en pasar del amor al odio?

—Nunca pasará, me encargaré de ello.

Los monstruos podían hacer muchas cosas, pero milagros nunca. Decían que la esperanza era lo último que se perdía y yo decidí tener todas las esperanzas del mundo.

Después de un beso largo Kole se preparó algo para cenar. Un buen filete de ternera a la plancha con patatas al horno. Yo disfruté de mi copa de vino frío y dulce mientras lo miraba divertida.

No cocinaba. Nunca. Ni siquiera tenía una cocina, solo una despensa a tope con mi comida favorita. Miel. Tarros y tarros de miel. De azahar, de brezo, de lavanda, de tomillo.

Los monstruos, vale, no eran exactamente monstruos. Todos los llamaban así porque su nombre era imposible de decir y, además, eran una mezcla de ogro y arpía. Sí, nadie sabía exactamente cómo ocurrió ese hecho porque las arpías nunca, pero nunca hubieran cedido ante el inexistente encanto de los ogros.

Nunca los había visto comer, en la batalla no cuenta porque ahí pasa de todo y yo no soy quién para hablar ya que más de una vez he vuelto a casa con miembros y partes de cuerpo que no me pertenecían.

Pero en su forma humana comían lo normal. Filete y patatas.

—Aditivos, antibióticos, hormonas —le dije a Kole viendo cómo se estaba preparando para tomar el primer bocado de su filete—. Eso es lo que estás comiendo.

No, mis palabras no le detuvieron. Masticó como si fuera el mejor de los manjares. Bueno, era mitad ogro y estos solían comer humanos así que algo parecido a la carne era suficientemente bueno para él.

—Tengo una finca en Montana y sé muy bien lo que estoy comiendo —declaró Kole.

—¿Una finca? —pregunté sorprendida.

El mundo de los humanos era como un patio donde salir de juerga, donde luchar o corromper a los débiles y no había necesidad alguna de tener nada en propiedad. Ni casas, ni coches y de ninguna manera, fincas.

—Nuestro reino no es como el vuestro, hada. Es oscuridad, malicia, violencia. Los humanos se parecen más de lo que piensan a nosotros, pero su mundo es bonito. Aire fresco, sol, playa, océanos. Llevo viviendo aquí muchos años y he logrado reunir una fortuna...

—¿Legalmente? —le interrumpí.

—Nena, soy un monstruo, esa palabra no existe en mi vocabulario. Además, no hay ningún humano en la Tierra que haya hecho fortuna legalmente.

—Algunos sí —espeté, sin saber muy bien por qué defendía a los humanos.

Los ricos eran las personas más odiosas que había tenido la mala suerte de conocer. Y yo sí los conocía porque podía verlos de verdad, podía ver dentro de su alma podrida. Algo extraño les ocurría a los humanos cuando se convertían en millonarios, su alma se volvía negra y nada y nadie podía traerlos un poco de luz y empatía.

Las donaciones a las organizaciones de caridad eran tan falsas como sus sonrisas. Los más ricos del mundo podían cambiar la vida de todo el planeta, tenían el poder y el dinero. ¿Lo hacían? No, por alguna razón les gustaba acumular riquezas como si tuvieran diez vidas.

No las tenían. Iban a morir igual que cualquier humano que caminaba en la Tierra.

Eran mortales, meros mortales.

Había alguno que se dedicaba la vida a ayudar a los demás, pero eran pocos. Muy pocos.

—Quiero vivir aquí, hada, o por lo menos pasar un tiempo aquí. Piensa en eso —continuó Kole.

—Soy hada, pero ese no es mi nombre —dije, de repente sintiéndome enfadada.

¿Acaso el reino no era suficientemente bueno para él?

—Zia, mi hada perfecta. Tu mundo es increíblemente hermoso o eso es lo que he oído, pero también me gusta este. Tengo una vida aquí.

—Ya veremos —murmuré.

Nunca tomaba decisiones importantes sin pensarlo bien antes y especialmente las que no me gustaban nada cuando las escuchaba por primera vez. Definitivamente, no me gustaba vivir una temporada en el mundo de los humanos.

Kole me sonrió antes de volver a su filete. Luego dejamos todo donde estaba, platos sobre la mesa, encimera llena de trastos, y volvimos al dormitorio. Dormimos, poco, pero dormimos.

Cuando salió el sol estaba despierta, me había duchado y estaba preparada para un nuevo día. Me sentía con más fuerzas que nunca y no tenía ninguna duda sobre la lucha contra Los Otros.

Las hadas iban a ganar, la nueva reina iba a nacer sana y salva.

Y mientras tanto yo iba a disfrutar de mi recién encontrado compañero. El destino me estaba sonriendo.

O eso pensaba yo antes de bajar a la cocina y encontrarme a Kole con una mujer en sus brazos.

—¿Cómo puedes ser tan cabrón? —grité.

La relación de los compañeros de vida era justamente eso, de por vida. Una vida de amor, comprensión y fidelidad.

Y Kole la rompió.

Capítulo 13

Lena

No estaba preparada para el siguiente día, pero de todos modos llegó. La parte buena fue que estaba en la cama con Zane, en sus brazos y a él no le importaba mi aliento mañanero.

Me hizo el amor y sí, no pensé en lo que nos esperaba. Aunque lo hice después y tengo que decir que me sentía bastante segura de que todo iba a salir bien.

Luego llegó Zia y toda mi confianza voló por la ventana.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Zane.

—Ese hijo de puta, idiota, cabrón —gritó ella caminando de un lado al otro en el salón.

Empecé a temer por mi vida cuando la vi coger un jarrón, pero no. Lo tiró hacia la ventana y ahora Zane tenía que cambiar el cristal que se había roto en pedazos que volaron por toda la habitación.

Entre jarrones voladores, cristales rotos y agujeros en la pared entendí que el cabrón era Kole. Que la había engañado y no entendía cómo lo había logrado en tan poco tiempo.

Entendí menos cuando él apareció en la puerta del salón. No había llamado a la puerta y eso era algo que no me gustaba nada.

—¡Zia, para ya! —ordenó él.

La respuesta de ella fue un cojín que por desgracia cayó a los pies de Kole.

—Vale, puedo parar un momento para escuchar tu patética excusa. A ver, dime, ¿no es lo que parece? ¿Hay una buena razón por la que estabas abrazando a otra mujer? —dijo Zia mientras se sentaba en un sillón que había sobrevivido a su crisis de furia.

—Su nombre es Victoria, su familia lleva tres generaciones trabajando para mí y sí, la estaba abrazando porque estaba feliz por ella y por su marido. Por fin han conseguido un embarazo, después de cinco abortos y un bebé que vivió solo diez minutos. Ahora su alegría está empañada por ti, porque piensa que me ha arruinado la relación con la primera mujer que he traído a mi casa. ¿Qué te parece esta excusa, hada?

Zia estaba callada.

El silencio era tanto que incluso podía escuchar mi propio corazón. Y siguió porque por lo que estaba viendo esta hada no sabía cómo disculparse.

El tiempo pasaba y nadie decía nada.

—¿Crees que Los Otros morirán de vejez mientras esperamos a que estos dos arreglen lo suyo? —le pregunté a Zane.

—Lo siento. Son dos palabras, hada —dijo Kole, pero Zia no abrió la boca—. Podría pedirte más por no confiar en mí, por pensar que...

—¿Que eres igual que todos los machos? —le interrumpió Zia.

—Oh, Dios —susurré.

Esto nunca iba a terminar. Mi hija nacerá en esta habitación, celebraremos su primer cumpleaños justo aquí. En silencio.

Afortunadamente, Andrea llegó (sin llamar, pero me imaginé que tenía una llave) y solo necesitó un instante para darse cuenta de lo que estaba pasando.

—Oh, Zia, ¿ya la has jodido? —espetó.

Zia no contestó y Andrea suspiró, luego miró a Kole.

—Mi hermana es la mejor hada, es honesta, es una gran luchadora, es inteligente y divertida, pero no pide perdón. Nunca. Ni siquiera cuando se ha equivocado. Prefiere cortarse la lengua a pedir disculpas. Una vez pasó seis meses en el calabazo por ofender a la reina y estaba a un paso de perder la cabeza, pero la perdonaron.

Kole miró a Zia y de alguna manera supe que él iba a ceder. No sé, había algo en sus ojos que me llevaba a creer que él le perdonaría a ella muchas cosas.

Y tenía razón. Se acercó al sillón de Zia y se detuvo cuando sus piernas tocaron las rodillas de ella. No recibió nada más que silencio y una mirada desafiante de parte de ella.

Entonces Kole alargó la mano y con un solo dedo acarició los labios de Zia.

—Lo siento —dijo Kole y casi me dio algo al escucharlo.

Él no había cometido ningún error, abrazar a una amiga para felicitarla en una ocasión especial no era un crimen excepto si los dos habían acordado con antelación que no se podía.

Más silencio de parte de Zia.

—Lo siento, hada, por ponerte en la situación de hacer algo que no harías ni siquiera si tu vida dependiera de ello. No volverá a pasar —dijo Kole.

Ella esbozó una pequeña sonrisa, pero desapareció en cuanto escuchó las siguientes palabras de Kole: —Ahora ponte de pie, dame un beso de verdad para hacer las paces.

Beso no le dio, aunque sí intentó darle una patada entre las piernas. Afortunadamente, Kole era rápido y logró evitar el golpe. Maldijo, se inclinó sobre ella y desaparecieron en el aire.

—¡Diablos! Había olvidado que divertida era la vida con Zia —dijo Andrea.

—¿Divertida, madre? —preguntó Zane.

—Sí, hijo, sí. ¿Habéis desayunado? Yo no, tu padre tenía una reunión y me preparó un café como a él le gusta. En serio, no puedo entender cómo es que después de cuarenta años juntos este hombre no es capaz de recordar que mi café me gusta dulce. Dos cucharaditas de azúcar moreno, una pizca de canela y un poco de leche.

Andrea se fue hacia la cocina despotricando sobre su marido y me pregunté si Zane había heredado la mala memoria de su padre.

Me miró sonriendo y me cogió la mano. Juntos empezamos a caminar hacia la cocina.

—Tenía seis años cuando le dije a mi padre que podía apuntarle en un papel cómo tomaba mi madre el café —dijo Zane en voz baja—. Me dijo que no hacía falta, que lo sabía perfectamente, pero que quería comprobar algo.

—¿Qué? ¿Cuánto tiempo tardaría ella en lanzarle a la cabeza el café?

—No, cuando dejará de amarlo. Mi padre piensa que el amor está en los pequeños detalles, en el día a día, en ignorar los defectos del otro, en no ver lo que hace mal, y cuando uno pierde la paciencia y explota por algo que antes no le había molestado es cuando el amor ha desaparecido. Es su alarma, jodida alarma, pero cree que funciona y estoy empezando a creerlo también.

—Jodido es poco, Zane.

Nos detuvimos en la puerta de la cocina y miramos dentro. Andrea estaba preparando el desayuno y por lo que estaba viendo sobre la encimera diría que íbamos a esperar mucho tiempo. Tenía una bandeja de horno, harina, huevos, manzanas.

—He escuchado a mi madre toda la vida quejándose del café, pero mírala, está preparando para desayunar el bizcocho favorito de mi padre y sé que cuando se marchará se irá a su oficina para llevarle un trozo para almorzar. Su amor es así y funciona —dijo Zane.

—¿Tu padre sabe que ella es un hada? —pregunté y pensaba que lo había hecho en voz

baja, pero no.

Andrea me contestó: —Sabe que guardo un secreto, que hice un gran sacrificio para estar con él.

Ella siguió con la preparación del desayuno mientras Zane llenaba tres tazas de café y yo, sentada en un taburete, escuchaba sonriendo la historia de como un hada conoció a un hombre del que se enamoró perdidamente.

Las historias de amor eran mi debilidad, especialmente las verdaderas. Aunque sí, nunca decía que no a una buena película romántica.

El bizcocho estaba listo para comer cuando Zia y Kole aparecieron. Él iba sonriendo y ella no, pero sus ojos reflejaban su buen humor.

—Quiero detalles, Zia —le dijo Andrea.

—Yo no —gruñó Zane.

Se sentaron, Kole en una silla y Zia en su regazo. Me parecían muy monos y la verdad casi había olvidado que Kole era un monstruo igual a los de mi pesadilla. Él no podía ser tan malo, nadie podía serlo, teniendo en cuenta la manera en la que miraba a Zia.

Como si fuera su vida. Como si diera su vida por la de ella.

¿Los monstruos eran capaces de amar? Los de los cuentos que había leído yo no.

Desayunamos y la conversación fue de una cosa a otra, cosas sin importancia, historias sobre alguno de los amigos de Andrea que llevaba años sin saber de ellos, sobre los líos en los que se había metido Zia en los últimos años.

Verás, el día que Andrea renunció a sus alas se le prohibió contactar a las hadas, incluso si las veía debía ignorarlas. No obstante, esa prohibición ya estaba levantada porque Andrea era la abuela de la próxima reina.

También existía la posibilidad de morir todos así que a nadie le importaban las reglas. Ya no.

Cuando terminamos de desayunar pasamos a lo que nos había llevado a esta reunión.

—Hay una solución, es la más segura —dijo Kole y ya sabía que no iba a gustarme porque vi a Zia poner los ojos en blanco—. Lena y Zane deberían ir al Reino de las Hadas. Nadie los puede hacer daño ahí.

—Tampoco podrán volver. Jamás —añadió Andrea.

—Ok, entonces la segunda opción es un bunker bajo el hielo de Antártida. No es tan impenetrable como el Reino de las Hadas y tampoco tiene tantas guerreras preparadas para dar la vida por Lena, pero servirá.

La mano de Zane se deslizó sobre mis hombros y me acercó a su cuerpo. Luego me preguntó suavemente: —¿Qué quieres hacer, Lena?

Lo que yo quería no estaba entre las dos opciones de Kole, ni siquiera era posible. ¿O sí?

—¿No tenéis ninguna manera de volver en el tiempo y cambiar el pasado? —pregunté.

—No, el destino está escrito para cada uno de nosotros, humano, hada u otra criatura. Podemos cambiarlo con nuestras elecciones, pero el final es el mismo y si estás predestinado como tú a hacer algo importante no hay manera de cambiarlo. Ya no. Tu oportunidad de librarte de tu destino ya no existe, la tuviste antes de llevar en tu vientre a la futura reina —dijo Zia.

—¿Llevar? ¿De qué estás hablando? Yo no estoy embarazada.

Que no. Miré a Zane que parecía sorprendido, aunque no tanto como yo. Utilizamos protección, no había ninguna posibilidad de estar embarazada y definitivamente no tan pronto. Era posible quedarte la primera vez, pero se necesitaban por lo menos dos semanas antes de comprobarlo.

—Sí, Lena, estás embarazada —dijo Andrea.

—Que te digo que no —espeté.

Ella me miró, su expresión comprensiva y suave.

—Estás brillando, Lena, tu aura brilla tanto como el sol —dijo ella.

—Y hueles —añadió Kole.

—¿Qué? —exclamé horrorizada.

—¡Kole! —espetó Zia, dándole un codazo en las costillas—. No puedes decirle eso.

—No lo he dicho como si fuera malo, huele a bizcocho de fresa recién horneado —explicó Kole.

Lo que se guardó Kole, pero lo intuía es que le encantaría darme un mordisco. El escalofrío que me recorrió hizo que Zane me presionara más contra su cuerpo.

—¡Jesús! —gruñó Zane.

—Kole es mitad ogro y todos sabemos que su comida favorita eran los niños —dijo Zia.

—¡Zia! —exclamó Andrea.

—¿Por qué no seguimos con nuestra conversación? Cuanto más pronto terminamos más pronto os marchareis de mi casa —dijo Zane.

—Muy bien, ¿qué será, Lena? ¿Reino de las Hadas o en bunker? —preguntó Kole.

—Por ahora, este mismo lugar. No puedo tomar una decisión tan importante en minutos. Necesito pensar —dije.

—Ok, volveremos por la tarde, pero antes haré unos hechizos de protección a la casa y estaréis bien por un tiempo —dijo Zia.

Entonces se levantó y junto a Andrea se marcharon. Kole se quedó y yo también, aunque Zane tuvo que contestar a la llamada de uno de sus clientes.

Aproveché para decirle a Kole: —Conocí a Zia en una pesadilla que al parecer no fue una pesadilla.

—Sí, la mayoría de las criaturas tienen el poder de llevarte a su mundo mientras estás durmiendo —dijo.

—Había dos como tú —dije en voz baja y Kole asintió—. Pude ver lo que querían hacerme, vi que daba a luz a un monstruo.

Kole sonrió: —A ver, solo una mujer especial puede dar a luz a la reina de las hadas, ¿me entiendes? Eres especial, Lena, tanto que lo que vale para las hadas también vale para el elegido de los monstruos. Si hubieran llegado antes que Zane ahora estarías llevando en tu vientre un monstruo y no un hada.

Qué maravilla de destino. La madre de un hada o de un engendro del mal.

—He tenido suerte, si no hubiera sido por Zia...

—Ya no importa —dijo Kole.

Pues sí.

Kole se marchó y como Zane seguía en su despacho subí al dormitorio.

Un móvil estaba sonando en alguna parte y me di cuenta de que era el mío. Dejé de sonar en los tres minutos que tardé en encontrarlo. Tenía diez llamadas perdidas de mi madre, más que en toda mi vida.

Andrea dijo que si nos íbamos al Reino de las Hadas nunca más podríamos volver y estaba dudando, parte de mis dudas tenían que ver con mi madre.

La había notado rara. Me ha prestado más atención ahora que en toda mi vida. Y mejor no hablar de su comportamiento durante mi coma. Sí, los recuerdos de mis años de fantasma volvieron poco a poco.

No entendía el cambio de mi madre, pero me gustaba y me gustaría tener una buena relación con mi madre, una abuela para mi hija. Pero no era posible.

—¿Estás bien, Lena? —preguntó Zane.

Asentí y enseguida sacudí la cabeza.

Vino y se sentó a mi lado. Estaba en la terraza de su dormitorio, un espacio que no tenía mucho sentido. Tenía un jardín enorme y bonito abajo, ¿para qué necesitaba una terraza aquí arriba?

Aunque el sofá era cómodo y suficientemente grande para los dos.

—¿Qué te está preocupando?

Resoplé: —¿Qué no me está preocupando, Zane? Hace días que desperté de un coma que duró años, todos los planes que tenía para mi vida desaparecieron. Quería trabajar para el mejor bufete de abogados durante cinco años, luego buscarme un lugar en la fiscalía y de ahí a los tribunales. Los abogados pueden lograr muchas cosas, pero los jueces son mejores. Y ahora eso ya no es una posibilidad.

—Entiendo —murmuró él.

—No, creo que no lo entiendes. ¿Crees que quería hijos? Eventualmente sí, con la persona adecuada, al momento adecuado, preferiblemente al final de los cinco años en el bufete y antes de trabajar para la fiscalía. Un niño, tal vez dos. Nunca pensé que me quedaría embarazada en la primera noche y no, no estoy diciendo que no eres la persona adecuada...

—¿Seguro?

—Calla, sabes muy bien que eres el hombre perfecto para la mayoría de las mujeres. Guapo, rico, inteligente, divertido. El único problema es tu madre —dije.

Zane se echó a reír y menos mal que no se sentía ofendido porque no era esa mi intención.

—Un hada, Zane. No sé por qué tengo la impresión de que de alguna manera estamos conectados, de que nada de eso hubiera ocurrido si no fuera por Andrea.

Obvio, si ella se hubiera quedado en el Reino de las Hadas no hubiera conocido a Quinn, Zane no hubiera existido.

—No podemos cambiar nada ahora, solo aceptar lo que sea que el destino nos haya preparado y disfrutar, ¿no crees?

—¿Tú no te das cuenta de lo qué está pasando aquí? Estoy embarazada, ni siquiera tuvimos tiempo de conocernos bien, ni de nada. ¿Cómo vamos a pasar el resto de nuestras vidas juntos? —pregunté.

—Estás asustada —dijo Zane.

—Sí, y ahora me doy cuenta de que tú no. Tú estás bastante relajado y has aceptado la situación sin hacer muchas preguntas o poner pegas, ¿por qué, Zane?

Zane se puso de pie y se acercó a la barandilla. Miró algo durante unos momentos y luego se dio la vuelta, aunque no volvió a sentarse a mi lado. Se apoyó contra una de las columnas de madera de la terraza.

—A los ocho años mi padre me compró una bicicleta, era la mejor, la más rápida, la que tenían todos los niños del barrio. Mi madre se había negado a hacerlo porque pensaba que no estaba preparado, ese tipo de bicicleta era para niños mayores. Y tenía razón. La primera vez que fui a dar una vuelta acabé en el fondo de un barranco, quería saltar al otro lado, de hecho, estaba seguro de que iba a conseguirlo. Los paramédicos intentaron reanimarme durante media hora y después estuve un mes en el hospital, pero es entonces cuando conocí a Zia. Ya sabes lo que dicen sobre la muerte, lo del túnel de luz, pues yo iba caminando feliz de la vida hacia la luz

cuando ella apareció, me cogió de la mano y me llamó tonto. Que no había llegado mi momento y que si mi madre decía algo había que obedecer.

Sonreí. Kole siguió hablando.

—Me mostró lo que pasaría si yo moría, lo que perdería. Tú, Lena. Te perdería a ti y una vida llena de felicidad, amor y risas. Cuando te vi por primera vez pensé: por fin. Luego me di cuenta de que estabas en coma y que debía esperar, pero no pude mantenerme alejado.

—Bueno, un tiempo sí que estuviste desaparecido —murmuré.

—Estaba impaciente y enfadado conmigo mismo por no poder ayudar, intentaba encontrar la manera de conectar a Zia que obviamente, no dejó un número de teléfono para llamar en casos de emergencia. Mi plan no era este, no quería un bebé tan pronto y tampoco tener que tomar una decisión tan importante sobre nuestro futuro, pero es lo que es. Estamos juntos y todo saldrá bien.

De que todo saldrá bien no tenía dudas, ya lo había visto. No obstante, había tanto que no entendía. ¿Por qué yo? ¿Por qué teníamos que marcharnos?

—El Reino de las Hadas suena bien, pero no quiero irme, Zane. Todavía no estoy preparada para renunciar a mi vida, a mis sueños.

—Entonces nos quedamos —declaró Zane.

Y como si el universo nos quería hacer saber lo que pensaba sobre nuestra decisión, el cielo se cubrió de nubes negras. Pasó en un instante, ni siquiera tuve tiempo a ponerme de pie. Luego llegaron los rayos y los truenos.

—Hay que ir adentro —dijo Zane.

Entramos, pero eché un último vistazo y ahí, al borde del muro que rodeaba la propiedad de Zane, los vi. Grandes, feos, aterradores. Los Otros. Esperando, buscando una brecha en el hechizo de protección de Zia para poder entrar.

—La próxima vez le pediré el número a tu tía —murmuré.

Zane cerró la puerta y presionó un botón. Enseguida las ventanas se oscurecieron.

—Persianas antibalas, veremos si funcionan anti-monstruos —dijo Zane.

—¿Antibalas?

—No quieres saber —dijo Zia entrando en el dormitorio como si estuviera en su casa.

Lo que no quería saber era lo que estaba ocurriendo fuera, pero de todos modos pregunté y la respuesta de Zia fue la misma, aunque luego añadió: —Kole se está encargando.

—¿Kole? ¿Solo? —exclamé.

—Sí, ¿acaso dudas de su poder? —preguntó sorprendida Zia—. Esto mejor que se quede entre nosotros porque él nunca se recuperara de este duro golpe a su ego.

Su ego era lo que menos me importaba ahora.

Su vida sí.

Nuestras vidas también.

Capítulo 14

Lena

Veinte horas.

Llevábamos veinte horas encerrados en casa de Zane, persianas bajadas y puertas cerradas a cal y canto. Después de las primeras cinco horas de escuchar los ruidos de la lucha, Zane me llevó a su habitación segura que era un espacio pequeño al que llegamos a través de un pasadizo secreto.

Entramos por una puerta al fondo de su armario y bajamos escaleras durante unos cinco minutos. Luego Zane abrió una puerta como las que tenían los bancos para proteger su dinero.

El espacio era pequeño, pero suficiente para dos personas o incluso tres. Había un colchón en un rincón, una nevera portátil con botellas de agua y snacks. No estaba mal y durante unas horas estuve bastante entretenida porque Zane logró mantenerme ocupada haciéndome el amor.

Luego eché una siesta y me desperté justo a tiempo para ver a Zane mirar una pantalla que no tenía ninguna idea de donde había salido. De la pared porque no había otra opción.

Bueno, lo importante era lo que ocurría en las pantallas. Una escena de lucha como había visto solo una vez en mi vida, en una de las películas de terror que le gustaban a mi hermano.

Había tanta sangre que era difícil darse cuenta quién era quién. No sabía si era un bando o dos, aunque sí pude distinguir otras criaturas mucho más pequeñas que los monstruos que había visto la primera vez.

Y los pequeños, vaya por Dios, eran igual de crueles y sedientos de sangre como los grandes. Iban mordiendo, saltando de uno a otro, lanzándose unos a los otros miembros y partes de cuerpo como si fueran trofeos de guerra.

—¡Oh, no! —exclamé cuando vi aparecer a Zia en el medio de la batalla.

No estaba sola, la rodeaban otras hadas, aunque ella era la única que tenía el tamaño de un humano. Una de las hadas gritó y su grito fue tan fuerte que todos pararon.

—Esto acaba aquí y ahora —dijo una de las hadas, la que llevaba un vestido dorado y una diadema de flores amarillas sobre la cabeza.

Uno de los monstruos dejó caer a un duende sin cabeza al suelo y al erguirse quedó a la misma altura del hada que iba flotando en el aire.

—Creo que no, reina —gruñó, la palabra reina dicha con mucho asco.

—Admite que has perdido esta guerra, Astor. Nosotros hemos ganado, los humanos han ganado. Vuelve a tu mundo —dijo la reina.

El monstruo, Astor, le mostró sus dientes grandes y manchados de sangre. La reina no se inmutó.

—No he perdido nada y la guerra no ha terminado, terminará con la muerte de esa humana y vuestra futura reina. Entonces todo esto será mío. Yo seré el rey del universo.

En el preciso instante en el que pronunció la o de universo una flecha se le clavó en el ojo.

La reina giró la cabeza hacia atrás y nosotros no podíamos ver a quién estaba mirando, pero pudimos leer en la expresión del hada que no estaba nada contenta con la interrupción.

—¿Apuestas a qué fue Zia? —le pregunté a Zane.

—Hey, no sabía que te habías despertado —dijo abriendo los brazos.

Me acurruqué en su regazo y dije: —No puedo creer que eso está pasando en tu jardín.

—Ya. Mi madre llamó porque al parecer el escudo de protección de Zia está fallando, la gente escucha ruidos extraños y ve destellos de luz. Los vecinos han llamado la policía, están ahí fuera dando vueltas, buscando lo que ellos piensan que es alguna fiesta de adolescentes.

—¿Crees que acabará pronto?

—No lo sé —respondió Zane.

En la pantalla no había ocurrido nada más, la reina estaba mirando a Astor que seguía con la flecha clavada en el ojo.

Menudo aguante tenía esta criatura.

—¿Por qué no tomamos un respiro? —propuso la reina—. Ya sabes, para reponer fuerzas.

No pensaba que fuera a funcionar, pero Astor soltó un grito y todos los monstruos empezaron a saltar el muro. Pronto quedaron los cadáveres y las hadas que iban comprobando por si alguien seguía con vida.

Tocaban un cuerpo, de monstruo, de duende o de alguna de las suyas, y si ya no tenían vida los hacían desaparecer. Si todavía había esperanza entonces la reina o Zia se acercaba para curarlas.

—Creo que es seguro salir —dijo Zane.

Es lo que hicimos.

Nos reunimos con Zia en el salón porque ni loca iba a salir al jardín donde todo estaba cubierto de cadáveres y sangre.

—Eso fue divertido —dijo ella.

Zane la miró. Yo la miré. Kole la miró, pero la que la regañó fue la reina que llegó y tomó asiento en el sofá. Sin invitación, sin pedir permiso.

Reina o no eso era de muy mala educación. No sé por qué me molestaba tanto que todo el mundo entrara como si esta fuera su casa.

Puertas, cerrojos, timbre. Los habían inventado para algo, ¿no?

—Zia —dijo la reina y su voz era dura—. Este es un asunto de vida y muerte, el futuro de nuestra raza depende de esta guerra.

—No habrá ningún problema, ganaremos esta guerra y todas las que vendrán. Lo que yo no entiendo es por qué la falta de confianza, ¿acaso cree que no podemos vencerlos? —preguntó Zia.

No conocía a la reina y tampoco se me daba bien leer a las personas (bueno, hadas) pero su rostro en blanco decía mucho.

Se puso de pie y ordenó: —La quiero en el Reino. Sin demora.

Luego se marchó mientras Zia le ponía los ojos en blanco. O esta hada tenía más poder de lo que pensaba o era tonta por mofarse de la reina.

—Bueno, creo que esto fue suficiente por hoy, ¿no? —dijo Zia.

¿Hoy? Era suficiente para una vida entera. Aunque vi a Kole preparándose para hablar y dije: —No, mejor no digas nada. Iré, no importa donde, mientras todos estén a salvo. Ya no quiero más muertes.

Luego miré a Zane.

—Iré y entenderé si no quieres venir conmigo. Diablos, yo tampoco quiero ir, pero hay que hacerlo.

Entonces Zane cogió mi mano y la presionó contra su corazón.

—Donde vas tú yo también iré —declaró.

Y con eso empezó lo que iba a ser mis últimos momentos en el mundo que yo conocía. Obviamente, tenía mucho miedo y pena.

∞∞∞∞

—¿Sabes? Una vez que haya nacido la niña podrán volver —dijo Zia.

Estábamos en el coche de Zane de camino a la casa de mis padres. Quería despedirme de ellos, aunque también podía llamar, pero sentía que era lo que debía hacer.

Zane iba conduciendo, Kole iba delante y Zia atrás, a mi lado. Por protección mía, obviamente.

Llegamos y me quedé en el coche mientras Zia desaparecía para echar un vistazo y también un hechizo. Cuando volvió tenía el ceño fruncido. Cambio unas palabras en voz baja con Kole y luego dijo que podía bajar.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté.

—Nada —respondió Zia.

Zane iba a mi lado, su mano sobre mi cintura y a él tampoco le convenció la respuesta de Zia.

Apresuré el paso hacia la entrada porque quería terminar pronto con este miedo y esta incertidumbre.

Mi padre abrió la puerta y se sorprendió al vernos, definitivamente no nos esperaba. No obstante, nos saludó y nos invitó a pasar. Antes de llegar al salón me di cuenta de que tenían invitados.

Bueno, invitados. Natalie y Gerard estaban aquí.

Mis intestinos se retorcieron, mi piel quemó como si me hubieran picado miles de abejas y el corazón latía tanto que pensaba que iba a salir de mi pecho.

Algo no estaba bien aquí.

Bueno, nunca pasaba nada bueno cuando Natalie me sonreía de esa manera. Aunque mi madre tenía los ojos rojos. Había llorado, nada nuevo ahí porque mi querida hermana tenía ese súper poder. Provocaba el llanto de todas las personas que se cruzaban en su camino.

Yo era la siguiente en su lista.

—Hermano —dijo Gerard poniéndose de pie y Natalie hizo un espectáculo de no querer soltar su mano, como si estuviera al borde de un precipicio a un paso de morir si él no la cogía.

Zane se acercó a Gerard y le dio un abrazo.

No habíamos hablado sobre ellos dos, si se llevaban bien o no. Por lo que estaba viendo podía decir que sí, aunque pronto esa buena relación se iba a ir a la mierda y no solo porque nosotros nos íbamos a vivir con las hadas.

—¿Alguien quiere tomar algo? —preguntó mi madre.

—No, gracias, Violet. Tenemos un poco de prisa —respondió Zane.

—¿Tenemos? —espetó Natalie—. No me había dado cuenta de que habías conocido a mi hermana, Zane. Además, veo que habéis congeniado muy rápido.

—Ocurrió lo mismo contigo y con Gerard, ¿no hermanita? Amor a primera vista, eso dijiste —dije sonriendo porque si Natalie odiaba algo era verme sonreír, a mí y a otras personas.

Cuanto más miserable se sentía una persona mejor se sentía ella. Si no hubiera crecido con ella tendría dudas sobre su humanidad porque en serio, podía ser perfectamente uno de esos

monstruos.

—Sí, justo eso —murmuró Natalie.

—Si nadie quiere tomar nada tal vez puedes hablar ahora con tu hermana, Natalie —dijo mi madre.

Gerard apretó la mano de Natalie. Incluso puso su brazo sobre sus hombros, acercándola a su cuerpo.

Yo me preparé porque no tenía buena pinta, aunque ya no tenía miedo como antes (miedo a lo que ella hubiera inventado para arruinarme la vida). Ahora me sentía segura de mí misma. Y de Zane, aunque ahí dudaba un poco porque él tendría que elegir entre apoyarme a mí o a su hermano.

—Oh, no sé, mamá —dijo Natalie, dejando caer dos lágrimas. Dos. Una en cada mejilla.

¡Dios! La mujer debía estar en Hollywood, era tan buena actriz que no tenía que esforzarse para nada. Se llevaría todos los premios en la gala de los Oscar.

—Sé lo que quiere decir —escuché la voz de Zia.

No podía verla, ni yo ni nadie. Tampoco podía hablar con ella sin parecerse que había perdido la mente.

—La audacia de esta mujer es increíble —continuó ella—. Mira, te lo voy a decir ya porque no aguanto más este espectáculo. No entiendo cómo alguien puede creerse esa cara tan triste. Ahora o dos mil años más tarde te dirá que ha perdido el bebé que estaba llevando, ese que tanta ilusión les hacía a los dos y bla, bla, bla.

Y sí, dos segundos después Natalie dijo exactamente lo mismo y luego más.

—Tuvieron que practicar una histerectomía. Nunca podré tener hijos. Nunca.

Según mi querida hermana, eso había ocurrido el día después de la boda. Ni siquiera pudieron disfrutar de la luna de miel porque se estaba recuperando de la cirugía.

Claro, como si ella fuera una súper mujer y con dos días en la cama ya estaría mejor cuando el resto de las mujeres pasan siete días en el hospital y luego otros dos meses guardando reposo.

Gerard no dudaba de ella, el muy tonto estaba enamorado.

Mi madre, aunque ella también era mujer, había vuelto a creer ciegamente en la palabra de Natalie.

Y mi padre, bueno, él estaba callado porque, al fin y al cabo, era médico, debía saber que algo no cuadraba en la historia de ella. Por qué no decía nada era lo que me hubiera gustado saber.

—Lo siento —dije, aunque no se sentía correcto porque estaba segura de que ella estaba mintiendo y mis palabras solo le ayudaban a llevar la farsa adelante.

—Lena, tú puedes cumplir mi sueño de ser madre, el mío y de Gerard —dijo Natalie.

Y ahí estaba el truco, aunque no entendía muy bien a lo que se refería. No pregunté, simplemente la miré.

—Necesitamos un vientre. Necesitamos que lleves y des a luz a nuestro bebé.

Obviamente, me eché a reír. ¿Era mala persona por hacerlo? Seguramente sí.

—Os he dicho que no va a querer —se quejó ella, dejando caer más lágrimas de cocodrilo.

—Lena, no es la reacción que esperaba de ti —me regañó mi madre.

—Vamos a ver —dije mientras intentaba aguantar la risa—. Toda mi vida sufrí por su culpa y que nadie quiso hacer nada, que todos habéis elegido mirar hacia el otro lado es vuestro problema y me parece increíble que habéis pensado que iba a decir que sí. Es no. Hoy, mañana y

dentro de cinco años. Me dices que necesita un riñón para vivir y te diré que se ponga a la cola porque no le voy a dar uno de los míos y de ninguna manera voy a llevar a su hijo en mi vientre. Porque no quiero, no se lo merece y porque mi vientre está actualmente ocupado con el bebé de Zane.

No hubo nada más que silencio cuando terminé de hablar. Nada más que silencio y el horror que se reflejaba en el rostro de Natalie.

Oh, y odio. Nunca fui su persona favorita, bueno, lo era a la hora de torturar, así que estaba acostumbrada con ello. No obstante, hoy juro que la estaba mirando y estaba segura de que iba a abalanzarse sobre mí para cortarme el cuello o para sacar al bebé de mi vientre con las manos vacías.

El miedo hizo que diera un paso hacia atrás y Zane me apretó contra él. Escuché a Zia maldecir.

—¡Joder! Nos equivocamos, joder. Nos tenemos que marchar ya —dijo Zia.

Pero Natalie eligió ese momento para ponerse de pie y caminar hacia mí con los brazos abiertos.

—Me alegro por ti, por vosotros. Ven, quiero darte un abrazo —dijo.

Sí, claro.

Hubiera ido más rápido con un extraño que me ofrecía una piruleta para subir a su coche.

No quería sus manos sobre mí. De hecho, ni siquiera quería estar con ella en la misma habitación. Las sensaciones que me llegaban de ella no eran buenas.

Eran malvadas y sí, temía por mi vida y la de mi bebé.

Y no era la única que las sentía.

No se escuchó el timbre y nadie fue a abrir, por eso se sorprendieron cuando apareció Kole.

—Zane, es hora de marcharnos —dijo.

En ningún momento aparté la mirada de Natalie y una idea loca atravesó mi mente.

Ella lo sabía.

Todo.

Hadas. Criaturas sobrenaturales. Malvadas. Buenas.

—No solo eso —murmuró en mi oído Zia—. Ella es uno de ellos. Mírala, ¿ves cómo evita mirar a Kole?

¿Mi hermana era un monstruo?

¡Dios! Mi suegra un hada, mi hermana un monstruo y mi hija la reina de las hadas.

Oh, me sentía mal por no ser tan especial como todos ellos.

Mentira, me daba igual. Yo solo quería vivir. Tranquila. Feliz. Vivir en la bendita ignorancia.

—No, espera. Lena, necesito hablar contigo —dijo mi madre.

A eso había venido y tenía tantas cosas que decirle a mi madre, pero iba a marcharme sin decirlas porque una vez más, ella había elegido a Natalie.

—Te llamaré —dije, sin saber si estaba diciendo la verdad.

¿Había teléfonos en el Reino de las Hadas?

—Sí, las hay, pero no sé yo si deberías llamarla —dijo Zia.

No sabía por qué o cómo Zia era capaz de leer mis pensamientos, pero me gustaba tanto como su manía de aparecer en casas ajenas sin llamar al timbre.

Zane cogió mi mano, le sonreí a mi madre y algo en la mirada de mi padre me hizo soltar a Zane y caminar hasta él.

Le di un abrazo.

—¿Estarás bien? —susurró mi padre.

—Sí —murmuré de vuelta.

Luego volví al lado de Zane, pero cuando alargué la mano para coger la suya pasó lo que temía. Natalie me tocó, me agarró de la mano.

Y cuando la miré a los ojos vi la verdad. Vi su alma.

Negra, era tan negra como sospechaba.

—Esto no ha terminado, hermana —espetó.

Recordé mi visión, la de mi hija y le sonreí a Natalie con confianza, con mucha esperanza. No había nada más que felicidad en mi futuro.

—Oh, yo creo que sí, hermanita —dije soltándome de su agarre.

Y me marché. Con la mano sosteniendo la de Zane caminé fuera del salón dejando a Kole atrás. Solo él sabía a qué esperaba. Subimos al coche y Zia hizo su magnífica aparición, una nube de vapor brillante.

—Esa Natalie es una perra —murmuró sentándose en el asiento del conductor.

Puso en marcha el coche.

—¿No esperamos a Kole? —preguntó Zane.

—No, se queda para dejarle un mensaje a tu querida cuñada, pero tranquilos, ni los padres de Lena, ni tu hermano saldrán heridos y tampoco averiguarán que esa mujer es un monstruo.

Que suerte tenían algunos.

Capítulo 15

Lena

Había leído que las hadas vivían en ciudades subterráneas, construidas en rocas volcánicas. Decían que se encontraban en Capadocia en Turquía.

La mitología celtica decía que su mundo se llamaba Avalon, una isla legendaria donde el hada Morgana llevó a su hermano el Rey Arturo, herido de muerte en la batalla de Camlann, para mantenerlo dormido hasta que los tiempos permitan su regreso al mundo de los mortales.

Otros dicen que viven en un lugar mágico, un mundo complejo, con mucha mitología, secretos y una belleza muy especial. Su ubicación es la segunda estrella a la derecha, hacia Neverland y hacia el centro de la isla principal; entre las montañas más altas y a través de Neverland Falls.

Hay muchas leyendas sobre las hadas, historias y cuentos, pero nada me preparó para lo que me encontré al cruzar el portal.

Eh, sí, el portal que usaban todos para viajar al Reino de las Hadas. Era un viaje solo de ida como me había recordado Zia antes de atravesarlo.

Estaba en un bosque, a una hora de la ciudad y nunca me hubiera dado cuenta de que ahí existía algo así. Nadie se daría cuenta.

Era un claro normal y corriente, bonito, pero normal. Luego Zia murmuró unas palabras y la zona entre dos de los árboles más altos del claro se iluminó.

Era una luz brillante. Mágica.

—¿Estás seguro? —le pregunté a Zane.

—¿De si quiero darte unos azotes si vuelves a preguntarme lo mismo de nuevo? Absolutamente —dijo.

Y cruzamos.

Dejamos de estar en un bosque, una naturaleza que yo consideraba lo más precioso de la Tierra hasta ver lo que había el otro lado.

Naturaleza, sí, pero tan diferente que no podía describirla. Había árboles y vegetación, ríos y pájaros sobrevolando. Los colores eran más brillantes, los sonidos más bonitos.

Salimos en otra área de bosque, pero después de caminar unos pocos minutos vimos en el valle de abajo la ciudad.

De pequeña me gustaban los cuentos. De princesas, con castillos, con fortalezas. El país de las maravillas. Me gustaban todos, pero en ninguno encontré una ciudad parecida.

Las casas tenían formas diferentes. Algunas eran cuadradas, otras eran circulares, otras parecían una cueva y algunas estaban construidas en los troncos de los árboles. De madera, de rocas. Los colores eran alegres, nada de blanco normal y corriente, o gris.

Las calles eran de rocas de color gris y eran rectas. En cada esquina había una farola de cobre. Y bancos, había bancos a cada paso y flores en el alfeizar de las ventanas.

Era mágico, bonito y mágico.

—Bienvenidos al Reino de las Hadas —dijo Zia.

La seguimos en el pequeño camino hacia abajo y yo no aparté la mirada de la ciudad. Luego averigüé que Zane no apartó la mirada de mí.

No era un mal lugar donde pasar el resto de mi vida.

El sol brillaba, no había ninguna nube en el cielo, los pájaros cantaban.

Era un cuento. ¿A quién no le gustaría vivir en un cuento?

—Ten cuidado con lo que deseas, Lena. Cada cosa tiene una parte buena y una mala — dijo Zia.

—¿Y me lo dices ahora? Pensaba que este lugar era seguro para nosotros —espeté.

—Y lo es, pero como he dicho, no existe cuento sin un ogro o una madrastra malvada. Todo lo que estoy diciendo es que tengas cuidado, tentar la suerte nunca es buena idea.

Preferí no pensar en esta conversación. Aquí no ocurría nada malo, ni ahora ni nunca.

Zia nos llevó a una casita que estaba sobre una pequeña colina. Tenías que subir unas escaleras de madera para llegar a la puerta de color verde con un cristal de la forma más extraña que había visto.

Arriba tenía el tejado de madera con una farola en lo más alto, luego más abajo tenía una escalera que bajaba hasta una terraza circular. Del tejado a la terraza. No quería saber para que alguien necesitaba un acceso fácil al tejado.

—Esta es vuestra casa por ahora —dijo Zia—. Os acompañaría dentro, pero me espera la reina. Si necesitáis algo pueden decir mi voz en voz alta tres veces y ahí estaré.

—¿En serio? —pregunté.

—No —dijo alejándose. Riendo.

—A veces tengo dudas, ¿me gusta o no me gusta Zia? —murmuré viéndola caminar, más saltar que caminar, justo como hacían los niños pequeños.

—Creo que es cuestión de acostumbrarse —dijo Zane—. ¿Vamos a ver nuestra nueva casa?

Asentí y con su ayuda subí las escaleras.

No sé cuál era el proceso de conseguir una casa aquí, si se compraban o se construían, pero yo necesitaba otra. ¿Por qué? Torpe, las escaleras eran mi punto débil.

De pequeña tenía en permanencia los tobillos con moretones de donde me caía y de grande también. Bajarlas embarazada iba a ser un reto.

Zane abrió la puerta y se giró.

—No —dije en cuanto vi su mirada.

—Sí —dijo sonriendo.

Y fue sí. Me cogió en sus brazos y me llevó adentro.

Me quedé sin palabras.

El exterior de la casa parecía de cuentos, mágico y ya saben que todo eso me gustaba. Pero el interior, por Dios, el interior iba a llevarme a la locura más rápido de lo que tardarían Los Otros en matarme si me atrapaban.

Yo era una mujer sencilla en cuanto a decoración. Lo imprescindible y pocos detalles para animar un poco el espacio. Y Zane estaba más o menos por ahí.

Pero esto, esto era una tortura para mis ojos.

¿Sabes qué habían hecho? Traer la naturaleza dentro y cada pieza de mobiliario era una obra de arte. Bonita, impresionante, perfecta.

¿Todo junto? No.

Había un sofá hecho de troncos de madera con cojines en forma de margarita. La lámpara (una de las doce que había contado) era en forma de tulipán rosa. La alfombra frente a la chimenea (esa era mi parte favorita) se parecía un prado verde repleto de flores pequeñas y amarillas.

Había un juego de café sobre la mesa. Verde y naranja. El plato era una hoja y la taza estaba hecha como si fuera una flor. Bonito, pero me estaba matando.

—Esto es —empecé y no sabía si decir la verdad o dejar pasar unos días por si me acostumbraba a ello.

—Horrible. Está bien, puedes decirlo —dijo Zane.

—Tal vez deberíamos verlo todo, ¿no?

Tal vez no todo era malo.

Zane, sin bajarme de sus brazos se dio la vuelta y entró en la cocina.

Definitivamente igual, pero no tan malo. Seguimos hasta el dormitorio y sí, había mejorado la situación. La cama de troncos con su dosel era bastante mona.

Pero algo me hizo decir: —¡Nos la quedaremos para siempre!

La bañera. Estaba hecha de cobre y sus patas eran raíces de árbol. También tenía unas pequeñas flores malva hechas del mismo material.

—O podemos llevarnos la bañera en la siguiente casa, Lena. Aquí no hay sitio para los tres —dijo Zane.

Me encogí de hombros.

—¿Intentarás convencerme de quedarnos? —me preguntó.

Sonreí.

Luego lo besé y no, no intenté convencerle de nada. Eso lo dejaba para más tarde, ahora tocaba relajarnos después de todo lo ocurrido.

No habíamos tenido tiempo de hablar sobre Natalie o sobre la guerra con Los Otros o que dentro de unos meses íbamos a tener un bebé.

Había tiempo para todo.

∞∞∞∞

—¡Lena!

Suspiré al escuchar el grito de Zane. El hada que me estaba atendiendo en su puesto de joyas me miró sorprendida.

—No pude encontrar un lápiz para dejarle una nota antes de venir al mercadillo y es el tipo de hombre que necesita saber en todo momento donde está su mujer —le expliqué.

—Podemos encerrarlo en la mazmorra durante unas semanas, estoy segura de que podremos curarle esa manía —ofreció el hada.

—Gracias, por ahora no hace falta, pero lo tendré en cuenta si no se le pasa cuando haya dado a luz —dije frotando mi barriga.

En ese momento llegó Zane. Me quedé mirándolo embobada porque se veía adorable con su camisa medio abierta, el cabello despeinado. Adorable como un vikingo con su piel dorada por el sol.

Habían pasado meses desde que llegamos al Reino de las Hadas y la vida no podía ser más bonita.

Que había algo especial aquí era obvio. Nunca me había sentido tan feliz que podría ser por Zane que era el novio, el padre de mi bebé, más perfecto del mundo. Excepto su preocupación excesiva.

Lo de las escaleras lo entendía. Era torpe y me hacía daño cada vez que las bajaba o subía sola así que Zane no me dejaba sola y eso era una molestia. En serio, no podía salir de casa sin él.

Aguanté un par de semanas antes de pedirle a Zia otra casa. Dijo que no había, todas estaban ocupadas por las hadas, pero si quería había una habitación en la torre. Decidí que prefería tener a Zane conmigo en todo momento porque la torre no era un buen lugar.

Era el lugar de reunión de las hadas, donde se tomaban las decisiones importantes del Reino, donde se llevaban a cabo los castigos porque sí, las hadas también tenían sus problemillas y sus ovejas negras.

Pero Zia siendo tan buena como sospechaba habló con la reina y nos ofrecieron la posibilidad de construir nuestra propia casa. Para Zane fue justo lo que necesitaba porque se estaba volviendo loco de tanta relajación.

Todo lo que hacíamos era dormir, comer, hacer el amor, pasear. Necesitábamos pasar tiempo juntos, conocernos, sí y es lo que hicimos, pero él era un hombre trabajador y estas vacaciones no le sentaron para nada bien.

Así que fuimos a ver el terreno y quedamos fascinados. El bosque, el río, las vistas.

Luego, Zane empezó a diseñar la casa. Tardó dos días en tener el proyecto listo y dos semanas para conseguir los materiales porque aquí no había tiendas. Tuvo que ir al bosque, encontrar los árboles que se podían cortar y luego cortarlos.

Las hadas se apiadaron de él después de unos días y le echaron una mano. Kole también vino. Y Zia, pero ella se quedó conmigo en una manta comiendo miel y animando a los trabajadores.

Yo tenía prohibido tocar o acercarme a algo. Bueno, podía tocar las flores que quería para la decoración de la casa.

Y mientras Zane trabajaba en la casa el resto de las hadas se empeñaron en ayudar con el mobiliario. Gracias a que yo llevaba en el vientre a su futura reina aceptaron con bastante facilidad mis deseos.

Aunque no dije no a algunos toques de naturaleza en mi futuro hogar. Habían empezado a gustarme y lo que definitivamente me gustaba era la ropa. Los vestidos que llevaban las hadas eran preciosos.

Ligeros, femeninos, de todos los colores existentes y algunos que nunca había visto en mi vida.

No llevaba otra cosa que no fuera uno de sus vestidos, aunque había probado un conjunto similar al que llevaba Zia cuando estaba aquí, pantalón corto y blusa. Pero no, una cosa era insinuar y otra muy diferente mostrarlo todo a través del material diáfano.

Mi día a día era más que increíble. Desayunaba con Zane antes de que él se fuera a seguir con la construcción, luego iba al mercadillo donde buscaba inspiración para la decoración. A mediodía le llevaba la comida a Zane, llevábamos una dieta a base de frutas y dulces que era la comida favorita de las hadas. Zia dijo que si quería otra cosa me tenía que buscar la vida.

Me moría por una tostada, pero no pensaba ponerme a cultivar trigo ni a criar vacas para hacer mantequilla.

Después de la comida volvía a casa para descansar, aunque eso no tenía mucho sentido ya que no hacía nada en todo el día, excepto pasear, conversar y conocer gente nueva.

Zane pensaba que era por el embarazo, pero yo empezaba a creer que no existía ningún bebé porque las primeras semanas no tuve ningún síntoma. Nos habíamos marchado sin haber hecho una prueba de embarazo.

La única confirmación que tenía era por parte de Zia y de ese vistazo al futuro.

Luego llegaron las náuseas y los antojos. Miel. Se me antojaba miel a todas horas, mañana, tarde y noche. Eventualmente, mi barriga empezó a crecer y hace unas semanas sentí las

primeras patadas de mi bebé.

Así que tenía la confirmación y la vida seguía. Con sus muchas cosas buenas y las pocas malas. En la última categoría entraba Zane con su preocupación.

—Hola, cielo —le dije sonriendo.

—¿Cielo? ¡Jesús, Lena! Me va a dar un infarto por tu culpa.

Deslizó una mano en mi nuca acercándose para un beso y la otra sobre mi barriga.

—Está bien, Nyla está muy tranquila esta mañana —murmuré.

—Ya, está descansando para mantenerte despierta esta noche —gruñó Zane.

Dirías que estaba enfadado por su tono, pero sus caricias sobre mi barriga decían justo lo contrario. Zane estaba como loco por conocer a nuestra hija, incluso invitó a Kole y a Zia para hablar sobre su hijo y el papel del pequeño en la vida de Nyla.

Zia también estaba embarazada y aunque ella no quería decírselo a nadie, las hadas tenían un sexto sentido para estas cosas (y para todas las cosas) y decidieron dar una fiesta para celebrarlo.

Fiesta que, por desgracia, fue cancelada ya tres veces. Zia bromeaba diciendo que en este ritmo íbamos a celebrar el nacimiento del niño y no la noticia del embarazo.

Las cancelaciones eran extrañas. Una tormenta, sí, las había en el Reino de las Hadas. Una amenaza de sus vecinos a su territorio, unos duendes que no eran los duendes normales sino unos que se alimentaban de la risa de todas las criaturas. Una batalla con Los Otros a la que la reina llevó a la mayoría de las hadas dejando aquí solo a las que ya no podían luchar, a las más jóvenes y a nosotros.

Pero esta noche por fin íbamos a celebrarlo.

El hada me envolvió en papel verde el collar que había elegido y se le entregó a Zane. Nos despedimos y volvimos a paso suave a casa.

—No creo que haya dudado sobre venir aquí —dije después de saludar a mis vecinas.

—Lo sé.

Aunque había algo en la voz de Zane que no me sonaba bien y cuando llegamos dentro de nuestra casa lo miré con atención. Parecía normal, me ayudó a quitarme las sandalias y luego a sentarme en el sofá mientras iba a por un vaso de limonada.

—Zane, ¿estás bien? —pregunté.

Él sacó la jarra del frigorífico y me miró con el ceño fruncido: —¿Por qué lo preguntas?

Vaya... si alguien te contesta a una pregunta con otra pregunta es que esconden algo. O mienten. O se han dado cuenta de que no eres lo que necesitan en su vida y están buscando una manera de deshacerte de ti.

¿Sabes? Eres maravillosa, pero no es el momento adecuado para nosotros.

Soy yo, no eres tú. Tú eres perfecta.

Nos apresuramos y necesito alejarme un tiempo para aclarar mis sentimientos.

—Gracias —dije al coger el vaso.

Tenía el corazón en la garganta. Hablar era imposible y lo único que funcionaba eran mis ojos que se estaban humedeciendo con cada instante que pasaba.

Había temido este momento, temido y esperado.

Capítulo 16

Lena

No lo dijo.

Zane no me dijo nada, bueno, dijo que se iba a duchar ya que no quería llegar tarde a la fiesta de Zia y Kole.

Pero estaba ahí, lo que sea que estaba pasando se notaba en su comportamiento, en la manera en la que evitaba mirarme a los ojos. Y yo no podía con la incertidumbre, yo necesitaba saber que se había terminado para poder seguir con mi vida.

Aunque no sabía si podía aquí. Sola. Con mi bebé.

¿A quién tenía yo aquí? A Zia, pero ella era su tía. Conocía a la mayoría de las hadas de esta ciudad (había más ciudades por todo el reino), pero no podía compartir con ellas mis sueños y preocupaciones.

Las hadas eran diferentes, sus problemas eran diferentes a los de los humanos.

¿Amor? No, gracias. Si aparecía en sus vidas bien, y si no, pues también. La amistad era sagrada, la honestidad nunca era opcional. Mentir y engañar estaba castigado con penas muy duras. De robar ni se hablaba porque todo era de todos y si te faltaba algo solo tenías que pedirlo.

Era un buen lugar para vivir y si tenía que hacerlo sola, pues lo haría, aunque no era cómo deseaba vivir mi vida.

Puse el vaso de limonada (que no había probado) sobre la mesa y fui a cambiarme. Podía esperar hasta escuchar las malas noticias de Zane. Esta noche era sobre Zia y ella se había comportado genial conmigo.

Me puse un vestido que era más o menos igual que el que llevaba, pero era dorado y con menos escote. A las hadas les gustaba mostrar sus curvas, no se avergonzaban de sus cuerpos. A mí sí, un poco.

Había cogido peso y no como Zia que solo tenía una pequeña tripita. Yo me había hinchado en todas partes. Brazos, piernas, abdomen, pechos y rostro. Parecía una pelota, un poco más y sería más fácil salir rodando que caminar.

Las tareas fáciles eran cada día más difíciles como atarme las sandalias que por alguna razón solo había de las que tenían cordones hasta la rodilla.

Normalmente esta tarea le gustaba a Zane, pero ahora no me apetecía pedirle ayuda. Así que cogí un cuchillo de la cocina y corté los cordones. Caminar iba a ser interesante, pero de todos modos no tenía prisa para llegar a ningún sitio.

La fiesta se celebraba en la plaza de la ciudad, a diez pasos de nuestra casa.

Con mis sandalias convertidas en zapatillas de estar por casa salí y con mucho cuidado bajé la escalera ya que debía acostumbrarme a hacer las cosas por mí misma.

Después de unos minutos de pie decidí sentarme en un banco porque Zane estaba tardando más de lo habitual y cuando por fin llegó no me regañó por bajar sin él. Eso sí que era una señal de que todo había terminado.

Era difícil aguantar las lágrimas.

Su mano sosteniendo la mía era como una tortura. Lo quería soltar y correr lejos de él para poder llorar, pero también quería agarrarle fuerte y nunca dejarle marchar.

—¿Estás bien? —me preguntó cuando llegamos a la plaza.

—¿Por qué no lo estaría? —dije mirando a mi alrededor, buscando una cara conocida, una excusa para marcharme de su lado—. Ah, mira, Raye está aquí.

Solté su mano y caminé hasta una de las primeras hadas que había conocido. Raye era rubia igual que Zia, igual que más de la mitad de las hadas, alta y hermosa. También se le daba genial contar chistes y tenía un don especial para las plantas. Florecían cuando ella pasaba por su lado.

El segundo día en el reino ella llamó a la puerta para darnos la bienvenida. No éramos mejores amigas, pero pasábamos bastante tiempo juntas hablando sobre nuestros mundos. Ella contándome sobre el suyo (que me encantaba) y yo hablado del mío (que Raye consideraba que era bárbaro y que no valía la pena).

Tal vez, sí era mi mejor amiga.

—¡Wow, Lena! Esta niña ha crecido —dijo mirando mi tripa.

—Y lo que le queda —murmuré contando las semanas.

Más de lo que me hubiera gustado. Seis semanas más para la llegada de mi hija.

—Ven a ver lo que le he traído.

Seguí a Raye hasta la puerta de su casa que era a dos pasos y quedé encantada con los regalos. Los regalos porque ella no había traído una sola cosa. Eran varias.

Una cuna de madera blanca con flores talladas y pintadas de amarillo. Una manta blanca con flores amarillas. Un vestido blanco con, ya lo has adivinado, amarillo. Un gorro. Varios pantalones. Un sombrero. Un peluche.

—Raye, esto es demasiado —dije.

—Es solo el principio, Lena. Ella es nuestra reina, todo esto es suyo.

Criar a un niño era difícil, criar y educar a una futura reina iba a ser el doble o el triple de difícil. No quería imaginarme cómo sería castigar a una niña cuando tenía a todo el reino a sus pies.

¡Diablos! ¿En qué me había metido? ¿Podía tener otra oportunidad para empezar de nuevo?

—¡Oh, que bonito! —exclamó Zia mirando la cuna—. Yo quiero una igual.

Raye se encogió de hombros: —Debes hablar con Ylena.

—O sea, me voy a aguantar. Kole, tendrás que encontrarme una cuna igual de bonita —le dijo Zia a Kole.

Él miró la cuna con atención y luego sacó su teléfono del bolsillo de sus pantalones.

—Hey, eso está prohibido aquí —espetó Raye.

Vaya si estaba. Zia me había asegurado de que los teléfonos funcionaban aquí, pero que sí, estaba prohibido por orden de la reina. No pude llamar a mi madre como había prometido.

Pero a Kole le daba igual la prohibición y eso me dio una sensación extraña. Kole era fuerte y dispuesto a proteger a las hadas porque Zia era suya, pero seguía siendo un monstruo, uno de los enemigos.

Yo llevaba a la reina en mi vientre y no podía hacer nada. Nada tan insignificante como llamar a mi madre. No es que pudiera localizarme y venir a hacerme una visita.

Era una prisionera.

Le agradecí a Raye por los regalos y fui a por una limonada. Zane apareció a mi lado en un abrir y cerrar de ojos. Incluso puso la mano en mi cintura y me acercó a su cuerpo para apartarme del camino de un hada que estaba probando un nuevo tipo de bicicleta.

—¿Estás bien, Lena? —preguntó.

—Ya me lo has preguntado —espeté.

—Pero no me has contestado.

Quise tirar al suelo el vaso que había llenado de limonada, al suelo o estrellárselo en la cara a Zane.

—¿Quieres saberlo? Vale, te lo diré. No, no estoy bien porque no me gusta esperar sentada a que me den las malas noticias. ¡Dilo ya y acaba con ello de una puñetera vez!

Su rostro se llenó con pena y culpa. ¿Ves que tenía razón?

—Ahora no, Lena —gruñó.

—Lo que sea —espeté.

Con mi limonada en la mano, sosteniendo el vaso con fuerza me alejé.

Las hadas no eran tontas, además de tener un oído supernatural (obvio) y un gusto increíble para el chisme. Me miraron, pero no dijeron nada. Alguna apartó la mirada y otra me miró con tristeza.

Pero es que era lógico, por Dios.

Tardé cinco segundos en meterme en su cama y quedarme embarazada. Mi vida, y la de él, cambió en el momento en el que llegaron las hadas y los monstruos.

Esta no era la manera correcta de comenzar una relación y definitivamente no era una que duraría el resto de nuestras vidas.

Poco a poco me acostumbraba a la idea de que lo nuestro había terminado. La parte buena era que no tenía que devolver ningún anillo de compromiso o de pedir el divorcio. Lo único que haríamos por ahora era encontrar otra casa para uno de nosotros porque me negaba a seguir viviendo con él en la misma casa.

Era demasiado doloroso.

Después del nacimiento de la niña iba a ser más complicado, pero sabía que Zane iba a ser un buen padre para ella y no pensaba mantenerlos alejados. Tampoco se podía, estábamos atrapados en el reino por el resto de nuestras vidas.

Y hala, ahí se iba mi sueño de pasar mi vida al lado del hombre amado. Tampoco tenía la posibilidad de conocer a otro hombre porque aquí no había ningún otro hombre soltero.

Ninguno.

Podría pedirle a Kole que me presentara a alguno de los suyos, pero no me imaginaba yo con una criatura como esa. Mejor soltera.

Iba caminando, pensando en mis cosas y sin darme cuenta me había alejado de la plaza, de la maldita ciudad. Estaba en la cima, cerca del portal que cruzamos para llegar.

No había nada ahí y como me había cansado tuve que sentarme en un tronco y descansar un rato antes de volver.

—Puedes marcharte en cualquier momento —dijo un hada que apareció de la nada dándome un susto—. Lo siento, no quería asustarte.

No era rubia, era morena, o sea, tenía el cabello oscuro como la noche. De alguna manera, sabía que mi vida iba a cambiar. De nuevo.

—¿Marcharme?

Ella asintió.

—Hay maneras, siempre las hay de obtener lo que uno desea. ¿Cómo crees que llegó Aria a ser reina? —dijo el hada.

—Nació reina, ¿no es lo que ocurre?

El hada sacudió tristemente la cabeza. Luego se sentó y me contó una historia cruel. La madre de Aria era reina, pero ella no y era lo que más deseaba. Desde que pudo volar se

comportó como si lo fuera. Su madre y todos aceptaron sus ideas porque pensaban que era algo que se le iba a quitar de la cabeza al crecer.

Mentira.

Aria quería más y más ser reina, pero no podía porque el trono era de su madre y su sucesora no había nacido. Las cosas nunca cambiaban en el Reino de las Hadas, la reina reinaba y vivía hasta que la siguiente estaba preparada para tomar su lugar.

Como quedaban muchos años para el nacimiento de la siguiente reina, pues Aria hizo algo que nunca se había atrevido a hacer ningún hada. Asesinó a su madre.

—No puede ser —dije—. No es la persona más amable, pero no podría matar a su propia madre.

—Hizo más que eso, Lena. Tu hija es la futura reina, pero si no nace entonces Aria seguiría en su trono durante muchos años, hasta el nacimiento de la siguiente. Estamos hablando de cientos de años, incluso miles. ¿Por qué crees que tu vida fue tan difícil? Porque Aria hizo un pacto con Los Otros para quitarte de su camino y ahí entró en el juego tu querida hermana. Ella es uno de ellos, le envenenaron el alma desde que estaba en el vientre de tu madre. No tuvo ninguna posibilidad, solo la de nacer malvada.

—No te creo. Zia no me traicionaría, ni ella ni ninguna de las otras hadas. Ellas protegerán a mi hija.

Confiaba en Zia no solo con mi propia vida, confiaba con la de mi hija. Y podía decir lo mismo de las otras, eran buenas. Lo sentía en mi corazón.

—No lo saben. Hay muy pocas hadas que lo saben ahora mismo quedan solo tres porque Aria las hace desaparecer cuando ha terminado con ellas. No quiere testigos —explicó el hada.

—¿Por qué me lo estás diciendo a mí? Yo no puedo hacer nada.

—Porque ella no va a renunciar ahora. Tu hija no debe nacer y el plan para impedirlo ya está en marcha. Empezó con tu hombre, ¿a qué se está comportando de manera extraña?

No respondí, pero el hada leyó la respuesta en mi cara.

—Un corazón roto es mortal para las hadas —continuó.

—¿Qué? —exclamé.

Nunca había oído hablar de eso. Era un mito para los humanos y debía ser un chiste para las hadas que vivían mucho más y mejor que nosotros.

—Están llegando a él en sus sueños. Zia no lo sabe porque está bajo la impresión de que el ataque vendrá de fuera, no tiene ni idea de que están ahí abajo, justo en el centro.

Y sí, ahí estaba la reina. Sonriendo y hablando con sus súbditos. Aunque su expresión cambió cuando miró a Zane. La vi acercarse a él y susurrarle algo antes de caminar a una esquina oscura. Los dos.

—No. Aria no te lo robará, él es tuyo, y ella está usando la culpabilidad para alejarlo de ti.

—¿Culpa?

—Sí. Han matado a tus padres. Fue Natalie, pero a Zane le dijeron que fueron Los Otros y el muy bobo no sabe cómo guardar el secreto porque Aria le dijo que esta información podría adelantar el parto y pondría en peligro tu vida y la de la niña. No tengo dudas, está reina es malvada y no se detendrá ante nada.

¿Mis padres? ¿Natalie había matado a mis padres?

Quise gritar, pero mi garganta estaba bloqueada. Quise llorar, pero mis ojos estaban tan secos como el Sahara. Quise levantarme, pero mis pies parecían rocas gigantes y pesadas.

—He arriesgado mucho para venir a advertirte, Lena, y ahora es tu turno. Tienes que

decidir qué hacer a continuación —dijo el hada.

—¿Qué opciones tengo? —murmuré con la voz ronca—. Hablar con Zia, ella podrá encargarse de la reina.

El hada sacudió la cabeza.

—Es fuerte y es muy injusto lo que está pasando, pero Aria es su reina y hay algo en el cuerpo y en la mente de las hadas que les impide hacer daño a la más grande de los suyos. Ni Zia ni nadie puede.

Resoplé cuando me di cuenta a dónde iba esta conversación.

—Yo. Quieres decir que soy yo la que debe matar a Aria.

—Sí, nadie más puede hacerlo y no tienes otra opción. Muere Aria o mueres tú y tu hija —declaró el hada, metiendo la mano en lo que debía ser un bolsillo oculto de su vestido y sacó una pequeña daga.

Afilada, con piedras preciosas en el mango. Tan bonita que la cogí sin dudarlo. Había algo hipnotizante en esa daga.

—Le perteneció a la primera reina, fue un regalo de su amor, un dios...

La voz del hada se perdió, ella desapareciendo, el bosque mismo evaporándose en el aire y de repente me encontré en una sala enorme.

De color blanco, tenía techos altos, tan altos que me dolía el cuello de cuanto tuve que inclinar la cabeza. El suelo (blanco como todo lo demás) brillaba. No tenía ventanas, solo arcos que dejaban ver un bosque en la parte izquierda y nada más que el cielo y las nubes a la derecha.

Y luego aparecieron. Una mujer, un hada por su vestido y por su manera de caminar (parecía que ni siquiera tocaba el suelo, casi iba flotando). Un hombre, alto y guapo. Ella también era muy guapa, a pesar del enfado que se reflejaba en su rostro.

—¡No deberías haberme dicho nada! —exclamó ella.

—¿Prefieres dejar a los tuyos a la merced de una niñata? Bliss, entiende, tu raza se va a extinguir. Si Nyla no nace entonces Los Otros matarán una a una a las hadas, destruirán vuestras ciudades. No quedará nada más que cenizas y cuentos para niños —dijo el hombre.

—Miles de años, ¿entiendes tú esto? Pasará dentro de miles de años y yo ya tengo bastantes problemas ahora como para preocuparme del futuro.

—¡Joder, eres tan cabezota! Todo lo que tienes que hacer es coger la daga y contarle esto a tu consejera. Ella guardará el secreto y lo compartirá con su nieta. La nieta hará lo mismo hasta que llegue el momento de actuar.

—No me gustan los secretos —se quejó el hada.

Él esperó. Ella se quedó callada. Él esperó más. Ella suspiró.

—¡Vale! Pero me debes una —espetó.

—¿Yo? No, mi reina, te estoy salvando la raza entera. Tú me lo debes todo y vas a empezar en este momento. Quítate el vestido —ordenó él.

Desaparecieron cuando ella cogió el bajo de su vestido.

En un instante volvía a estar en el bosque con la otra hada, mirándome en silencio.

—La reina está compartiendo su don contigo —dijo ella como si fuera la mejor noticia del mundo.

—¿Mi hija podrá ver el futuro y el pasado? —pregunté asombrada.

—Todas las reinas son poderosas y cada una tiene su don especial, algunas más que otras y ya sabemos que su hija será la más especial de todas.

Poderosa sonaba bien, pero no podía pensar en eso ahora mismo.

—¿Tengo que matar a Aria? No seré capaz —le dije.

—Lo serás. Para proteger a tu hija eres capaz de todo. Por ahora todo lo que tienes que hacer es llevar la daga contigo. Siempre, Lena, incluso cuando duermes o vas a darte un baño. También debes tener cuidado con Zane, intenta arreglar lo que Aria intenta destruir. Nyla os necesita a los dos.

—Así que tengo que volver ahí abajo y fingir que no ha pasado nada —murmuré.

—Sí, lo siento por tus padres, pero están en un lugar mejor.

—Ya, eso dicen.

Ella me miró como si quisiera decir más, pero al final cambió de opinión. Se despidió con una sonrisa antes de desaparecer en la oscuridad del bosque.

De repente no me apetecía nada más que irme a casa y meterme en la cama. Olvidar de hadas, de Natalie, Zane y de Nyla. Solo quería olvidar. Volví a casa, aunque no fue ni rápido ni fácil.

Las hadas estaban festejando, cantando, bailando, comiendo y bebiendo y no solo en la plaza, también en todas las calles. Tuve que detenerme y charlar, que evitar desastres como un tarro enorme de miel que estaba a punto de derramarse sobre mis pies.

Cuando llegué a casa cerré la puerta y respiré aliviada. Pero solo por un momento porque luego vi que tenía un intruso.

Un monstruo y no, no era Kole.

Me habían dicho que no podía llegar a este reino, era posible para Kole porque era el compañero de Zia. Entonces ¿este cómo había entrado?

—Si vienes conmigo nadie más saldrá herido —dijo, su boca abriéndose, dejando ver sus feos dientes, dejando caer babas sobre mis preciosas alfombras.

—Una invitación interesante, pero si no te importa tengo una pequeña petición —dije sonriendo.

Una pequeña sonrisa, ¿vale? No estaba flirteando con él ni nada.

El muy tonto me creyó porque dio un paso hacia mí y preguntó: —¿Qué es lo que quieres?

—¿Sabes dónde van los humanos cuando mueren?

El monstruo tardó dos instantes en tomar su forma humana y, por Dios, estas criaturas nunca elegían mal. Este se parecía a un actor famoso de Hollywood, ya sabes, uno de esos que se veía más atractivo con cada año que pasaba. ¿Era Clooney, era Pitt?

—Lo sé, ¿y?

Bueno, tenía el cuerpo y el rostro. La voz no. La suya me daba escalofríos, pero ya había preguntado (que no sabía de donde había venido esa pregunta) y había que seguir.

—Si puedes llevarme a ver a mis padres entonces iré contigo —dije.

—Verlos.

—Ver y hablar.

Zia me había dicho que había que ser muy claro cuando hacías un pacto con un monstruo o demonio porque siempre intentaban engañarte.

—Ok, iremos ahora mismo —dijo él.

Luego se acercó, cogió mi mano y me llevó hasta la puerta de atrás de la casita. De ahí a través del bosque donde estuvimos caminando mucho rato. No fuimos al portal y empezaba a preocuparme.

—¿Falta mucho? —pregunté.

No me contestó. Continuó el camino tirando de mi brazo como si fuera el de una muñeca. Empezaba a cansarme y a cabrearme. ¿Esto era un secuestro o un acuerdo? Porque había salido

de mi casa sin luchar, sin protestar y eso quería decir que estábamos juntos en esto. Ya sabes, socios.

—Hemos llegado —dijo parando de repente al borde de un hoyo—. Los gritos me gustan, o sea, un solo grito tuyo y desearé romperte en pedazos así que debes mantener la boca cerrada. Para conseguirlo te aconsejo mantener los ojos cerrados porque esto no será un viaje placentero.

Y antes de que tuviera tiempo para prepararme me rodeó la cintura con un brazo y saltó al hoyo. Enseguida cerré los ojos porque, infiernos, no quería morir.

Por desgracia, no pude hacer nada para tapar mis oídos. Escuché gritos horribles, gritos de dolor que me helaron la sangre en las venas. La parte buena fue que duró poco. Paramos, sentí algo duro bajo mis pies y abrí un poco los ojos.

No vi nada, solo había oscuridad.

—No digas nada —gruñó el monstruo.

No pensaba hablar, no tenía nada que decir o eso creía antes de ver a un hombre acercarse. Llevaba un traje negro, parecía que iba a una fiesta y podías confundirlo con cualquier hombre que veías en las revistas anunciando perfumes masculinos o ropa interior.

—Vaya, no te esperaba de vuelta tan pronto, Roth —dijo el hombre.

—Necesito un favor —dijo el monstruo.

—Como siempre —murmuró el otro mientras echaba un vistazo a su reloj—. Tienes treinta segundos.

—Necesito un pase y a cambio trabajaré para ti durante medio año —ofreció el monstruo.

—Un año entero.

El monstruo no estaba contento, pero aceptó y entonces el del traje sacó una pequeña tarjeta amarilla y se la entregó. Luego desapareció.

Que manía tenían las criaturas sobrenaturales de aparecer y desaparecer sin decir nada.

No me daba cuenta de que yo había hecho exactamente eso.

Desaparecer sin rastro.

Capítulo 17

Zane

Lena había desaparecido.

—La encontraremos —dijo Kole.

—Sí, Zane, no debe estar lejos —me aseguró Zia.

Pero yo lo sabía, lo sentía en el alma. Lena estaba lejos. Sola. Desprotegida porque yo fui un cobarde. Debí decirle la verdad, pero tenía miedo por ella, por nuestro bebé. Tenía miedo de su reacción.

¿Y si me culpaba a mí?

Yo la dejé embarazada, que no tenía ninguna idea de que eso iba a pasar no era una excusa válida. O que llevaba sangre de hada corriendo por mis venas. O que eso nos había llevado a dejar atrás nuestro mundo y venir a vivir aquí, lejos de todo lo que conocíamos, lejos de todos.

Confieso que pensaba que iba a ser más difícil, pero la vida con Lena fue un sueño hecho realidad. Ella era tan hermosa, tan adorable y divertida, tan inteligente. Amaba pasar tiempo con ella o construyendo nuestra casa. Amaba acariciar su piel mientras sentía las patadas de nuestra hija.

Lo amaba todo de ella.

No obstante, no fui capaz de protegerla.

Zia pensaba que estaba por aquí, en algún sitio, descansando o conversando con alguien, tal vez sumergida en sus planes de decoración.

Pero pasaron minutos y Zia no pudo encontrarla. Kole también volvió con el ceño fruncido. Pasaron horas mientras todas las hadas buscaban en la aldea, incluso en las otras aldeas a las que Lena nunca hubiera llegado sola porque estaban demasiado lejos, pero buscaron solo para asegurarse.

La fiesta se había terminado de manera abrupta y ya no se respiraba la alegría en el aire. Ahora se sentía la pesadez de la preocupación y el miedo.

Luego volvió Kole con malas noticias.

—Roth se la llevó —dijo.

—¿Quién es ese? —pregunté.

—Uno de los míos, pensaba que era honesto...

—¿Un monstruo honesto? —exclamó Aria, la reina, con una expresión de horror en el rostro.

No sabía por qué, pero esta hada me daba mal rollo. El cabello se me ponía de punta cuando estaba cerca de ella y sentía la necesidad de alejarme igual que lo haría en compañía de un aligátor.

—Alguno hay —le dijo Kole—. Roth era uno de ellos, pero creo que la recompensa que están ofreciendo por Lena es más de lo que pudo rechazar. La parte buena es que ella estará a salvo mientras está con él.

—Entonces, vamos a buscarlos, ¿a qué esperamos? —dijo Zia.

La reina que no se había sentado ni parado en ningún momento se detuvo frente a Zia.

—No podemos marcharnos, no con la luna llena, no cuando la ciudad está en peligro —dijo Aria.

A Zia parecía que le iban a salir los ojos por la impresión.

—Es la madre de la futura reina, es la futura reina de la que estamos hablando.

—Son tus amigas, compañeras, son sus vidas, ¿acaso las quieres dejar a la merced de Los Otros? —espetó Aria.

Algo pasó con Zia. Parecía como si le hubieran clavado un cuchillo en el corazón y dio un paso atrás mirando a su reina con sorpresa y tristeza.

Zia sacudió la cabeza mientras la reina hacía una señal a sus guardias que enseguida empezaron a rodear a mi tía.

—No quieres hacer esto —gruñó Kole poniendo una mano sobre el hombro de Zia.

Aria lo miró como si fuera una cucaracha.

—Yo soy la reina y, aunque, lo siento en el alma, es mi deber cuidar a los míos. Zia está desobedeciendo mi orden sabiendo muy bien cuál es el castigo por este acto.

—Desobedeceré todos tus órdenes y todas harán lo mismo en cuanto averiguan que quieres dejar a la futura reina en las manos de Los Otros. La matarán y lo sabes —dijo Zia.

El silencio se dejó sobre la plaza, un silencio tenso que duró poco porque las hadas se volvieron hacia la reina.

—¿Es verdad lo que está diciendo Zia? —preguntó una.

—No sabemos exactamente si alguien se llevó a Lena, podría estar en alguna parte del bosque recogiendo flores. Se habrá quedado dormida, yo qué sé, puede estar en cualquier lugar y si mis mejores guerreras van en su busca dejáremos la aldea desprotegida —explicó Aria.

Las hadas empezaron a hablar entre ellas y tontas no eran. Todas ellas habían ayudado en la búsqueda de Lena, sabían muy bien que no estaba dormida en el bosque.

—Hay que rescatar a Lena. La aldea estará bien —dijo un hada.

—Sí, nosotros, todas, nos encargaremos de proteger la aldea —ofreció otra.

Eso no le gustó a Aria que asintió antes de darse la vuelta y marcharse rodeada de sus guardias.

—¿Y ahora dónde buscaremos a Lena? —le pregunté a Zia que se había quedado pensativa.

—Roth, hay que encontrar a Roth —dijo Kole—. Pero tú te quedarás aquí por si Lena vuelve.

—Y una mierda —gruñí—. Mi mujer está en algún lugar, sola, en peligro y yo no voy a quedarme esperando de brazos cruzados.

—Ok, iremos los tres —declaró Zia.

Pero no nos marchamos enseguida. Zia me trajo una camisa y un pantalón hecho de una tela parecida a la de los vestidos que llevaban las hadas, aunque menos transparente. Y menos colorido.

Al parecer era algún tipo de armadura, llevaba una protección contra todo tipo de hechizos, pociones y también contra objetos punzantes. Una vez que me lo puse Zia me entregó un par de dagas y me dio un curso rápido de lucha, uno que no necesitaba, pero para ella los años que pasé en el ejército no valían para nada en una lucha contra Los Otros.

Durante horas estuvimos visitando todos los lugares favoritos de Roth que al parecer no era tan malo como los demás de su raza. No obstante, la opinión de Kole no contaba. Ese se había llevado a Lena, era un secuestrador y punto.

Solía pasar el tiempo en discotecas y en centros comerciales donde ligaba con jóvenes

demasiado inexpertas para darse cuenta de que ese tío era peligroso.

Por lo menos, Zia nos había echado un poco de un polvo verde que debía (y sí lo hizo) hacernos invisibles para todos los humanos. En algún momento había empezado a referirme a ellos como a los humanos, yo ya no era uno de ellos.

Yo pertenecía al otro bando, al de las criaturas sobrenaturales. Mi madre era un hada, mi sangre era la mitad suya y mi hija, Dios, era la futura reina.

Había pasado noches enteras hablando con Lena sobre cómo sería nuestra hija. Hermosa como su madre, inteligente, traviesa como su abuela, perfeccionista como su padre.

Ahora me importaba muy poco eso, solo quería verla crecer, sostenerla y nada más.

En una de las discotecas nos separamos, yo me quedé en la planta de abajo con Zia y Kole se fue a la de arriba. Aunque podían sentir si otro de lo suyo estaba ahí no podía saber quién exactamente.

Volvió con una cara de enojo que hizo que mi corazón diera un vuelco.

—Este Roth es el más tonto del mundo —gruñó Kole.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—La secuestró para cobrar la recompensa que están ofreciendo por Lena, pero la llevó arriba —explicó Kole.

Zia dejó salir un grito de asombro.

—¿Qué hay arriba? —pregunté mirando hacia la planta de arriba—. ¿Y por qué no vamos si Lena está ahí?

—Arriba, Zane, arriba es lo que los humanos llaman el cielo. Es su milagro, su premio si lo han hecho bien durante su vida y nosotros no debemos ir. Lo tenemos prohibido —explicó Zia.

—Prohibido, imposible, pero de todos modos lo hacéis. ¿No decías que nadie podía entrar a vuestro reino? Iremos, si Lena está ahí...

—No podemos, Zane. Necesitamos un pase que cuesta más de lo que cualquiera quiera pagar y nadie sabe exactamente lo que encontrarás ahí arriba. Al final te quedarás con poco o nada, podrías perder la vida. La cabeza seguro la perderás, nadie ha vuelto igual de ahí —dijo Kole.

—Vale, dime cómo conseguir el pase porque yo sí voy a rescatar a mi mujer.

Zia y Kole intentaron convencerme de que deberíamos esperar, que ellos no podían arriesgar la vida de su bebé. Lo entendía, pero yo sí estaba dispuesto a dar mi vida por Lena y por mi hija.

Al final cedieron y fuimos arriba donde un hombre con traje le estaba metiendo mano a una mujer semidesnuda.

Ni siquiera nos miró cuando dijo: —Trabajarás para mí un año y ella me entregará la llave del reino.

Zia puso los ojos en blanco y dio un paso hacia adelante, pero Kole la detuvo.

—Esto no es una negociación. Es el pase o tu vida —dijo tranquilamente Kole.

El hombre se echó a reír y reaccioné. En un instante estaba sobre él con la daga en su cuello.

—El pase —gruñí.

Su risa continuó aun con un pequeño hilo de sangre deslizándose de su cuello.

—Mátalo, podemos quitarle el pase después —dijo Zia.

—No puedes matarme, humano de mierda —dijo el hombre.

Fue lo último que dijo antes de que deslizará la hoja de la daga de izquierda a derecha de su cuello. Lo hice despacio y mirándolo a los ojos por si acaso existía una vida después para las

criaturas como él. Quería que recordará el rostro del hombre que le había matado.

—Estoy impresionada —dijo Zia en cuanto me alejé del hombre al que había degollado.

Ella se tapó la nariz con una mano mientras que con la otra buscaba en los bolsillos de la americana. Y sí, encontró un tarjetero del que sacó una pequeña tarjeta amarilla que lanzó hacia Kole.

—Bueno —dijo Zia guardando el tarjetero en su propio bolsillo—. Él ya no las necesita y qué importa si hemos robado una o todas.

Nos marchamos y al salir de la discoteca Kole se detuvo para encenderse un cigarrillo. Estábamos en la calle, pero no había ningún ruido. Ni coches, ni gente.

Era extraño y familiar. Había tenido la misma sensación en mis últimos días en el ejército. Se acercaba algo. La muerte estaba esperando en la esquina. Vidas iban a cambiar para siempre si tenían la suerte de sobrevivir, aunque a veces esa suerte parecía una desgracia.

—Zia, tienes que llevar a Zane al portal —dijo Kole.

—No, no te dejaré solo —espetó Zia.

—Irás porque tienes que proteger a mi bebé, ¿entendido?

Di un paso atrás y luego otro porque esta conversación era suya. Entendía a Kole, diablos, yo acababa de matar a un hombre por conseguir un pase que me llevaría hasta Lena.

No obstante, los escuché porque Zia no quería ceder y Kole tampoco. Discutieron durante un largo rato y al final ganó Kole, aunque la frase de despedida de Zia fue una amenaza.

—Si mueres mi hijo se llamará Dick —dijo ella alejándose.

Kole fue detrás de ella, la atrapó y le dio la vuelta. La besó y luego le dijo: —Si mueres pondré patas arriba el Universo buscándote.

Luego la soltó y nos pudimos marchar. Él se quedó porque el hombre que maté era el jefe del inframundo. Unos venían a vengar su muerte, otros a luchar por tomar su lugar y alguien tenía que quedarse atrás y asegurarse de que no iban a destruir medio mundo.

Kole tenía más honor que muchos de los humanos que conocía, tenía más empatía que cualquiera. Empatía para los humanos que miraban hacia el otro lado cuando algo malo le ocurría a uno de los suyos, a un familiar, a un vecino, a un desconocido en la calle.

El portal, uno de los muchos que había en la ciudad, se encontraba cerca de la casa de mis padres. El deseo de llamar a su puerta y verlos era grande, pero aguanté. Lena me necesitaba más que mis padres y más de lo que yo necesitaba verlos.

Capítulo 18

Lena

Ok.

No tenía palabras para lo que estaba viendo. Bueno, lo había escuchado, pero siempre había creído que eran cuentos para engañar a la gente.

El paraíso, el mundo del más allá, el campo lleno de flores y las nubes en las que descansaban ángeles eran nada más que mitos. Eso pensaba yo. Eso piensa mucha gente.

Bueno, pues todos estábamos, estamos equivocados.

El paraíso existía y era más que bonito. Era perfecto. Era casi igual que el Reino de las Hadas.

Encontré a mis padres en una cabaña en la orilla de un río. Estaban sentados en el porche tomando café. Más jóvenes de lo que yo los recordaba y definitivamente más felices.

Me miraron y enseguida se entristecieron.

—Oh, no, tú no Lena —dijo mi madre.

—No estoy muerta —dije subiendo las escaleras del porche.

Mi secuestrador se había quedado atrás porque le prometí que no cometería ninguna locura. Por lo menos ahora no, luego ya era otro cuento.

Mi madre me abrazó, mi padre igual y había venido a hablar, pero estaba feliz con verlos y abrazarlos.

—Si no estás muerta ¿cómo has llegado? —preguntó mi padre.

—Es una larga historia, pero os puedo decir que vuestra nieta será reina —dije y cómo me miraban sin entender nos sentamos y les conté lo que había ocurrido en mi vida en las últimas semanas.

Y me sentí mejor que nunca. Por primera vez tenía su atención completa, su cariño. Por última vez. Dolía como el infierno y no quería que se acabara nunca. Pero mi secuestrador aclaró su voz a mi espalda y entendí que había llegado la hora de marcharme.

Despedirme de mis padres fue difícil sabiendo que era la última vez.

—Vete, Lena, vive tu vida y se feliz, hija —dijo mi madre.

—Buscaré la manera de volver —murmuré.

—No, no lo harás —gruñó mi padre—. Estaremos bien aquí y te esperaremos, pero no vengas antes de tu tiempo, Lena. Tienes que vivir tu vida.

Les di un abrazo que si no hubiera sido por el secuestrador hubiera durado una eternidad y luego me di la vuelta. El hombre (se había negado a decirme su nombre) me miró como si quisiera acabar con mi vida en un instante.

No sabía qué pretendía hacer, pero lo seguí porque había hecho una promesa, promesa que estaba buscando una manera de romper. Si este era el cielo Dios debería estar por aquí y él no dejaría a mi niña a merced de este secuestrador.

Caminamos hasta el portal y nos encontramos a un montón de gente, pero nadie nos preguntó nada. Nos saludaron, pero eso fue todo.

—Oye, me dijeron que los tuyos no pueden entrar en el Reino de las Hadas si no es compañero de una de las hadas. ¿Cuál de ellas es tuya? —pregunté.

El hombre se detuvo de repente, se giró y me miró como si me estuviera viendo por primera vez.

—¿Qué has dicho? —gruñó.

—Compañero, amor, ya sabes.

—No, no lo sé, mujer.

Lo miré frunciendo el ceño. ¿Podría ser tan fácil? Debía intentarlo así que le conté todo lo que sabía sobre el tema y claro que no fue como esperaba yo. Su expresión se volvió más oscura con cada frase.

—¿Sabes cuántas hadas maté? —preguntó, pero la pregunta era más para él que para mí y continuó hablando—. Docenas y lo disfruté tanto o más de lo que pensaba que disfrutaría verte sufrir. Porque soy así, es mi naturaleza, pero no, ahora me dices que una de ellas es mi compañera de vida y no te voy a decir que no la quiero. ¡Joder! He visto a muchos de los míos comprometidos y los envidié.

—Oh, pues hay que volver y averiguar cuál es —dije.

Él me miró en silencio, estudió mi rostro y al final dijo: —Creía que ibas a ser más lista que el resto de todos los humanos, pero veo que no. ¿Qué es lo que no entiendes de matar? Las he matado y quiero seguir haciéndolo, no podré ir allí y buscar a mi compañera mientras en mi mente lucho contra el deseo de quemarlas vivas.

—Solo hay un tonto aquí y ese eres tú. El amor verdadero es raro, bonito y especial. ¿Tú crees que el universo te permitiría hacer daño a la persona que amas? No, tonto, no, ni a ella ni a nadie de su familia. Pero, vamos, si quieres ir de víctima por la vida, hazlo. Sufre en silencio, vive tu vida como un viejo amargado porque eres demasiado cobarde y débil como para luchar por lo que mereces.

No morí. Penaba que me iba a matar ahí mismo, pero no sucedió. El sol brillaba, los pájaros cantaban y mi cabeza seguía unida a mi cuerpo.

—Su reina es malvada —continué.

—Lo sé, ¿y?

Puse los ojos en blanco. Este era igual de cabezota que todos los hombres, humanos o no.

—No lo sé, creo que tal vez al rescatar a la futura reina te haría ganar algunos puntos no solo con tu compañera, con todas las hadas. Todo lo que tienes que —me callé porque mi cerebro registró sus palabras—. ¿Qué quieres decir que sabes que Aria es malvada?

Él sonrió, luego se inclinó y me contó en voz baja todo lo que sabía sobre ella. Cosas tan horribles que temí que en cualquier momento íbamos a ser golpeados por un rayo o que ángeles iban a venir para lanzarnos fuera del cielo.

Aria. Ella parecía tan inocente, fuerte, poderosa, pero inocente. Tenía ese rostro de niña buena, que no haya roto ni un plato en toda su vida, pero era justo lo contrario. Y una buena actriz porque escondía muy bien su verdadero ser.

La guerra con Los Otros era una farsa, ella era la amante Astor, el jefe de los monstruos, algo que algunos habían oído y que otros han presenciado. Aria no se escondía, no con ellos, no llevaba sus asuntos en privado como cualquier otro ser normal de la cabeza. No, señor, a ella no le importaba nada cuando estaba en el castillo de Los Otros.

Aguanté las ganas de vomitar y le dije que esta era su oportunidad para impresionar a su compañera. Me miró sacudiendo la cabeza.

—Matar a su reina, ya, esa es la manera perfecta de ganarme su amor —dijo dándose la vuelta.

Se encaminó hacia el portal y tonta de mí lo seguí.

—Escúchame, es un buen plan. Rescatando a la futura reina estás protegiendo a todas las hadas, estás asegurando su futuro. Vale, sí, me has secuestrado y tenías planeado hacer...

—Tengo planeado —me interrumpió.

—¡Qué no! —grité y el grito me salió más fuerte de lo que pretendía.

Una vez más lo que me rodeaba desapareció y fue reemplazado con el interior de una casa. Pertenecía a un hada, a Raye. Ella estaba cocinando algo mientras un hombre jugaba en el suelo con una niña pequeña.

El hombre era mi secuestrador y no puedo decir que me sorprendía.

La puerta se abrió y Nyla entró como un torbellino. Se dejó caer al lado de él y de la niña y empezó a contar algo sobre un perro que le había prometido su abuela.

¿Qué abuela?

Luego las niñas salieron corriendo de la casa. Él se levantó y se acercó a Raye, le robó una fresa del plato y un beso.

—No olvides que esta tarde te toca llevar a las niñas al río —le dijo ella.

—¿Cómo podía olvidarme? —gruñó él.

—Roth, Lena necesita descansar y tú le debes una.

—Esa deuda la llevo pagando desde hace cinco años, cariño —murmuró él.

—Y solo te queda el resto de tu vida porque si no hubiera sido por Lena no me tendrías ni a mí ni a nuestra hija.

Roth ya no dijo nada, se inclinó para darle otro beso en los labios a Raye y le robó el cuenco con fresas antes de salir de casa. Ella se dio la vuelta para seguir cocinando y empezó a cantar.

Luego desapareció y frente a mis ojos tuve a Roth que me estaba sacudiendo.

—Para, Roth, eso duele —me quejé y él me quitó las manos de los hombros.

Me quejé un poco más y miré mi piel. Ya se estaban formando los moretones en donde me había cogido.

—¿Cómo sabes mi nombre y qué infiernos fue eso? —preguntó

—Ah, eso fue un regalo de mi hija, un pequeño vistazo al futuro donde tú vives feliz con tu mujer y vuestra hija. Es preciosa, tiene tus ojos y la sonrisa de su madre, solo espero que vaya a heredar el carácter de la madre porque el tuyo apesta.

Le había dado la sorpresa de su vida y sabía por su reacción que volver a casa ya no era un problema, que estaba tan a salvo con él como si estuviera con Zane o Kole.

A casa, al Reino de las Hadas porque sin darme cuenta eso se había convertido en mi hogar.

Roth asintió y continuamos el camino hasta el portal. El mundo que yo conocía, la Tierra, era el punto de encuentro de todos los mundos, de todos los reinos. Ahí había miles de portales que te llevaba a donde quisieras ir mientras tenías los medios necesarios.

Al Reino de las Hadas no entrabas si no te llevaba una de las hadas o si no eras el compañero de una de ellas. A la guarida de Los Otros había entrada libre, incluso si tropezabas por error con el portal.

Salimos y Roth iba delante mientras yo le contaba sobre Raye, también iba mirando el suelo porque era fascinante como la tierra se convertía en un gel multicolor que parecía que te iba a tragar entero.

El gruñido de Roth me tomó por sorpresa y para cuando me di cuenta de lo que estaba pasando Zane lo tenía en el suelo a punto de clavarle una daga en el corazón.

—¡No, Zane, no! —grité.

Zane me miró y Roth aprovechó ese momento para empujarlo lejos. En ese momento tuve la idea brillante de ponerme en el medio.

—Zane, Roth es un amigo, no me quiere hacer daño.

Por un segundo parecía que todo iba a terminar, pero entonces el cielo se oscureció y solo conseguí alargar la mano y coger la de Zane antes de sumirme en la oscuridad.

No sé cuánto tiempo pasó o qué ocurrió, pero al abrir los ojos estaba en una gran sala y a pocos pasos de mí tenía lugar una batalla en toda regla. Monstruos, hadas y otras criaturas. Roth estaba ahí luchando contra un hombre-lobo. Kole al lado de Zia intentaban detener el ataque de un monstruo gigante.

Y Zane, mi hombre, luchaba contra Aria.

La arpía (para mí ya no era un hada porque las hadas eran buenas y Aria era justo lo contrario) lo estaba dando todo y Zane estaba perdiendo. Obviamente, ella tenía súper poderes y él no.

Me puse de pie y me extrañé que nadie vino a por mí, pero lo agradecí ya que eso me permitió acercarme a Zane. Aria consiguió tumbarle con un golpe de espada y la levantó preparada para clavársela.

Sin dudar, sin pensar, cogí la pequeña daga de mi cintura.

—Aria —murmuré y cuando ella se dio la vuelta le clavé la daga en el pecho.

De repente se hizo silencio, ya no había ningún otro ruido en la sala, excepto el de la respiración de Aria. Intentó hablar, pero no lo consiguió. Fue Kole el que llegó y la atrapó. La posó en el suelo y la sostuvo mientras tomaba su último aliento. Zia también se sentó a su lado y le cantó en voz baja.

Malvada o no, Aria fue su reina.

Malvada o no, me sentía como la peor persona del mundo.

Epílogo

Lena

Nyla se estaba tomando su tiempo, no quería abandonar el lugar seguro y caliente de mi vientre. Estaba feliz ahí, pateando y manteniéndome despierta durante toda la noche y durante el día cuando me tumbaba para tomar una siesta.

Suspirando me levanté de la cama y sonreí mirando la cuna que me había regalado Raye. Estaba cerca de la cama, cerca de la ventana para atrapar los primeros rayos del sol y para recibir los besos de la luna y de las estrellas. Pero todavía no porque la pequeña estaba jugando con todos.

Con sus padres, con las hadas, con los abuelos.

Sí, abuelos.

Después de la muerte de Aria tuvimos unos días algo ajetreadas, las hadas necesitaron tiempo para entender lo ocurrido y para elegir a alguien para ocupar el lugar de Aria hasta que Nyla estuviera lista para empezar su reinado.

Zia fue la elegida de las hadas y ella, pues hizo milagros. Ella, Roth y Kole se marcharon un día y volvieron con mis padres. No quiso decir qué hizo, pero mis padres vinieron y se quedaron.

Les regalaron una pequeña casa a dos pasos de la que estaba construyendo Zane para nosotros y mi vida cambió. No es que no estuviera feliz con Zane o con el brillante futuro que nos esperaba, pero tenía a mis padres conmigo, padres cariñosos y atentos como siempre había querido.

Lo sentía por Chase que se había quedado solo, aunque Zia me aseguró de que él estaba bien. Su novia estaba embarazada de gemelos y pronto se iban a casar. Esperaba conseguir un favor de alguien para ir a la boda.

Natalie, por suerte o por desgracia, fue atrapada en el medio de la batalla y falleció. Su marido estaba inconsolable, no podía encontrarle sentido a su muerte ya que la versión oficial era que había sufrido un accidente automovilístico. Gerard no sabía la verdad, ni sobre la muerte de su mujer ni sobre el viaje inesperado y largo de Zane a Japón (versión oficial sobre su desaparición).

En cuanto a los padres de Zane también teníamos noticias y es que Zia se tomaba muy en serio su trabajo e iba cancelando reglas y añadiendo otras. Al parecer el Reino de las Hadas necesitaba una buena reforma y Zia no le temía al duro trabajo. Ella quería allanarle el camino a Nyla y le estaba agradecida por ello.

Los padres de Zane podían venir a visitarnos y nosotros podíamos ir a verlos, aunque Zane prefería recibir su visita porque temía por mi salud como si al estar embarazada corría peligro de muerte.

Ah, Zia también quería ponerle fin a la guerra entre todas las criaturas sobrenaturales, aunque nadie pensaba que iba a conseguirlo. Yo estaba feliz ya que firmaron más o menos un acuerdo de paz y que ya nadie iba detrás de mí para matarme a mí y a mi hija.

Así que estaba a salvo y feliz. Zane había terminado en tiempo récord la construcción de la casa, bueno, tuvo ayuda. Vinieron hadas de todo el reino y trabajaron día y noche durante una

semana entera para conseguirlo.

Me encantaba, era la casa de mis sueños. Zane era el hombre de mis sueños, excepto cuando se empeñaba en sentirse culpable por mi secuestro. No quería entender que nunca estuve en peligro, vale, tuve un poco de miedo, pero al final todo salió bien.

Si Nyla no tardaría tanto en nacer mi vida sería perfecta. Ahora también era bastante perfecta, pero quería tener a mi hija en mis brazos. Me estaba muriendo por conocerla.

Estaba de pie, mirando por la ventana cuando escuché a Zane detrás de mí. Sabía antes de darme la vuelta lo que iba a ver.

Zane con su cabello despeinado por el viento porque se negaba a cortárselo, decía que no tenía tiempo, pero yo creo que le gustaba demasiado sentir mis dedos enredados en sus mechones.

Zane vestido con vaqueros y sin camiseta porque estuvo trabajando en el jardín, construyendo una casa en el árbol para Nyla, y hacía calor. Por eso se la quitaba, aunque aguantaba todo lo que podía porque las hadas eran unas cotillas para no llamarlas de otra manera porque las muy traviesas tenían un sexto sentido en cuanto se refería a Zane sin camiseta. Aparecían de la nada para echar una mano (las que tenían un poco de vergüenza) o para sentarse y mirar (las desvergonzadas).

Me di la vuelta y mi corazón dio un vuelco al ver su expresión. No paraba de sorprenderme el amor que Zane sentía por mí, por nuestra hija, por nuestra vida juntos.

—¿Cuántas? —pregunté sonriendo.

—Solo Janice hoy —contestó Zane.

Se cabreaba bastante con ellas, pero no de mala manera y tampoco las echaba. Seguía con su trabajo unos minutos y luego entraba. Ellas obtenían un buen vistazo del torso de Zane y se iban felices, él se tomaba una pausa para tomar una limonada conmigo y luego volvía al trabajo. Solo. Tranquilo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

Me encogí de hombros.

Zane caminó hasta mí, me abrazó y tuve que cerrar los ojos porque se me humedecieron. Lloraba muchos estos días, hormonas, miedo, no sabía la razón, pero era un infierno a veces. Ni yo misma me entendía.

Me quedé quieta en los brazos de Zane mientras afuera el cielo se cubría de nubes negras y los truenos no tardaron en escucharse.

—¡Es el momento! —gritó Zia apareciendo de la nada a dos pasos de nosotros.

—¡Zia! ¿Qué hemos hablado sobre avisar antes de venir? —gruñó Zane.

Ella se encogió de hombros. Dos segundos después fue a abrir la puerta porque alguien había entendido que no me gustaba cuando se presentaban sin siquiera llamar a la maldita puerta.

Kole entró con una expresión en su rostro igual de oscura que el cielo.

—Que sea la última vez que desapareces en medio de una discusión —gruñó él.

—Se te olvida con quién estás hablando —espetó ella.

—En mi casa, en mi cama eres mi mujer —declaró Kole.

Nyla dio una voltereta o por lo menos es lo que se sentía. Esta niña vivía por el drama, había heredado eso de mí y abandoné el cálido abrazo de Zane para sentarme y enterrarme mejor de que iba el asunto.

—¿Tu casa? —gritó Zia, la incredulidad reflejada en su rostro.

La cosa se iba a liar como siempre, las peleas de estos dos ya eran famosas igual que sus reconciliaciones. No obstante, hoy se iba a terminar de repente y no habrá ruidos y gemidos que

avergonzaban a sus vecinos.

—Eh, chicos —dije, pero Kole y Zia no me hicieron caso. Zane sí.

—¿Qué pasa, nena? —preguntó.

—Llama a Janice y dile que quiero otro sofá igual porque este ya no nos sirve —murmuré poniéndome de pie.

Con algo de vergüenza miré la mancha del cojín y no, no me había hecho encima.

—Por fin vamos a conocer a Nyla —le dije a Zane.

Su rostro reflejó felicidad, pero por un segundo porque luego el miedo lo acaparó. Esa era culpa de mi madre que le había contado lo mal que lo había pasado cuando nació yo.

—Pues claro, a eso venía —espetó Zia—. Las reinas siempre nacen en noches con tormentas.

—¿Noches? —pregunté asombrada.

Eran las once de la mañana. Vale, afuera estaba tan oscuro como en medio de la noche, pero no era de noche.

¡Diablos, no!

Miré a Zane desesperada porque yo era fuerte y valiente, pero no era tan ingenua para no saber que esto iba a doler como el infierno y que aquí no había epidural.

—¡Tú! —dije señalando a Zia—. Tienes el poder de curar, puedes quitarme el dolor, ¿no?

Zia me sonrió, pero no contestó.

Zane me acompañó al dormitorio, me ayudó a darme una ducha y ponerme un camisón blanco. Luego me tumbé porque estaba cansada, bueno, más agobiada por lo que iba a suceder.

—Nunca he querido parir en casa —le dije a Zane que estaba masajeando mis pies—. De hecho, ni quería parir.

—Pero querías hijos —me recordó él.

—Sí, pero era invisible para mi madre así que estuve presente para alguna de las reuniones de sus amigas y, Dios, después de escuchar sus historias sobre los partos juré que iba a mover cielo y tierra para conseguir una cesárea. ¿Sabes lo que es la puntada del marido?

—Eh, no —respondió Zane.

—Mejor, es horrible lo que les hacen a las mujeres sin su conocimiento solo porque quieren incrementar el placer de los hombres. ¿Sabes que...?

No pude continuar porque mi madre entró en el dormitorio y en un instante la tenía al lado.

—Oh, Lena —susurró.

Y así empezó mi calvario. Entre contracciones y gritos de dolor, entre consejos y bromas para aliviar el dolor, entre amenazas de muerte y palabrotas. Horas y horas.

Justo cuando el reloj marcó los doce de la noche nació Nyla.

La tormenta terminó. El miedo, las preocupaciones y el dolor desaparecieron.

La amé desde el primer instante, desde que supe que estaba creciendo en mi vientre, pero al tenerla en mis brazos entendí que no había nada más grande que el amor de una madre para su hija o hijo.

Vi el mismo amor en los ojos de Zane.

Nyla era nuestra.

Zane era mío.

Este era nuestro destino.

Fin

Agradecimientos

Gracias a todas mis lectoras, a todas mis seguidoras de Instagram que siguen mi día a día (aburrido, ya lo sé jejeje).

Gracias por seguir leyendo mis historias y, obviamente, os voy a pedir un favor... ¿quién será la próxima protagonista de mi novela? Será otra historia de los Diaz-Kincaid-Kader.

Gracias Euli, Mirna, MaryCielo, Cynthia, Fabiola, Ramona, Larraitz, Odett, Ela, Daihiana, Arlette, Thairubert, Monica, Flora, Elena, Alicia, Nicole, Hellen, Karlita, Yolanda, Janneth, Taty, Angelica, Maria.